



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO**

---

---

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN**

**De “cacería” al Templo del Divino Luminoso**

**T E S I S**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:**

**Comunicación y Periodismo**

**P R E S E N T A :**

**Oscar Lojero García**

**DIRECTOR DE TESIS:**

**Mtra. Laura Rustrián Ramírez**

**2012**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

# ÍNDICE

Presentación.....	I
1. De “cacería” al templo del “Divino Luminoso”.....	1
1.1 Inicio de periplo: conocimiento árido.....	7
1.2 Hacia el encuentro con el “Divino Luminoso”: <i>venía por uno y me comí como ocho</i> .....	15
1.3 De regreso a mi mundo, ¡un nuevo mundo!.....	67
2. Inesperada aventura para conocer a Don Teo.....	71
2.1 Nuevo viaje a <i>raite</i> : prueba de nobleza y valentía.....	72
2.2 De camino a Matehuala, pequeña conjetura sobre el narcotráfico...81	
2.3 De nuevo al camino hacia Matehuala.....	85
2.4 El exorcismo de Licha.....	88
2.5 Salida a Matehuala en busca de Don Teo.....	92
2.6 El Objetivo: Don Teo, el guardián del desierto.....	97
2.7 Esperando amanecer cubiertos por el manto estelar.....	98
Consideraciones finales.....	113
Fuentes de información	
Bibliografía.....	116
Hemerografía.....	117
Fuentes vivas.....	118

# PRESENTACIÓN

*Para llegar a ser sabio es preciso querer experimentar ciertas vivencias,  
es decir, meterse en sus fauces. Eso es, ciertamente, muy peligroso,  
más de un sabio ha sido devorado al hacerlo.*

Friedrich Nietzsche

Cuando comencé a seleccionar temas para mi trabajo de titulación, concluí que debería partir de un pequeño punto que desencadenara el resto de mi trabajo: la curiosidad. Al principio probé tratar un tema político, pero en realidad el ánimo no era suficiente para realizarlo, además de que trabajos para titulación de esos hay y habrá muchos.

Intenté buscar un objetivo que en verdad me apasionara para ser investigado y que transmitiera esa misma curiosidad a quien lo leyera; así que decidí tratar un tema del que conocía poco y era objeto de estudio para investigar sus mitos, y sobre todo...

Descubrir lo que existe más allá de la información rutinaria que conforma el grueso de los contenidos difundidos día a día por los medios de comunicación. Es importante porque permite conocer hechos que a consecuencia de intereses económicos o políticos están ocultos, pero condicionan y determinan intensamente la realidad. Desde esta perspectiva, podemos decir que el periodismo de investigación es fundamental.

Los cimientos de la curiosidad se remontan a mi juventud y al instante en el que quise saber por qué había gente que vestía con una playera con la foto de una viejecita fumando marihuana. A través de la indagación quería descubrir por qué esa imagen irradiaba cierto valor, pero sobre todo, de quién se trataba.

Pero fue hasta que entré al Bachilleres No. 9 que conseguí una biografía de María Sabina. De ahí descubrí que en realidad esa viejecita no fumaba marihuana, sino

que se trataba de un simple cigarro. Lo que en realidad consumía era un tipo de hongo llamado *Psilocibe mexicana* (la misma especie que comieron los extintos mexicas y con el que tuvieron la visión de Huizlopochtli para emprender su largo peregrinar que concluyó con el establecimiento de la gran Tenochtitlán). La oriunda de Huautla, Oaxaca, usaba esos “niños santos” (como ella les decía) para curar en veladas (noches de sanación con hongos) a personas que acudían a ella.

Poco tiempo antes de terminar el bachillerato, le platicaba a mi primo Gabriel sobre la biografía de Sabina, él me hizo saber que existían otros libros que narraban las vivencias de un antropólogo con un indígena yaqui llamado Don Juan Matus, se trataba de *Las enseñanzas de Don Juan*. Ese libro da fe del uso místico de un cactus llamado Peyote o, como lo conoce la ciencia: *Lophophora Williamsi*.

Lo que llamó mi atención de este cactus fue que Don Juan trataba con bastante seriedad el uso de esa planta, de lo contrario, podría ser fatal. El peyote es una de las plantas más importantes de los indígenas del norte de México; su relevancia ha generado toda una parafernalia religiosa que se remonta desde antes de la llegada de los españoles a tierras del nuevo mundo. A partir del nacimiento de la raza mestiza en México, esa importancia religiosa se fue desgastando hasta el grado de polarizar su intención: la satanización. Cuando el cristianismo llegó a la gran Tenochtitlán comenzó a paganizar las costumbres de los antiguos indígenas, y en el caso del peyote, le adjudicó el mito de que vuelve locos y agresivos a los hombres que lo comen y los hacía tener visiones demoníacas.

Pero no fue hasta 2005 que conseguí *Las enseñanzas de Don Juan*, al leerlo el misticismo y el gran respeto con el que Don Juan trataba el Peyote me intrigó. Este libro me había hecho pensar que el peyote era bastante peligroso para ser consumido, pero me perturbaba saber que aun así hubiera gente que asumiera las consecuencias; esto último era una interrogante más y uno de mis principales temores.

A principios de 2008 coincidió encontrarme una nota que hablaba de la extinción del peyote y conocer, en el tianguis de la colonia Acueducto de Guadalupe, a un artesano llamado Alberto, mejor conocido como Beto (la primer persona que conocí que había comido peyote). La amistad surgió porque llamó mi atención que dentro de las curiosidades que vendía destacaban los peyotes de obsidiana y otros tipos de piedras.

Con el paso del tiempo la amistad se fue consolidando y las incógnitas brotando; una de ellas fue sobre la duración de sus efectos, así que cuando vi a Beto se lo pregunté, su respuesta me dejó como un niño asustado; a la fecha sigo tratando de descubrir su significado, pues la sorpresa me impidió seguir preguntando, él me respondió: “siempre, ya no se te quita”. Esa respuesta despertó más mi curiosidad, ya que lo veía bastante lúcido y no presentaba ninguna perturbación. Ese mismo año habíamos quedado en ir al desierto para realizar mi trabajo de investigación; desafortunadamente el tiempo siguió pasando y el viaje nunca llegó.

No conocía a nadie más que me pudiera llevar al desierto, por lo que se me ocurrió hacerme amigo de un huichol. Así que fui al Zócalo a buscar la amistad de un integrante de esa comunidad que por tradición usan peyote en sus ceremonias religiosas; desafortunadamente el trabajo fue infructífero, pues la actitud del huichol que hallé fue bastante indiferente, sólo se limitaba a decirme el precio de sus artesanías sin verme a la cara.

No fue el único intento, hubo otros, y obtuve el mismo resultado. La actitud hermética y desconfiada de los indígenas no me sorprendió, pues desde la llegada de los españoles han sido discriminados, esclavizados, despojados de sus tierras y desterrados de sus tierras de origen, por lo que desistí en el intento; parecía que el espíritu de Canek (personaje principal de la obra de Ermilo Abreu Gómez) los persiguiera de por vida. Lo anterior lo respalda Octavio Paz en el prólogo de *Las enseñanzas de Don Juan*:

Para los antropólogos son aberraciones, errores, productos culturales que hay que clasificar y catalogar en ese museo de curiosidades y monstruosidades que se llama etnografía.

Durante la recolección de información documental pensé en un viaje para conocer el hábitat del peyote, cactácea que para mejor tratamiento de mi trabajo, decidí darle la cualidad de persona. Describir un viaje que mostrara las peripecias para llegar a su “templo” me atemorizaban bastante, pero también generaba una gran curiosidad, pues recibiría de primera fuente las verdaderas sensaciones de a quien pocas veces se la ha dado la oportunidad de defenderse de lo que se dice de él.

Además de que consideraba atractiva la idea, pues quería conseguir que mi trabajo no fuera tan común, que fuera llamativo para quienes están y no interesados en el tema, lograr que quien lo leyera “reciba las impresiones y las vivencias del cronista en toda su intensidad” ¿Y cómo conseguiría esa diferencia? De la fuente más fehaciente: verdaderos consumidores de peyote. Ya que no es lo mismo mirar los toros desde el ruedo que desde la barandilla, pues...

la buena crónica hace vivir al lector la presencia de aquellos conocimientos a los que no asistió y, aunque aparentemente menos importante en sus asuntos que otros géneros, constituye para el público un interesante elemento informativo. Aquí reside la importancia y el peligro de éste género. Saber captar lo pintoresco, lo bello, lo peculiar y lo humano en una crónica, hace que ésta llegue a convertirse con el tiempo en un elemento precioso para la historia. Puede ser, por consiguiente, una base de vivo interés y un buen documento de consulta.

Aunque debo reconocer que estuve a punto de desaparecer la crónica y realizar un reportaje. En primer lugar porque me alejaría de mis temores; en segundo, consideré que no encajaría con los tipos de crónicas que pide la Facultad. Afortunadamente hallé en *Safari Accidental* un aliciente que contraponía mi pensamiento y catalogaría mi trabajo en la Crónica biográfica, pues al tratar al peyote como una persona, me convertía en su “interprete”, asemejando mi trabajo al libro *En la tierra mágica del*

*peyote*, en el que Fernando Benítez se convierte en “interprete” de los huicholes narrando su peregrinar con ellos. Al respecto Villoro anota:

La crónica es la restitución de esa palabra perdida. Debe hablar precisamente porque no puede hablar del todo. ¿En qué medida comprende lo que comprueba? La voz del cronista es una voz delegada producto de una “desobjetivación”: Alguien perdió el habla o alguien la presta para que él diga en forma vicaria. Si reconoce esta limitación, su trabajo no sólo es posible sino necesario.

El cronista trabaja con préstamos; por más que se sumerja en el entorno, práctica un artificio: transmite una verdad ajena. La ética de la indagación se basa en reconocer la dificultad de ejercerla: “Quien asume la carga de testimoniar por ellos sabe que tiene que dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar”, escribe Agamben.

No recuerdo cómo, pero en 2011 conocí a Licha en el mismo lugar en el que conocí a Beto; me gustó su onda alrededor del peyote, pues se inclina más por el respeto en comparación con la demás banda de Acueducto, que lo ve como mero desmadre; el respeto que ella imprime a este rito lo use como bastión para seguir con este trabajo, pues por momentos los mitos alrededor del peyote me asustaban bastante. Aunque Licha me acompañaría en mi viaje y la probabilidad de que consumiera peyote era alta, insistí en investigar, buscar información para evitar la locura o, en caso de caer, me sacara de ella, así como prevenirme de la hostilidad de su hábitat; me sentía como un corresponsal de guerra que...

Debe adquirir técnicas específicas que, unidas a la experiencia y a la prudencia, evitan, en la medida de lo posible, los indudables y crecientes riesgos que corren.

Al principio se me ocurrió que la crónica girara en torno a la visión de Licha, pero comprendí que se alejaría de lo que pretendía: desmitificar al peyote, describirlo desde un punto de vista objetivo, periodístico y que la planta fuera el personaje principal de mi crónica biográfica al exponerlo como una persona sobresaliente, interesante. Para Licha, la cactácea es una planta sagrada, lo que la encierra en una



visión parecida a la indígena, lo que a mi parecer, se relega a un trabajo antropológico; y sobre todo que trabajos sobre las tribus de México hay muchos, incluso hay una tesis sobre los huicholes, pero trabajos periodísticos sobre el peyote no encontré, los hay, pero su lenguaje está cifrado con tecnicismos dirigidos a biólogos y botánicos.

Tal vez, la indiferencia por descubrir lo que hay en la mente humana se desprende por el miedo representado en la teoría del Iceberg: el ser humano muestra un porcentaje mínimo de lo que es su verdadera personalidad. O como lo denomina Freud: el *ello*, en donde almacenamos todo lo que despreciamos de nosotros; un ejemplo literario: *Dr. Jeckyll y Mr. Hyde*. Tal vez por eso el hombre prefiere investigar afuera, muy afuera de lo que hay dentro de él, pues teme sacar el “Hyde” que lleva dentro. Esa era otra duda para mí, pues lo que puede desencadenar la ingesta de peyote, sería un resultado personal y catalogado en la subjetividad.

Y es que la satanización del peyote se presentó desde la época de la conquista. Su uso alarmó tanto a los españoles que, como parte de la evangelización, decidieron erradicarlo al considerar que se trataba de una costumbre pagana y peligrosa. El peyote es un cactus que desde el descubrimiento occidental ha causado todo tipo de controversias. El estudio “científico” del peyote se puede considerar desde la llegada de los españoles a tierras del Nuevo Mundo, aunque claro, el estudio era sólo ocular, pues no había formas científicas de comprobar sus efectos y, aunque los indios lo conocían a la perfección, los europeos lo confundían con bastante facilidad; siendo Fray Bernardino de Sahagún el primero en dar una descripción:

Hay otra hierba como tunas de tierra; se llama ‘peyotl’; es blanca; se encuentra en el norte del país; los que la comen o beben ven visiones espantosas o risibles: dura esta borrachera dos o tres días y después se quita.

Con esto, el peyote inició su camino de la prohibición que ha perdurado hasta nuestros días, y que ha contribuido a que se considere una de las “plantas sagradas”

más famosas e importantes del mundo; incluso, extranjeros vienen hasta los desiertos de México para conocer la planta.

Además, que el tema está ligado a lo que, sin duda, marcará la administración del presidente Felipe Calderón: el narcotráfico. El peyote está catalogado como una droga, sólo que su estado de maduración (a lo largo de dos años) no lo hace redituable.

La crónica siguiente está conformada por la recabación de material bibliográfico relacionado con el peyote, así como entrevistas con personas conocedoras en el tema de la cactacea. Asimismo, la crónica del viaje al desierto de San Luis Potosí forma parte medular del trabajo, que junto con la información bibliográfica y las entrevistas conforman toda la gran crónica.

En el primer capítulo el lector podrá encontrar una descripción cronológica de sentimientos aprensivos surgidos antes de emprender el viaje, así como una descripción del hábitat del peyote y los momentos antes de encontrarlo; sobre los efectos, hay una descripción de sensaciones ligadas a la razón “científica”. En el segundo capítulo hay una descripción de una nueva “peregrinación” para llegar al desierto, percepciones de la peligrosidad en las carreteras y una comparación del riesgo de consumir peyote con otras drogas.

Finalmente, este trabajo no es una apología para la legalización, y mucho menos, para el consumo de alguna droga, sólo es una minúscula aportación, que como un trabajo periodístico, pretende mostrar otra cara del peyote, diferente a la que siempre se maneja. Llegar al fondo del asunto, o como anota Villoro, mostrar que “la verdad es la falta de datos en contra”.

*Somos hombres y nuestra suerte es aprender y ser arrojados a nuevos mundos, inconcebibles.*

Don Juan Matus

*El mundo es incompresible.*

*Jamás lo entenderemos;*

*jamás desentendaremos sus secretos.*

*Por eso, debemos tratarlo como lo que es:*

*¡un absoluto misterio!*

Don Juan Matus

## **1. De “cacería” al templo del “Divino Luminoso”**

Fue un atípico y fuerte aire el que golpeó mi cuerpo cuando escuché la noticia. Ya no había pretexto alguno que postergara más el viaje. Quería que algo nuevo, algún tipo de Ley de Morphy se atravesara otra vez para no sentir culpa si me invadía el arrepentimiento; aunque en el fondo me excitaba el hecho de pensar en toda la parafernalia para llegar con el motivo central de este trabajo, esa planta conocida por los huicholes como el “Divino Luminoso”. Por fin sentiría los aires de su hábitat en mi cara, lo conocería personalmente, alejado de todas esas fotos, literatura y comentarios con los que lo había descubierto.

Mi último encuentro con Alicia fue en noviembre del año pasado, me había visitado en el tianguis de Acueducto para decirme que nuestro viaje se realizaría más o menos por mayo de 2012, que me preparara y que no lo comentara con nadie. Ese día la fecha del viaje se me hizo muy retirada y según yo, me daría tiempo de preparar ciertas cosas, ¿cuáles?, no sé, pero tendría tiempo; tal vez de prepararme psicológicamente para el viaje; porque, la verdad, tenía miedo de emprender el trayecto y permanecer en el desierto.

Bien dicen que es normal que el hombre tema a lo que desconoce; pero cuando escuchamos esta frase normalmente estamos en un estado de tranquilidad, de reposo, lo que hace un tanto estéril la expresión, incluso nos llega a parecer débil, sutil y sin sentido. Pero ese día, ese sábado 25 de febrero que me topé con Ernesto (mejor conocido en Acueducto de Guadalupe como Neto) quedó marcado

como un día importante y, ahora lo reconozco, más terrorífico de mi vida. Fue un gran impacto.

Hasta ese momento yo no había cruzado palabra alguna con Neto, ni siquiera un buenos días o, como se acostumbra en el tianguis de Acueducto todos los sábados, compartir una caguama; lo conocía muy poco, o mejor dicho casi nada, sólo sabía que era esposo de Alicia. Cuando llegó a saludar a la banda me cayó de sorpresa, dado que casi no frecuenta Acueducto en sábado, día en que se pone el tianguis que da pie para que la flota se congregate en uno de sus extremos, sitio en el que por lo regular queda vacío un lugar y que permite cambiarle el giro por otro que nos permita realizar frecuentes brindis con aquella bebida fermentada usada desde remotos tiempos como único bastión contra el inclemente sol: la cerveza.

Todos saludaron efusivamente a Neto, sinceramente no recuerdo como fue nuestro saludo, pero es muy probable que haya sido un tanto indiferente. Entre saludos y bromas alcancé a escuchar de su voz: “¿sabes cuánto me dieron para 21 días?, 380 pesos”, intuí que estaba de vacaciones, pero como la explicación no había sido para mí, no quise preguntarle, además que su porte denota ser un hombre bastante recio, que dice las cosas como las siente, eso sin contar su 1.80 metros de altura; y sí, sinceramente sí me imponía, pero algo me decía que probablemente esa era la gran oportunidad de viajar.

Estaba confundido y un poco consternado, pues si él iba a viajar ¿Licha iría con él?, ¿me llevarían?, pero no quise preguntarle por Licha porque no sabía si él me conocía, o si estaba al tanto de que quería ir al desierto y que le había pedido a su esposa que me llevara; por un momento pensé que mi viaje se había frustrado otra vez, en parte porque no tenía el teléfono de Licha para saber de ella, ya que como dije, la última vez que la vi, fue a finales del año pasado y no se me ocurrió preguntárselo porque pensé que la vería antes.

Neto siguió platicando; dio un trago a nuestra caguama y como el golpe del látigo que se incrusta en la tranquilidad de la piel, soltó lo que para mí fue la gran noticia:

–Me voy a ir al desierto este fin de semana –dijo, no recuerdo a quién.

–¿Cuánto te gastas para ir al desierto? –Fue lo único que mi mente pudo preguntar para esperar como respuesta una invitación.

–Como 500 pesos, no gastas mucho, lo más caro es el pasaje, pero nos vamos en los autobuses de comerciantes que salen en el Centro Histórico –respondió serio y sin importancia a mi pregunta, o por lo menos eso me pareció, pues sus lentes oscuros ocultaban sus verdaderas emociones.

Sin más que decir, viendo sus particulares collares, me quedé absorto. Nuevos pensamientos pasaron por mi mente: como el que a lo mejor él se iría sólo y que mi viaje sí se haría en mayo y, el peor de todos: desaparecer este capítulo para conservar mi seguridad y alejarme de mi más grande temor: el viaje.

Como un dulce aliciente a la amargura de mi agonía; como un ligero respiro ante el sofocamiento, y acompañada de otro atípico aire en un día fuertemente soleado, no pasó mucho tiempo cuando llegó Licha. Y ahora que lo recuerdo, y a mi parecer, mi reacción al verla fue un poco descortés, pues lo primero que hice, claro después de un débil saludo, fue inmediatamente preguntar por el viaje.

–¡Que milagro! Te vine a buscar la semana pasada y no te encontré –contestó con su acostumbrada algarabía.

–Es que no había podido venir –dije para ocultar mi flojera; y es que hacía dos semanas que no iba a Acueducto. Tras breves saludos y con un cambio brusco en el sentido de la plática, puso fin a mi duda.

– ¡Oye, nos vamos a ir al desierto el viernes! –me dijo con una sonrisa en la boca, se notaba su emoción.

– ¿Cuál viernes? –respondí con cierto aire de ingenuidad, aunque ya lo sabía porque Neto lo había adelantado, sólo esperaba la confirmación de quien sería mi guía.

–Este viernes

–¿No qué hasta mayo?

–Lo que pasa es que a Neto le adelantaron sus vacaciones.

Sus palabras me transportaron a un espacio grande, libre, oscuro, en el que sólo quedamos ella y yo y del que al final sólo ella pudo salir para comenzar a saludar a la banda. Volví a cavilar en sus palabras, pensando otra vez en las cosas que tenía que acomodar para realizar el viaje: dinero, mi trabajo y, la razón más importante: Leo.

Salí del espacio al que me había transportado, noté que Licha platicaba con Neto, tomé mi vaso y di un trago grande de cerveza que terminó por derramarse en las orillas de mi boca y puso fin a su recorrido en el pecho de mi playera; cuando reaccioné busque a Licha y le pregunte:

–¿Qué llevo? –pues tenía entendido que en el desierto hace un tremendo calor en el día y un tremendo frío en la noche, y también me preguntaba que íbamos a comer.

–Sólo una cobija, dos suéteres, tu ropa que te vas a llevar y una muda para cuando salgamos del desierto.

–¿Y de comer, agua?

–No, eso lo compramos allá, antes de entrar al desierto.

–¿Y cuánto dinero llevó? –pregunté inocente como si en la orilla del desierto estuviera una tienda Oxxo para comprar víveres.

–No sé –volteó para buscar a Neto, pero él no estaba, había desaparecido, dio unos pasos y lo encontró fuera del tianguis hablando por teléfono, al poco rato llegó–. ¿Qué cuánto dinero lleva?

–El autobús que lleva a los comerciantes cobra 250 pesos, como 800 o 1,000 pesos –dijo otra vez con indiferencia, o eso me pareció, ya que sus lentes oscuros no me dejaban percibir lo que en realidad sentía. Otra vez, sin saber porqué, mire nuevamente sus collares, como si en realidad me fueran a dar una respuesta confortante.

En ese momento lo que me sacó del trance fue la pregunta de un adyacente: “Te sirvo más caguama”, respondí sin decir palabra alguna, sólo le alcance mi vaso, un breve trago recorrió mi garganta, esta vez entró toda, sin derramarse; como si tratara de consolarme a mis dudas se convirtió en la más deliciosa y fresca cerveza que he probado... por lo menos sólo ese día.

Seguí bebiendo a traguitos como si fuera un café caliente. Neto y Licha siguieron platicando, por ratos platicaban con cada uno de los cinco o seis presentes; por un rato me pareció que los veía de lejos; como que me concentré mucho en ellos pero sin escucharlos. Tiempo después llegó el mayor de sus hijos, iba con un amigo, le dieron dinero para comprar comida y se fue; Neto dijo orgulloso y con un profundo suspiro, y eso si alcance a escuchar, “le faltan dos semestres para terminar la ingeniería”; Licha, a manera de explicación dijo que estaban gastados por que le habían quitado la beca en el Politécnico a su hijo, por algo relacionado al promedio, y si no mal recuerdo, era buen promedio, nueve punto y tantos, más o menos, no lo recuerdo bien.

Eran casi las cuatro de la tarde, el sol había cedido y se sentía un clima fresco con intermitentes ráfagas de suave viento. Decidí irme a casa, mientras lo hacía intenté juntar dudas para que Licha me las contestara antes de partir y evitar tartamudear o preguntar tonterías, aunque en realidad lo único que quería era no verme como un novato nervioso ante la figura pétrea de Neto; la verdad no sabía qué preguntar, pues no conocía qué iba a hacer, entonces ¿cómo prepararme para el viaje? La voluntad o el incipiente sentido de sobrevivencia me hicieron simplemente preguntarle:

–¿Y entonces cómo le hacemos, qué onda con los víveres, cuándo nos vemos?

–Neto va a ir a comprar los boletos el miércoles al centro.

–Yo salgo de trabajar temprano el miércoles, si quieren nos vemos en algún sitio cercano para comprarlos –dije emocionado.

–¿Cómo ves Neto? ¿Está bien para que alcancemos boletos, no? –preguntó Licha.

–Que nos hable el miércoles –contestó Neto cortante e indiferente; y es que sus lentes... bueno, ya dije lo que me causaban sus lentes. Para mí, el triunfo del día fue, de cierta manera y por llamarle de algún modo, haber conseguido la aprobación de Neto, lo demás fluiría sólo como el río; aunque en ocasiones el afluente se torna violento; eso me preocupaba.

Terminé de despedirme de la banda, giré para buscarlos pero ya no estaban, se habían ido; otros más también lo habían hecho. Sólo quedamos dos con media caguama; a esa hora el clima ya se tornaba frío y el cielo nublado; pero como no había amenaza de lluvia compramos otra caguama; más relajado y a sabiendas de que mi compañero tenía antecedentes en el consumo de peyote inicié la plática.



–¡Cómo ves, me voy a ir al desierto el próximo viernes con Neto y Licha!

–¡Está chido, vas a ver que va a cambiar tu forma de ver las cosas! Disfrútalo porque es una experiencia única.

–Pero tengo un poco de miedo –dije en voz baja, como tratando de ocultar la palabra “miedo”.

–¿Por qué? Vas a ver que te va a tratar chido, siempre y cuando vayas con respeto.

–Es que me da temor perderme en el desierto –por decir lo mínimo y por no pronunciar el hecho de quedarnos sin comida, sin agua, desorientarme y extraviarme, en el peor de los casos, caer a un desfiladero, barranco o algo por el estilo, o sin percatarme pisar una serpiente y morir por su veneno, o en la noche ser atacado por otro animal ponzoñoso. El narco era otro miedo, casi me poseía el pensar en caer en un falso reten, o que en el desierto nos topáramos con sicarios que cuidan su territorio. Mis temores hacia el desierto emanaban de la única información que tenía: la proveniente del desierto de la frontera con Estados Unidos; donde cientos de paisanos cruzan enfrentándose a los sucesos que conformaban mis miedos.

–¡No te pasa nada! Sí vas en buen plan te va a tratar chido...

–Eso también me da temor; dicen que cuando lo comes por primera vez te causa un dolor bien cabrón en el estómago –ese era otro recelo, que el dolor abdominal me dejara tirado gimiendo de dolor. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a hacer acto de presencia; mi acompañante apresuró el paso para levantar su artesanía.

–No tanto eso. Antes de comer andaba cabrón en el desmadre, pero después de comer peyote me hizo ver y sentir cosas que me hicieron cambiar y bajarle al desmadre –en eso no intente indagar más, pues las reacciones del peyote se encasillan dentro del terreno de la subjetividad, y varían de persona a persona.

La lluvia se expresó en su máximo esplendor, nos resguardamos en la lona de la señora de las chamoyadas, era grande y nos alcanzó a cubrir. La caguama estaba a punto de terminarse al igual que la lluvia, y no pasó mucho tiempo para que nuestra plática alcanzara el mismo punto. Conforme se consumía la cuenta regresiva para el viaje, la relajación me invadía, o tal vez era el efecto de la cerveza, no sé. La lluvia paró, así que decidí irme a mi casa. El resto del día intente no pensar en el viaje y en mis desconfianzas.

Como sabía que el viaje representaba una inversión, al día siguiente, con cierta flojera, decidí ir a vender al tianguis de San Felipe, todo el día tuve una buena actitud hacia el viaje, o más bien, como las ventas estuvieron como pocas veces, hicieron que me olvidara de él.

**Inicio del periplo: Conocimiento árido.**

El lunes regresé a mis actividades habituales. Salí de mi trabajo a las 10 de la mañana y decidí avisarle a mi asesora de tesis de la prontitud del viaje para que me improvisara unas recomendaciones, así que partí hacia la FES Aragón. En el edificio 4, en el salón 425 encontré a la maestra Laura Rustrián, esperé a que saliera, pues estaba rodeada de alumnos, pero como la entretenían bastante entré, estaba en el escritorio, de pie, recogió su bolsa y al voltear hacia la puerta me vio y con la tranquilidad que la caracteriza me dijo:

–No me avisaste que ibas a venir, ¿a poco ya acabaste el otro capítulo? –preguntó por el trabajo que pudo haber sido un reportaje.

–Sí, sé que no le avisé. Lo que pasa es que ya me voy al desierto este viernes – desde el inicio la maestra había mostrado interés por mi trabajo, por lo que así como me dieron la noticia, hice lo mismo: avisarle de sorpresa.

–¿Y qué vas a hacer?

–Pues a ciencia cierta no sé, vengo a saber qué me dice usted. Había pensado hacer apuntes como Castaneda y tomar fotos para que no se me olviden los detalles.

–¿Y cómo vas a trabajar el capítulo?

–Pienso hacer una crónica, creo que es la mejor forma de hacer este capítulo.

–Entonces tienes que leer crónicas para que te des una idea. Monsiváis, Juan Villoro o Salvador Novo son buenos ejemplos.

–¿Puedo usar mi libro de Benítez?

–Sí, pero necesitas leer más crónicas.

–Pero el libro de Benítez es parecido a lo que voy a hacer, el fue de los pioneros en acompañar a los huicholes en su peregrinar –ante la insistencia en que leyera más crónicas, cedí en comprar *Safari Accidental* de Villoro. Como la maestra conocía de antemano mis temores por el viaje y tras ciertas preguntas de con quién iría, sólo le quedó recomendarme...

–Cuidate y desconfía un poco, a veces es bueno desconfiar para cuidarse –me recomendó con un poco de preocupación–. Y avísame cuando llegues a San Luis Potosí. El resto del día transcurrió sin más cambios.

Como todos los martes fui a Xochimilco a ver a Leo, pero ese día fue muy distinto, porque sin decirlo, para mí era una despedida. Por un breve instante, al verlo y sentir que podría ser la última vez que lo viera, mi miedo se expresó a su máximo nivel; volví a pensar en los múltiples temores; aunque permanecí cauto para no hacerlo notar, así que me comporté con una extraña normalidad.

Mi añoranza inició desde mi llegada a su estancia. Sabía que se trataba de una despedida, por lo que lo saludé tan efusivamente que se quedó serio y estáticamente sorprendido; por suerte no tuvo otra reacción que hiciera delatarme.

Mientras nos dirigíamos a su casa le hacía todo tipo de preguntas con la intención de escuchar su voz; le preguntaba cualquier cosa con la única intención de percibirlo, de tener una imagen o palabra que se me quedara grabada. Al llegar comimos, la paciencia era el invitado de honor entre Leo y yo; a pesar de que come poco, nos tardamos más de una hora, al terminar salimos a platicar a una de las bancas del patio.

Estuvimos ahí poco tiempo, pues sus amigos al verlo se acercaron, platicaron con él y se fue con ellos donde los columpios se mecían solos por acción del refrescante viento de la tarde; yo permanecí en la banca, solo, mirándolo y esperando a que regresara, observando cada uno de sus movimientos. El tiempo pasó rápido, eran las seis de la tarde, Leo seguía distante, y como se trataba de una despedida decidí alcanzarlo para no perder tan valioso tiempo; pero como me era ajeno su ambiente me pareció un poco sofocante y mejor regresé a mi banca, como un antisocial me quedé sentado mirándolo.

Pasó media hora cuando Leo regresó, le pregunté qué estaba haciendo y me comenzó a decir una serie de cosas a las que no le puse atención, sólo le miraba sus grandes ojos, su quebrado cabello con unos rizos en la nuca y detrás de las orejas, observaba como se movía, me decía cosas que no entendía pero que sin embargo se las celebraba.

Los faros del patio se prendieron solos y me indicaron que estaba cerca la hora de partir. Quería llevarlo conmigo, que viviéramos juntos la experiencia del peyote, pero mi realidad me azotó con la idea de los peligros, de los retenes, del narcotráfico, de los animales ponzoñosos que pudieran atacar y nosotros sin un hospital o remedio cerca; eso me aterraba.

Miré mi reloj, eran las siete de la noche, le pedí que subiéramos a su casa para despedirme. Sin nada que decir y hacer, cómodamente vimos caricaturas. Así como los fugases cinco minutos al despertar, pareció efímera la hora cuando sonó el maldito reloj para avisar que eran las ocho de la noche. Me dolía avisarle de mi partida.

Traté de evitar una explicación y simplemente le dije que ya me iba; indiferente se movió y sólo meneó la mano de un lado a otro; sentí un ligero mareo. Como un scanner lo observé de abajo a arriba, unas ganas impresionantes de llorar me invadieron, un fuerte dolor invadió mi garganta, pero el sentir pasó rápido y aproveché para pedirle un abrazo; cuando se acercó busqué su mejilla para dejarle tatuado un beso que me conectara a su recuerdo para cuando me hiciera falta. Contrario al saludo de la tarde, esta vez comenzó a jugar, se apartó y cuando quise reafirmar mi cariño, él, con una irreverente sonrisa me esquivó, se me quedó viendo maliciosamente invitándome a seguir intentando; a medias caí en su juego, yo quería abrazarlo fuertemente pero él seguía jugando; intenté otra vez, pero se echó a correr, lo alcancé, le iba a dar un beso en la frente pero inclinó su cabeza y sus chinos me hicieron cosquillas en la nariz, volvió a burlarse; una vez más intente buscar su mejilla pero fracase, él seguía jugando.

Quise ponerme serio pero sin quitarle alegría al momento. Como si me hubiera leído la mente, entendió que este era un momento importante y se quedó quieto, le pedí un abrazo y me lo dio, besé su mejilla y no puso resistencia, besé su frente y acaricié su cabeza y cara; aproveche su docilidad para pedirle otro abrazo, me lo dio pero yo lo hice prolongado, no lo quería soltar, quería que fuera conmigo, la abracé tan fuerte que sólo se acomodó, me despedí con un singular adiós que

encerraba nostalgia, extrañeza, añoranza, miedo...; al salir me imaginaba ya de vuelta contándole mi feroz travesía. Al bajar las escaleras recordé la frase de Juan Villoro al final de su crónica con Peter Gabriel: “ninguna aventura supera a la de estar de vuelta y vivir para contarlo”.

El miércoles en la mañana, con cierto toque de miedo y emoción le hablé a Neto para saber si nos íbamos a ver para comprar los boletos, pero no entró la llamada, la segunda se cortó y en la tercera me dijo algo cortante:

–No está Alicia, cuando llegue te avisamos por mensaje –su contestación me dio la impresión que lo había despertado, y estaba en su derecho de estar molesto, pues eran sus vacaciones y no tenía porque atenderme. Sólo me quedó aceptar; llegué a pensar que me estaba evadiendo y que no me avisarían.

Por la tarde la pendiente de la emoción invirtió su sentido para posicionarse nuevamente a la alza. Licha me había mandado un mensaje avisándome que no pudieron comprar los boletos porque no tenían dinero, que mañana me avisaban si íbamos o no; con esto último la pendiente volvió a la baja. De cierta manera me decepcioné, porque se había cumplido la Ley de Murphy; no me quedó más que resignarme y seguir con mi habitual ritmo de vida y mi tesis. La ida al desierto, si es cierto que me aterraba, también me emocionaba; eso fue decepcionante: caerme de la nube.

Regresé en la noche al Centro, fui al Palacio de Minería a buscar en la Feria del Libro *Safari Accidental*; tras una hora de búsqueda salí con las manos vacías y decepcionado porque no había buenos descuentos ni encontré el libro.

El jueves en mi trabajo pensaba lo que pudo y no ser del viaje, como consolución me decía los variados peligros que me había ahorrado. Por azares del destino, un compañero me dijo que la editorial de *Safari Accidental* (Joaquín Mortiz) la encontraría en Editorial Planeta; así que al salir fui al pasaje Zócalo-Pino Suárez, entré al stand 27, pregunté por el libro y el vendedor me preguntó con cierta ironía,

“cuántos quieres, porque sólo me quedaba uno”. Llegué al medio día a mi casa, cansado y con sueño me desplomé en el sillón, dormí dos horas, tras despertarme permanecí un rato sentado, al breve instante *Light mi fire* de mi celular comenzó a sonar, era un mensaje de Licha, me avisaba que iría a la Central del Norte para checar precios de boletos a San Luis, después me avisaba cual nos convenía; fue todo.

Su respuesta volvió a la alza mi pendiente de la emoción; aunque me sentía un poco incómodo, porque me daba la impresión que en realidad había valorado con Neto mi presencia y que tras varias insistencias Neto accedió. La calma aun la conservaba, pues también existía la posibilidad de que el viaje se frustrara. A las seis de la tarde la canción de The Doors volvió a sonar, el mensaje decía: “Nos vamos a ir a las 12:50 de la noche, Transportes del Norte, \$361”. Ahora sí, la emoción y perturbación volvieron a someter mi cuerpo, porque ahora sí iba en serio, el mensaje de Licha había esfumado cualquier Ley de Murphy que, directa o indirectamente, quisiera poner.

Mi temor incitó a mi mente a cancelar el viaje; me quedé pensando qué poner en el texto para cancelar pero sin molestar a Licha; y es que en realidad estaba muy agradecido con ella por el interés que había puesto en mi trabajo. No se me ocurrió nada, así que tome mi celular para ver si al escribir inventaba algo, al activarlo apareció una foto de Leo. Sólo pude responder:

—¿Qué llevó? —mi mano desobedeció a mi cerebro y envió una afirmación de asistencia vestida de pregunta.

—¡Pura energía! La comida hasta haya, nosotros estaremos en la Central a las 12:20 —su respuesta apagó mis ganas de cancelar, cualquier idea al respecto ya estaba alejada. El resto del día estuve callado, pensando que sí debí cancelar.

El viernes en la mañana, al salir del trabajo, antes de llegar a casa, pasé a la Central de Norte a comprar mi boleto. Al entrar vi la imagen de la Virgen de

Guadalupe, y como una reconciliación ante mi ateísmo, con la vista le pedí que me cuidara, en ese instante y a pesar de haberla visto muchas ocasiones, comprendí la labor de esa efigie; llegué al pasaje 3 y en la fila de Transportes del Norte compré el pase para enfrentar mis temores. La cuenta regresiva para el viaje se encontraba en números rojos; escasas eran las horas para emprender el éxodo. Llegué a casa a la una de tarde; retomé la lectura de *Safari Accidental* comenzando con *El Libro Negro*.

La vida del padre de Juan, que al ser un rebelde y activista en su juventud, trajo a mi mente un pasaje de mi vida: Cuando perdí la oportunidad de trabajar en la Secretaría de Gobernación por haber dicho que había consumido marihuana en mi juventud. Quien me entrevistó me explicó que la vacante se trataba de ir de chismoso a movimientos sociales y hacerles un reporte.

Pero qué más podía contestar un joven que es parte de la sociedad que ellos mismos (la política, el gobierno, el estado, el sistema) han creado, permitido y tolerado. Como no saber de la marihuana si desde la época del Porfiriato el narco ya estaba dando sus primeros pasos en el norte del país, y la *cannabis* se podía comprar tranquilamente en La Merced.

Cuando terminé de leer *El Libro Negro* comencé a guardar en mi mochila las cosas que me llevaría. Busqué la ropa adecuada, pero no sabía si cargar una bermuda y un pantalón para el frío y el calor; si llevarme una chamarra gruesa o dos suéteres delgados; si llevarme mis huaraches para el calor; al final, mi espíritu aventurero se impuso y opté por llevarme dos pantalones, dos suéteres delgados y mis tenis.

La ropa que me protegería del inhóspito ambiente ya estaba empacada; eché lo que consideré mis materiales de trabajo: una lámpara china de 20 pesos, la cámara fotográfica y la grabadora de voz que me había prestado mi amiga Nancy, un rollo de papel de baño y la casa de campaña que me regaló mi hermano; era



más mochila que cosas. La cuenta regresiva seguía su curso y sus números rojos seguían su curso.

Como a las dos de la tarde la rola de The Doors volvió a sonar, era Licha, me preguntó que si ya había comprado mi boleto, en ese mismo instante recordé que no lo había guardado; fue un gran respiro que Licha de recordara algo tan importante.

Como prisionero en espera de la mortal, o en mi caso liberadora, inyección letal fue el resto del día; no quise preocuparme en pensar en el viaje, por momentos lo conseguía; por otros pensaba si valía la pena arriesgar mi vida por un pedazo de papel universitario, si valía la pena perder la compañía de mis hermanos y mi mamá por realizar un arriesgado viaje, y sobre todo, si valí la pena separarme de Leo.

Resignado, parsimoniosamente observaba todo a mi alrededor, como si me despidiera de ellas. Estaba solo en mi casa, comí tranquilo como si fuera mi última cena. Al terminar comencé a leer *Retrato de grupo: 100 millones de mexicanos*, lo que por un rato puso a trabajar mi mente en la idiosincrasia del mexicano; tras unas páginas la emoción del viaje me asaltó y envió mi concentración a la Central del Norte; el nerviosismo se intensificaba minuto a minuto; la cuenta regresiva para el viaje marcada un solo dígito en las horas.

No lograba concentrarme en nada, así que sólo pude ver tele, pero esta vez fue con una gran tranquilidad, no me importaba el programa, no me interesaba la trama... era como si hubiera abandonado todo.

Los dígitos de las horas estaban a minutos de consumirse, eran las 11 de la noche y aunque no estaba temblando sí estaba nervioso; creo que mi sentido de la sobrevivencia estaba despertando. Antes de irme platiqué un rato con mi mamá que ya estaba en su cama, estaba a punto de dormirse, la tranquilidad de su despedida me la transmitió con el abrazo y beso que me dio. Los dígitos de las

horas habían desaparecido hace veinte minutos, me quedaban quince para irme, me senté frente a la tele y empecé a hacer cálculos para no llegar tarde a la cita; concluí que haría 25 minutos a la Central del Norte. Salí de mi casa y llegué a calzada Vallejo, a esa hora ya no había transporte, sólo los que entran al Estado de México. No pasó mucho tiempo para conseguir taxi.

En el taxi me sentía como un prisionero que va al paredón para ser ejecutado, como en la espera para recibir las mortíferas balas que terminarían con el flagelo de la incertidumbre. En el trayecto, involuntariamente volvieron los malos pensamientos y temores, me estaba empezando a arrepentir.

El traslado fue corto, ya que casi era media noche y no había tráfico. Vino a mi mente aquella nota que había leído tiempo atrás en *El Universal*: relataba la historia de un chilango que se encontraba platicando con su mamá desde una carretera en un estado del norte del país, cuando tuvo que colgar porque iba a pasar por un retén; desde esa llamada nunca lo volvieron a ver; no quería que eso me pasara. O más recientemente, los camiones secuestrados en San Fernando, Tamaulipas, donde los cadáveres de los pasajeros fueron encontrados en fosas clandestinas.

Aunque las “tepcatas y víboras prietas” se habían vuelto una hilarante referencia, en realidad ya se trataba de un verdadero temor. Me habían dicho que en el desierto había caballos y reses salvajes, por lo que me preocupaba toparme en el desierto con uno o varios de estos animales.

También temía fracasar en la búsqueda. Los huicholes llaman ir de casería el comer peyote, porque no es fácil encontrarlo y sí confundirlo. Me aterraba caer de agotamiento, hambre o deshidratación al estar en la búsqueda.

La idea de comer peyote no estaba del todo segura, pero en caso de ceder, que se transformara radicalmente mi realidad y dentro de ella comenzar a caminar sin rumbo y perderme en el desierto; en el peor de los casos, creerme pájaro o sentir

fuerzas sobrenaturales y hacer cualquier estupidez que atentara contra mi vida; esta última hipótesis es la más sonada dentro de la comunidad que intenta, a través de habladas, conocer el peyote. También me preocupaban los dolores abdominales que se producen al comerlo, dejándome tirado de dolor, así como las constantes náuseas del proceso.

Dentro de la comunidad que intenta conocer el cactus a través de rumores, se maneja la hipótesis de que después de comer peyote se puede quedar loco; y sí, también lo creía. Puedo decir que la satanización del peyote proviene, mayoritariamente, de una de las literaturas más conocidas al respecto: *Las Enseñanzas de Don Juan*. Este libro narra los diez años del aprendizaje de Castaneda para convertirse en brujo, bajo las instrucciones de su maestro Don Juan Matus, quien le enseña el uso, entre otras plantas, del peyote. En su camino para volverse brujo, Castaneda atraviesa por constantes y aterradores pasajes que emanan de las incontrolables visiones provocados por ese cactus, que en algunos casos ponen en riesgo su vida, pero gracias a Don Juan es salvado de morir o quedar loco.

Hacia el encuentro con el “Divino luminoso”: *venía por uno y me comí como ocho*

*El miedo es el primer enemigo natural que un hombre debe vencer en el camino del saber.*

Don Juan Matus

Sobre Vallejo, el taxi dio vuelta en Poniente 128 para después salir por atrás de la Central del Norte. Llegué puntual (12:20) a la cita, Neto y Licha ya estaban en la sala de espera número 3; antes de llegar a ellos me percaté que Neto volvió su cara a Licha y le dijo algo que no escuché.

Licha me recibió alegremente, Neto un poco indiferente con sus inseparables lentes y collares adornados con peyotes de piedra. Esperamos que a fueran las 12:50 mientras platicábamos de cómo iba a ser el viaje; con emoción Licha me

dijo: “ahora sí vas a conocer el peyote”. Quise saber de ellos qué me pasaría al comerlo, qué hacer, qué no hacer, cómo comportarme, pero no me dieron una respuesta concreta.

–Espérate a que lo comas –dijo Licha con una sonrisa.

–No te pasa nada, es la segunda vez que lo como y... veme”. Agregó Neto. Recuerdo que Licha me contó que la vez pasada cuando fue al desierto, se fue con una amiga, pero se fueron de puro “aventón” en tráiler; le pregunté por qué no hacíamos lo mismo, me respondió que a Neto no le gusta. –Está bien cabrón, es muy peligroso andar así, no sabes qué te vaya a pasar, o cómo se vaya a comportar el camionero; es mejor así..., más directo” –en eso coincidí con él.

La policía que cuidaba la entrada a los autobuses nos alertó de nuestra partida, porque ya estaba a punto de salir el último camión a San Luis. Rápidamente tomamos nuestras cosas y entramos al andén, un policía nos indicó que autobús era y subimos. Metimos las maletas en el portaequipaje de abajo del autobús; no tardamos mucho en salir.

Desde mi asiento podía ver la sala de espera y los lugares donde estuvimos sentados; sentí que la última posibilidad de arrepentimiento se había quedado ahí. En el asiento me sentí muy relajado, el sueño estaba acechándome, salimos de la Central, pasamos por el CCH-Vallejo y... no recuerdo nada más, me quedé dormido. Ahora sí, me dirigía al meollo del asunto, al vórtice de la aventura.

Desperté, miré el reloj de mi celular y eran las cinco de la mañana. Contrario a lo normal, la estática del autobús me despertó. Adormilado, miré por la ventana del autobús y por un momento pensé que estaba viendo la portada de *Safari Accidental*, pero comencé a ver tráileres al lado, pequeños carros y camionetas atrás y del otro lado también.

Pero sólo fue un breve instante de tranquilidad. La víbora de autos y camiones que se hacía en la autopista no avanzaba; yo seguía viendo carros y tráileres; en el otro sentido de la autopista no advertía carros, o por lo menos no me percaté de ellos.

Habían pasado 20 minutos, el autobús recorrió unos cuantos metros. Por breves intervalos de tiempo, en el camino de terracería, que se encontraba a un costado de la carretera, pasaban coches y camionetas a toda velocidad, también patrullas, lo que me alarmó, pues parecía que iban a algún lugar, o en el peor de los casos, huían de él. Al parecer, una de mis fatales profecías se había cumplido: un falso retén en la carretera.

Seguíamos parados, avanzamos poco en breves lapsos de tiempo; mi preocupación crecía minuto a minuto, pero la tranquilidad que se percibía en el autobús y en la fila de autos y tráileres competía con mi aprehensión. Ya eran cuarenta minutos los que habíamos estado en la carretera. A los autos y patrullas que pasaban por el camino de terracería se les unieron un par de ambulancias.

Ya llevábamos una hora en la autopista. Al no percibir ningún tipo de movimiento, mi sentir permanecía más sereno, pero a la expectativa, en caso de que se presentara cualquier fatalidad. La víbora en la autopista comenzó a dar indicios de vida; sus primeros movimientos nos dirigían a epicentro del problema.

Comenzamos a avanzar, el temor comenzó a ser sustituido por la curiosidad para ver qué era lo que nos detenía. A lo lejos pude ver el resplandor intermitente de unos focos color rojo y azul, nos acercábamos al cazador que destruiría la serpiente de autos, al llegar, ese cazador no era más que un aparatoso accidente automovilístico. Parecía que el destino empezaba a jugar con mis sentimientos y temores.

Mucho más tranquilo, miraba por la ventana. Con el autobús en movimiento y una extensa planicie de fondo, empecé a imaginar que por esas calurosas tierras

anduvieron, en 1560, antiguos chichimecas acompañando a Fray Bernardino de Sahagún cuando juntaba información para su *Historia general de las cosas de la Nueva España* para ocupar la farmacopea indígena en Europa, siendo éste quien diera el primer nombre en castellano al peyote: Tuna de tierra. Los imaginaba caminando esas largas distancias gracias a la resistencia que les daba el poder del cactus.

Según ese monje franciscano, el consumo de peyote se da desde unos 2,000 años antes de la llegada de los españoles. El etnólogo danés Carl Lumholtz, quien a finales del siglo XIX se internó en la Sierra Madre Occidental, donde realizó estudios de las tribus de Chihuahua, calculó que el consumo de peyote se remonta en un periodo todavía más lejano.

Media hora después de pasar el accidente, llegamos a la central camionera de San Luis. No quise contar mi odisea a Neto y Licha porque se me hacía ridícula. Sacamos nuestras mochilas del portaequipaje y comenzamos a buscar dónde vendían los boletos del camión que nos llevaría a nuestro siguiente destino. Al encontrarlo, tuvimos que esperar media hora antes de abordar el viejo camión amarillo que con letras amarillentas y borrosas decía Arista.

Durante la espera, nos sentamos en las duras y frías sillas metálicas de la central. Licha quedó en medio de nosotros, comenzó a platicar con Neto y por un momento volvió mi incomodidad de interferir en su viaje. Como si reconociera mi sentir, Neto se paro y fue al baño; aproveché su ausencia para preguntarle a Licha sobre el peyote; pero mis preguntas parecieron las mismas que hacía Castaneda a Don Juan Matus: sin sentido y sin una respuesta concreta. Tras notar mi fallido intento, cambie la conversación.

– ¿Y así es de serio Neto?

–Sí, así es, parece que está enojado pero no, es algo serio –respondió Licha con un tono conciliador. Al poco rato regresó Neto, y tal pareciera que en un intento

suyo por romper el hielo, comenzó a platicarme de su pasada visita al desierto, mientras Licha se paraba para ir a los mostradores.

–Es la segunda vez que vengo al desierto, y con la primera quedé maravillado – esto me sorprendió, pues pensaba que esta era una de tantas veces que él estaba aquí–. Es una experiencia única, espera a que la vivas –dijo un poco más relajado.

–Le dije a Licha que me espantaba un poco comer; es que por lo que he leído tiene ciertos estragos “malignos”.

–Sí, me dijo Licha que iba a traer a alguien que quería comer peyote, le dije que ella sabe lo que hace; a mí no me incomoda; son sus cosas –al poco rato llegó Licha, se sentó y comenzamos a platicar de los víveres que compraríamos. Ya había pasado la media hora, teníamos que partir a Valle de Arista.

Al subir al viejo camión, era sobresaliente la gran diferencia entre éste y el cómodo autobús. Nos fuimos hasta los últimos asientos; en el trayecto hubo varias paradas que llenaron el camión, pero no hubo necesidad de mover las mochilas que pusimos en los asientos que nos quedaron adelante.

El largo viaje fue amenizado por las pláticas de Licha de sus otros viajes al desierto. Nos contó cuando conoció a una europea que, a pesar de querer comer peyote, en el camino se desesperó y comenzó a llorar pidiendo un hotel (petición algo torpe sabiendo que por mera ubicación y nombre, en el desierto no hay nada más que su tosca vegetación), y que al ayudarle a cargar su mochila se sorprendieron que pesaba mucho, y es que según la chica, cargaba comida enlatada para toda una semana.

Otra, un poco mágica, nos dijo que cuando andubo en El Tecolote, Real de Catorce, Matehuala o Las Ánimas, no lo recuerdo bien, (a este último lugar quería ir, pues me contaron que el nombre se debe a que en ese lugar se aparecen las ánimas de caudillos que acompañaron a Pancho Villa en sus batallas, pero al

final... mejor no insistí) es que fueron varias historias que llegué a confundirlas; pero el asunto es que se encontró a un grupo de jóvenes que los acompañaba una señora que era una supuesta bruja que estaba haciendo un trabajo “negro”, así que con la presencia y vibra de Licha decidió apartarse del grupo, ya que Licha siempre porta su Biblia y eso la incomodó. En el camino para llegar al destino, la bruja intentó perder a Licha confundiéndole los caminos, haciendo que caminaran sin percatarse que no era el correcto, pero la pericia de Licha para andar en el desierto la hizo regresar a la parte donde ella estaba segura que reconocía, y comenzaron de nuevo todo el trayecto. Al llegar al destino, la bruja la vio y decidió mejor retirarse.

Nos contó que dentro de ese grupo iban unos novios, que tras comer peyote la chava acudió con Licha para que la ayudara porque su novio la veía raro y le estaba dando miedo, pues según sentía que la quería golpear, Licha fue con el chavo y platicó con él y pudo hacerlo cambiar de actitud. Pero, después la situación se contrapuso, porque la chava empezó a comportarse raro, dentro de las locuras que decía y hacía, se les empezaba a insinuar a los demás chavos del grupo. Lo que me contó Licha puede ser, pues el cactus hace sacar cosas que quedan guardadas en el *ello*, por lo que en ocasiones aparece ese Mr. Hyde. Sabía que algo parecido me podía pasar, por lo que a lo largo de la lectura de la bibliografía buscaba algún tipo de información o recomendación que me evitara sacar el Hyde, y si se diera el caso, que me rescatara de él.

La plática en el camión había acentuado una buena relación con Neto, lo que me situaba en una posición más cómoda, los kilómetros recorridos me habían evolucionado para poder “entender” las expresiones de sus lentes. Sin embargo, la buena plática fue mermada por un nuevo acontecimiento: como si el destino jugara con mis emociones, la presencia de un verdadero operativo me alertó. El camión redujo su velocidad, se incorporó a una pequeña fila de camiones y tráileres que atravesaban por una bahía acondicionada con un arco fuera de lo común, lentamente todos las unidades atravesaron por él, yo esperaba la presencia de militares y oficiales que con voz de mando nos ordenaran bajar para



aplicarnos “báscula”; pero no fue así, simplemente pasamos el arco y seguimos nuestro camino. Un pequeño silencio se hizo presente entre nosotros; como niños cuando visitan por primera vez la fauna de un zoológico, quedamos sometidos al asombro de tan peculiar ritual carretero; Neto dijo que fue un reten con rayos láser. Quedé tranquilo y el camión siguió su andar hacia Arista.

Por las ventanas de los costados, se podían ver cerros que desde esa perspectiva tenían un aspecto verdaderamente imponente, cubiertos por una aterciopelada piel verde desgastada por los vientos de cientos de años que les han pasado, permitiendo ver un poco el café de su interior. Creí probable que en todos hubiera peyote, o jicuri, como le dice Licha, pues su hábitat empieza desde Querétaro, donde también nace *Lophophora diffusa*, hasta Texas, pasando obviamente por San Luis Potosí. Hoy, resulta casi imposible dar una ubicación exacta, pues el peyote está siendo amenazado por el tráfico ilegal y por empresas mineras, principalmente, que destruyen su hábitat.

Desde la ventana podía ver “la victoria de la vida sobre la muerta aridez mineral”, esos “adornos complementarios de una criatura del desierto tan extraña que sin dejar de ser un vegetal puede tomarse –y este es el caso de las cactáceas–, como el perfecto modelo de la escultura abstracta”. Consideraba nuestro andar como el de la *Opuntia stenopétala*, o nopal, que es lo mismo:

En teoría esta cactácea puede crecer indefinidamente. Del borde de las hojas nacen generalmente las nuevas hojas y si una de ellas es desprendida por el viento o la extremada sequía, las areolas de la penca que cayeron hacia arriba producen tallos y las que cayeron hacia abajo producen raíces [...] Los botánicos nos han revelado el secreto de su eterna peregrinación: su hoja que cuando es tierna se mantiene erguida, al crecer se doblaba, echa raíces y da origen a otra hoja, lo que le permite arrastrarse kilómetros enteros, durante siglos, arando y cultivando el páramo que ha recorrido.

Tras dos horas de viaje, llegamos a Arista. Licha me explicó que el lugar a donde iríamos a comer jicuri es virgen para la banda que busca peyote, pocas personas, no nativas, han ido a ese lugar; por lo que sólo me referiré a él como el Desierto.

Bajamos del camión, mientras bajábamos nuestras mochilas del portaequipaje, Licha nos platicaba que si teníamos suerte podíamos encontrar un taxi “que nos meta a Desierto”, si no, a caminar 15 kilómetros. Salimos de la Terminal de Arista, por llamarle de alguna manera al terreno acondicionado con “piso firme” (como dice el presidente Felipe Calderón) y enrejado.

– ¡Ahí está la camioneta! –nos gritó Licha para que la siguiéramos. Llegamos a la esquina y les preguntó a los tripulantes que si nos podían llevar al Desierto, nos respondieron que no, que estaban esperando a alguien más y no iban para allá. Licha se volvió a apartar de nosotros, esta vez estaba platicando con un pasajero que venía con nosotros en el camión, sólo que ahora él estaba en su camioneta. Mientras esperábamos le pregunté a Neto qué onda con el taxi, me explicó que el año pasado llegaron al Desierto por que una camioneta los llevó y les dijo que era un taxi. Licha regresó con nosotros y nos dijo que aceptó acercarnos y nos dio un aventón a las orillas de Arista, justo donde inicia la carretera para ir al Desierto.

Fueron como diez calles las que nos ahorró el oriundo de Arista, ya eran pocas las casas que se veían en el camino, de ahí en adelante sólo se percibía una polvosa carretera flanqueada por intermitentes cercas envueltas en feroces y oxidadas púas, como aclimatadas a su ambiente.

Valerosos y sin especulación alguna emprendimos el camino. En los primeros metros del recorrido recordé que no llevé algo con qué cubrirme del despiadado sol. Como si me hubiera dado por vencido premeditadamente, un cansancio psicológico comenzó a exasperarme, el sol comenzó a originar un efecto de cansancio que hacía que el ver con los ojos entrecerrados fuera normal. Caminaba con la cabeza rendida, viendo mi sombra y los pocos metros que precedían mis pasos. Neto y Licha iban delante de mí, yo seguía rendido. Como

un animal del desierto, sin escucharlo, apareció en dirección contraria un tsuru de color azul marino, algo viejo que acentuaba más su longevidad con la capa de tierra que cargaba encima, su tripulante al vernos nos dijo “taxi”. Neto se acercó y le preguntó cuánto nos cobraba por llevarnos al Desierto, esperábamos a un costado de la carretera, Neto alzó la cabeza y nos dijo “80 pesos”; inmediatamente aceptamos, y no importaba que nos hubiera cobrado el doble, hubiéramos aceptado.

En el camino, y todavía con la duda de si estaba haciendo lo correcto, retomé mi análisis del conflicto entre el catolicismo y el peyote. Vino a mi mente aquel dios del que habla Herman Hesse en *Démian*: Abraxas. Este dios permite fusionar el bien con el mal, con base en el libre albedrío de cada persona, así se logra una vida libre de pesares y arrepentimientos. Creó que algo así es como cura el peyote, sí reconoces y analizas tus errores, te redimes de ellos. Lo que hace el peyote es abrir la puerta de esa habitación de la mente para echar un breve vistazo a eso que hemos guardado por temor o arrepentimiento. Esos “demonios” son nuestros, pero la sociedad actual en busca de la vida perfecta prefiere achacarlos al pobre cactus que nada tiene que ver con esos demonios ajenos. Para Don Juan Matus este mundo es un misterio, y como tal, debe tomarse como es: un misterio.

“Somos hombres y nuestra naturaleza es aprender y ser arrojados a mundos nuevos, inconcebibles”.

Aunque dentro de su indigenismo Don Juan desconoce a Abraxas, para él, el peyote contiene un dios que “enseña la forma debida de vivir” y actuar. Esta enseñanza la conocían ampliamente los indígenas de los tiempos prehispánicos, y su actuar y vivir se refleja en los vestigios que hoy nos causan gran admiración y que seguirán siendo motivo de estudio.

El chofer nos dejó su número para llamarle cuando quisiéramos regresar. Desde la carretera ya se advertía lo que podría ser el escudo regional de Desierto: un cerro

con una pequeña capilla en la punta. Con buena velocidad, en 15 minutos arribamos a la ranchería.

La carretera se empezó a ensanchar, como anunciando la llegada al Desierto. Entramos por una orilla de la ranchería, aunque cualquier lugar por el que entráramos era orilla, pues Licha me explicó que en este lugar no había más de cuarenta casas. Salimos del taxi y me quedé parado a un costado, como esperando órdenes, pues aquí ya no sabía para donde ir. Pagamos y el taxi se fue. Y por fin, una de las intrigas que más me preocupaba tuvo respuesta.

Tomamos nuestras mochilas y nos metimos a la calle que quedó justamente donde nos había dejado el taxi. El desconocimiento de pavimento era notorio; andando por el camino de terracería Neto me dijo que antes de entrar al desierto pasaríamos a la tienda de Carlos por agua y, sin precisar qué, comida; pensé que por arroz, frijoles o lentejas, algo fácil de comer y que sólo requiriera de fuego para cocerse.

Unos 50 metros a partir de la esquina caminamos antes de llegar con Carlos. La fachada color salmón resaltaba de las demás casas con sus opacos colores que oscilaban en una gama de grises. El único color vivo que se percibía era el verde opaco de las variedades de cactáceas que rodeaban las viviendas. La tienda estaba algo vacía, más bien era bastante grande para lo que tenía. Un niño fue el primero en recibirnos, Licha le preguntó por su papá y que si podía hablarle, sin decir nada el niño huyó, pero antes de meterse al cuarto contiguo, salió un hombre corpulento de mediana estatura, de tez blanca pero con el clásico color rojo que marca el sol en la piel de estas personas. Sus ojos verde claro eran alegres y amables. Como una especie de adaptación al medio, él y su hijo tenían el pelo cortado casi a rapa, castaño claro; vestía una playera blanca, el niño una roja, algo roídas por el paso del tiempo, pero se veían bastante frescos.

Al escuchar varias voces con algarabía, salió la esposa; una mujer igualmente corpulenta y con el mismo color de tez, sólo que el pelo era chino, aunque también

lo traía corto. La contagiosa efusividad de Licha permeó el lugar, nuestros anfitriones respondieron de igual forma pero más moderada. Yo sólo escuchaba y en un breve tiempo me presentaron con ellos. Fue una plática fugaz plagada de emotividades. Neto preguntó cómo había estado el clima.

–Llovió hace unos dos días, pero ha estado soleado –respondió Carlos con la mirada afuera de su tienda como si consultara el clima, donde también se podía ver el cerro con la pequeña capilla: emblema del Desierto. Nos dijo que hace unos meses había venido, acompañado “un amigo de ustedes”, lo describió, Neto y Licha se voltearon a ver como si ya supieran quién se trataba: el Cabra (un integrante más de la banda de Acueducto), dijo Neto y lo describió como para corroborar.

–Sí, creó que fue él –dijo Carlos–. Pasó aquí un rato y se metió al desierto con otro chavo.

Cambiando el tema, Licha comenzó a sacar su artesanía y se la mostró a la esposa de Carlos; emocionada comenzó a verla, una por una revisó las piezas, su hijo y esposo se le unieron y también se emocionaron al verlas; Licha les ofreció que escogieran lo que quisieran; pero como si hubiera sido premeditado, Carlos le dijo a Neto que su hijo quería una pulsera como las que él traía, pero Neto no cedió, les dijo que apreciaba mucho esas pulseras y además “salen caras” (las pulseras en cuestión son las hechas por los huicholes, poseedoras de múltiples colores y figuras hechas con pequeñas chaquiras), siguieron viendo la artesanía de Licha. Yo, como si fuera parte del inmueble, permanecía callado viendo toda la acción, disfrutando de la sombra desde una silla cercana.

Cuando comenzaba a pensar que la plática se extendería, Neto cambió la dirección cuando le dijo a Carlos que si nos vendía agua, pero que nos prestara el garrafón, Carlos accedió sin pensar y, sin preguntar y conociendo el motivo de nuestra llegada al Desierto, nos regalo un kilo de naranjas y unos cuantos mangos. Neto jaló el garrafón como anunciando la despedida y se puso su

mochila en los hombros. Yo seguía observando las acciones, cargué mi mochila y me acerqué a Neto, también ya quería entrar al desierto. Licha, siempre alegre y efusiva, se despidió de la familia.

Cuando salimos de la tienda sentí inmediatamente el cambio de temperatura y descubrí un elemento importante (aunque básico, no le había tomado importancia) en la lucha contra el inclemente sol: la sombra, este elemento nos brindó resistencia y refrescó nuestros cuerpos mientras permanecemos en ella. Regresamos por el mismo camino, pasamos por donde nos había dejado el taxi, unas cuantas casas más, habrán sido unos 80 o 100 metros antes de entrar al desierto. En el camino le pregunté a Neto cómo habían conocido a Carlos y quién los había traído al Desierto.

–Por el Cabra; él estuvo viviendo en alguna parte de San Luis y conoció a banda de por aquí que lo trajeron, y él nos trajo a nosotros. A Carlos el Cabra lo conoció en el desierto, nos dijo que se los encontró todos polvosos (en esta ocasión el Cabra andaba con otro chavo) porque ya llevaban unos días aquí, fue a su tienda y les trajo agua y fruta. Por eso les regalamos artesanía, eso les gusta.

Eran alrededor de las 11:30 de la mañana, Neto cargaba el garrafón sobre uno de sus hombros mientras atravesamos las últimas casas del Desierto. La división entre el Desierto y el desierto fue muy marcada; pero en este punto algo muy extraño me pasó: una inusual desorientación. En los primeros metros del desierto nos encontramos con una pequeña manada de reses salvajes, al verlos pensé que estábamos en el terreno de alguien y esos animales le pertenecían, pero lo sorprendente fue que al voltear para que la casa más próxima confirmara mi teoría, sólo pude ver vegetación, no había casa próxima. Esa “tribu” del desierto se nos quedó viendo mientras pasábamos frente a ellos, me impresionó verlos, por un momento pensé que nos atacarían cual toro de lidia; afortunadamente su curiosidad sólo los hizo mirar.

Ahora sí, me encontraba caminando en el ojo del huracán de este trabajo. Estaba preparado para poner en práctica todas las enseñanzas que meses y meses de lectura me habían dado. Las casas que pensaba estaban cerca, apenas se les alcanzaban a percibir tinacos negros y unas cuantas antenas de televisión. Esta alteración de dimensiones fue el primero de los asombros que me dio el desierto. Recordé la referencia que le pedí a Beto años atrás, cuando iniciaba la investigación de este trabajo: “es mágico”.

Mi andar en el desierto me seguía brindando sorpresas; ya adentrados en él, observaba su extraña fauna (aunque en realidad los extraños éramos nosotros) sus colores verdes, café y gris transgredían mi valor. Así como los arcos que dan la bienvenida cuando se llega a las orillas de una ciudad, el desierto hizo lo propio clavándome unas largas espinas en la espinilla, al quitarlas y levantarme se apareció frente a mí una cactácea de grandes tallos verdes y gruesos pegados unos a otros, este personaje era más alto que yo, me hacía respetarlo, me aparté unos pasos y le tomé unas fotos.

Neto y Licha buscaban el lugar donde habían acampado el año pasado, pero no lo encontraban. Recordando a lo que venía, comencé a escanear el piso del desierto en busca de peyote. Aunque sabía que no iba a ser fácil, en el suelo sólo veía ramas secas, piedras café, gris, rojas, tierra, pequeños arbustos secos, y recordando que el peyote se esconde bajo los matorrales conocidos como “gobernadoras”, comencé a buscar dentro de ellos casi a ras de piso. Aunque no hallaba nada, mi ánimo no se abatía; caminando, ahora yo con el garrafón en uno de mis hombros, una pieza blanca que desentonaba con los deshidratados colores del desierto llamó mi atención. Me acerqué al matorral que lo protegía y lo levante, lo observé y me asombró encontrar un pulcro caracol; se lo mostré a Licha con alegría y me dijo...

– ¡Ah que padre, es un regarlo del desierto! –me dijo que lo guardara y me contó que su presencia se debía a que aquí antes era mar.

Pero el caracol no fue la única sorpresa que me dio el desierto, igual que las reses, la tribu vecina salió de su guarida para observar a los nuevos extraños, esta vez se trataba de una manada de caballos. Beto ya me había advertido que me encontraría con estos animales; la verdad éstos no me alarmaron mucho, pues eran bastantes escuálidos, tristes, que parecía que peregrinaban por el desierto en busca de la única salvación para su agónica vida: la muerte.

Los tres seguíamos caminando, nos deteníamos por ratos cuando aseguraban que cierto lugar era el que habían ocupado el año pasado, pero al poco rato se terminaban convenciendo que ese no era. A Neto se le ocurrió que nos separáramos para hallar un sitio con sombra para acampar, o en el mejor de los casos, encontrar el sitio del año pasado; aunque a mí no me pareció buena idea, por que no me quería perder, ellos simplemente se alejaron; aunque intenté no perder de vista a Neto, a quien seguía a unos 30 metros de mí, también seguía buscando peyote en el suelo; no fue mucho lo que recorrimos cuando decidí regresar, al poco rato Neto y Licha llegaron donde habíamos dejado las mochilas.

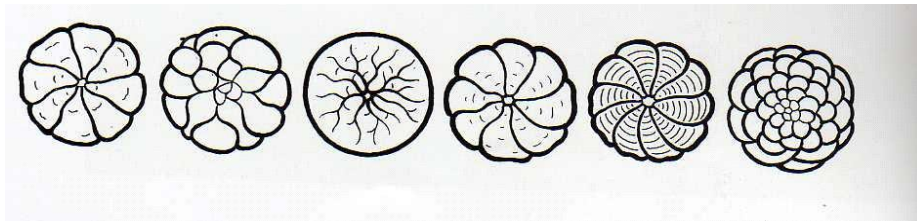
Llevábamos alrededor de 40 minutos bajo el ardiente sol del desierto; la tribu de caballos miré a lo lejos, nos observaban como esperando a que nos diéramos por vencidos. Caminamos otros cincuenta metros y ya nos empezábamos a desesperar. A estas alturas Neto y Licha comenzaron a discutir por la ubicación del lugar del año pasado, pues uno aseguraba que estábamos cerca, mientras que el otro decía que había que caminar más; al final Licha propuso que yo me quedara con las cosas mientras ellos volvían a buscar.

La tribu caballo había desaparecido de mi vista, al igual que Neto y Licha, estaba solo en la inmensidad del desierto, no me dio miedo en ese instante, pero me propuse que si ellos se tardaban, entonces si me empezaría a preocupar. Mientras esperaba seguía buscando peyote, miraba al suelo pero sin moverme de mi lugar; solo, sí me daba miedo desorientarme y perderme, por lo que buscaba entre la vegetación cercana; pasado cierto tiempo me cansé, doblé mis rodillas hasta



quedar sentado sobre mis talones, la desconfianza en la fauna me hizo asumir esta posición, no confiaba ni en el suelo.

Mi búsqueda seguía, pero al ver casi la misma vegetación por todos lados, pensé en toparme con algún “falso peyote” (cactus que, por sus características, son fáciles de confundir con el peyote). Y es que aunque el peyote es único en su especie, suele tomar formas diversas sin dejar de ser *Lophophora williamsii*.



#### **Tubérculos atrofiados por el crecimiento y clima**

Richard Evans Schultes y Albert Hofmann, *Plantas de los Dioses*, FCE, México, p. 145.

Detuve mi búsqueda y miré el estandarte, la capilla nos daba dos caras, nunca el frente, las cuales estaban pintadas; empecé a descubrir que uno de esos colores se percibía más del lado del Desierto que del desierto. Ahora que lo escribo y analizo, el estandarte era un sistema ingenioso de orientación; pues así como los faros guían a los barcos y los alertan de la costa, o las estrellas a las tortugas; el cerro con la capilla, además de cumplir con una tarea religiosa, daba orientación. Como si el color tuviera una relación, o fue meramente fortuito, el lado de color rojo daba al Desierto, mientras que el verde al desierto; la relación se basa en que este último apuntaba donde está la fauna, la vegetación... el peyote; el rojo al Desierto, donde el sol ponía de ese color la piel.

Al regresar, Neto y Licha descansaron un breve momento, si se le puede llamar así el estar parados bajo el sol. Licha nos advirtió que nos moviéramos rápido porque se nos iba a hacer tarde. Mi infructífera búsqueda me hizo entender a la perfección porque los huicholes llaman cazar a su peregrinar para hallar peyote. Neto propuso caminar más; seguimos una de las muchas veredas que había, un poco cansados recorrimos otros cincuenta metros. Llegamos a un punto en el que

el terreno comenzaba a formar una pendiente; Neto iba al frente, fue el primero en comenzar la subida, unos tres metros atrás venía Licha y hasta atrás yo. De repente, Neto dejó escapar un fuerte grito que se me quedó fielmente grabado:

– ¡Gracias Padre Santo! –se hincó, y por primera vez se quitó los lentes. Nos acercamos y pude ver en el piso un falso peyote. A mi parecer fue una *Coryphantha compacta*, o bakana, como lo conocen los Tarahumaras, el cual también emplean en sus ceremonias en sustitución del peyote. Este hallazgo fue bueno, pues creí que nos indicaba que ya andábamos cerca del máximo dios del desierto, el venado azul: el peyote o jicuri, como lo nombran los Huicholes; los Coras de las montañas de Tepic lo conocen como huatari, houtari o watara; los tepehuanos de Durango, kamana; los tarahumaras de Chihuahua, hículi o hokori, y en algunos casos se agrega el epíteto wanamé, que significa superior. El ver la cactácea me emocionó, pues al igual que el caracol desentonaba con los colores del suelo. El colorido verde de su tallo, cubierto por muchas espinas blancas delgadas, le daban una diminuta dimensión de vida al desierto.

Todavía parado frente a ella, aparté mi vista de la cactácea y volví a escanear el suelo en busca de jicuri. Comencé a sentir una ligera agitación, me pasó lo mismo que a Gonzalo Fernández de Oviedo, cortesano del príncipe Don Juan, y a quien a partir de 1532 se le nombró Cronista General de las Indias; quien a su visita a la Nueva España surge, en 1535, su *Historia General y natural de las Indias*, donde dedica parte de su trabajo a la admiración que causó en él la forma, textura, olor y sabor de la piña.

Ésta es una de las más hermosas frutas que yo he visto en todo lo que del mundo he andado. Ninguna de éstas, ni otras muchas que yo he visto, no tuvieron tal fruta como estas piñas o alcachofas, ni pienso que en el mundo la hay que se le iguale en estas cosas juntas que ahora diré. Las cuales son: hermosura de vista, suavidad de olor, gusto de excelente sabor.

Algo parecido le sucedió a Francisco López de Gómara con el manatí y a Joseph de Acosta con el maguey.

Como en el piso del desierto todo se mimetiza, y no por los colores, sino porque la tierra lo cubre todo, mejor emprendí la subida para iniciar mi búsqueda. A unos 15 metros de la *Coryphantha*, donde todavía permanecían Neto y Licha, pude ver al “venado”, tenerlo de frente me impactó muchísimo, por un momento me quedé estático, como analizando si en realidad se trataba de *Lophophora Williamsi* y no de un falso peyote, caminé más a él y pude comprobar que sí, sí era jicuri. Por fin tenía frente a mí lo que por tanto tiempo había buscado, indagado, perseguido... ¡arriesgado!; creo que por primera vez comprendí el sentimiento de un admirador frente a su ídolo, su anhelo, su sueño.

Habíamos pasado la prueba, el desierto nos estaba recompensando el esfuerzo de la peregrinación. Emocionado le grité a Licha mi descubrimiento; me volví para buscarla y le anuncié mi hallazgo, rápidamente se acercó y con alegría me dijo:

– ¡Ah, es un venado! –su confirmación me llenó de confort, porque antes de hallar el jicuri pensé que tal vez yo no encontraría y me pasaría lo que Gerardo (otro integrante de la banda de Acueducto) me contó; cuando fue al desierto por primera vez no supo distinguir jicuris a pesar de que le decían que los tenía cerca, por lo que se los tuvieron que dar.

El peyote es tan misterioso que no basta con buscarlo, hay que saber hallarlo; pero también es importante que él se deje ver, pues se dice que, dado su grado de dios y su símil con el dios venado de los huicholes (que de sus pisadas nacen peyotes), puede llegar a escaparse. De ahí que los huicholes nombren a su peregrinar “ir de caza”. En ciertos casos, el peyote suele esconderse entre la maleza del desierto, como entre los arbustos de mezquite (*Prosopis glandulosa*) o entre chaparral o gobernadora (*Larrea tridentata*).

Lo anterior sirve para entender por qué, divinamente, se puede encontrar peyote en cierto lugar y cuando se regresa para hallarlo ya no está. También para entender porqué cortado desde raíz, tarda alrededor de dos años en madurar. Incluso, el grado de desconcierto llegó a presentarse en el botánico americano William E. Safford, quien lo confundió con el teonanacatl (*Conocybe siligineoides* o carne de dios), uno de los hongos sagrados más usados por los aztecas.

–¿Qué le hago, me lo como? –pregunté a Licha inmediatamente cuando llegó.

–No, dale las gracias porque nos permitió llegar y te permitió encontrarlo.

–¿Y luego me lo como?

–No, después de darle las gracias, a ese lo vas a tapar con tierra y piedras y lo dejas. Buscas otro –aunque no quería porque pensaba que me costaría trabajo hallar otro, obedecí a lo que consideraba parte del ritual. Caminé lentamente y con la paciencia necesaria para enfrentar una prologada búsqueda, pero no fue así; pasaron cinco o diez minutos cuando debajo de un matorral descubrí el que se convertiría en el primer peyote de mi vida.

Medía unos cuatro centímetros de circunferencia, se veía carnososo, tierno, suave, con una ligera capa de tierra grisácea encima. De manera sencilla se puede describir que sacado de la tierra el peyote tiene, en su etapa madura, la forma de una zanahoria que mide entre 20 y 25 cm. de largo; siendo la parte de hasta arriba lo que se come, conocida como “botón de mezcal”.

Decidido a comerlo, pregunté cómo lo cortaba; recordando *Las Enseñanzas de Don Juan* pensé que existía un laborioso procedimiento para extraerlo o cortarlo. Pregunté si traían cuchillo o algo por el estilo, Neto se acercó a mí y de la bolsa trasera de su pantalón sacó un hilo.

–¿Y cómo le hago? –pregunté viéndolo.

A pocos metros él encontró otro jicuri, se agachó y aprendí como cortarlo. Le pedí nuevamente su hilo, fui al lugar donde estaba mi peyote, me agaché hasta quedar con una rodilla en el piso y con mi dedo quité la tierra que lo rodeaba, pasé el hilo a su alrededor y comencé a frotarlo. No había pretexto para no comerlo, contrario a lo que pensaba, el corte fue bastante fácil. Me maravilló que al cortar el botón lo que se quedaba en la tierra fulguraba un verde claro muy vivo con un tenue blanco al centro.

El botón no tiene espinas, (parte a la que Fray Bernardino de Sagahún nombró “tuna de tierra”), está dividido por una variante de 5 a 13 gajos, dependiendo del tamaño, éstos tienen unos mechones cortos de espeso pelo blanquecinos llamados tricomas; y son precisamente éstos los que dan su nombre. Algunos ejemplares presentan surcos tan atroces que la “tuna de tierra” pierde su división radial. En su parte central está un punto denso de pelusa llamado areola, de éste brotan las líneas que dan forma a los gajos.

Me levanté, tenía el botón de jicuri en mi mano, me le quedé viendo y esperé un momento antes de meterlo a mi boca. Al ver mi duda, Licha se acercó y me dijo cómo comerlo.

–Lo partes y te lo comes en cachos o gajos, pero quítale los pelos –por mi mente pasaron muchas imágenes, un sutil destello de arrepentimiento, varios recuerdos, personas y, por supuesto, Leo.

Quité los tricomas y partí el botón a la mitad, lo mordí hasta dejar un pequeño trozo. Al peyote que yo me comí Licha les dice venados, que en contraste con los más grandes o maduros no tiene crestas y su aspecto no es tan grotesco. Tras meter el primer gajo a mi boca, el efecto que provocó fue nulo. En realidad lo primero que sentí fue su fuerte sabor amargo; resignado esperaba que con esto se aparecieran intermitentes y dolorosos vómitos; mientras esperaba las consecuencias caminé para entretenerme en otra cosa, pero lo que se apareció

primero fue otro peyote, éste no lo corté, pues seguía esperando los secuelas del primero; seguía caminando y los jicuris seguían apareciendo, más no los efectos; aún tenía su sabor en la boca cuando busqué a Licha.

– ¿Cuánto tiempo se tarda en hacer efecto, o cuántos tengo que comer?

–Tu cuerpo te va a decir –dijo luego de levantarse y sobresalir del matorral que la ocultaba; yo seguía esperando los efectos, o por lo menos vómito o retortijones.

Espere unos minutos más y no sentía nada. Los jicuris seguían apareciendo. Ante los nulos resultados, tome valor, le pedí su hilo a Neto y corte otro, ya sin tanto temor lo comí. Este no acentuó los efectos del primero. La aprensión había desaparecido. Seguí caminando y los venados aparecían sorprendentemente igual que las reses y caballos a lo lejos; todos eran, o éramos, parte de la fauna. Neto y Licha, por su lado, seguían encontrando peyote. Con el miedo enteramente disipado y los efectos aún sin aparecer, mi recolección ostentaba tres venados de varios tamaños.

Como una madre preocupada por el bienestar de sus críos, Licha nos sacó de la emoción al recordarnos que teníamos que poner la casa de campaña y juntar leña, mucha leña, era lo que más le preocupaba. Nos advirtió que no nos claváramos juntando peyote, porque también esa es una prueba: la emoción de encontrarlo priva de hacer otras actividades. Entendiendo que llevábamos casi una hora, dejamos la recolección y comenzamos a armar la casa de campaña.

La instalamos rápido junto a un seco y alto árbol repleto de feroces espinas. Todo el ejemplar presentaba una gama de colores gris, como si fuera una especie prehistórica fosilizada. Creí que, al igual que cuando se anda borracho, por los efectos del jicuri tendría problemas con mis movimientos, pero no fue así.

Al terminar, miré la morada y escuché cerca un extraño silbido que llamó fuertemente mi atención, por momentos fue constante y por otros pausado,

permanecí parado para identificar de dónde provenía, pero no pude, rato después descubrí que simplemente se trataba del paso del aire que atravesaba entre la casa de campaña y el árbol.

La casa azul cielo sobresalía de los rústicos colores del desierto. Metimos nuestras mochilas dejando el garrafón de agua afuera y comenzamos a juntar un poco de leña. La recolección duró poco más de 15 minutos, no había mucha leña, por lo que nuestro acopio fue poco, y como eran alrededor de las 2 de la tarde, pensé que teníamos mucho tiempo para juntarla.

Seguíamos caminando en busca de leña pero al poco rato la transformamos en una de jicuri. La nueva recolecta duró casi una hora. Ya sin miedo, comí orgulloso otro peyote, ya no un pequeño venado, sino uno mayor: *Lophophora Williamsi*. En ese momento la sorpresa fue mayor, pues los peyotes emergían del suelo como un topo que nos seguía y emergía justo en el lugar donde nos parábamos.

Algo que no pensaba ver fue un peyote en “gestación”; en realidad Licha me dijo eso. Al principio no lo había notado, pero recordé que había leído algo al respecto: del centro (llamado areola) les brota una hermosa florecilla de forma campanulada que puede ser de color blanco o lila, midiendo de 1.5 a 2 cm. de alto; así vi varios ejemplares, los cuales Licha nos dijo que no hay que cortarlos. De la areola también pueden surgir nuevos botones, que pueden llegar a extenderse hasta 2 metros de largo con varias cabezas.



*Lophophora Williamsi* en “gestación”

Foto: Oscar Lojero García

El peyote tiene dos formas de reproducción: sexuada y asexuada. La primera, y principal, abarca parte del final de la primavera y el verano, cuando la planta florece y es propicio para que los óvulos sean fertilizados hasta madurar y convertirse en semillas un año más tarde. Transcurrido el año, surge del centro de la planta un fruto que se alarga rápidamente hasta convertirse en un cilindro rojizo de 1.5 centímetros de longitud. Todavía en el verano, estos frutos maduran en cuestión de semanas y, con el viento, la lluvia y otros factores climáticos, inicia un proceso de degradación de su cubierta, de donde saldrán unas semillas negras; después, la planta es lavada por las lluvias y las semillas negras son arrancadas para ser dispersadas y de donde nacerá un nuevo peyote.

La reproducción asexuada sucede cuando el peyote es cortado y de la areola surge el nuevo ejemplar genéticamente igual al original. También cuando el retoño maduro es cortado y se deja en el suelo, a éste le surgen raíces, que con el paso del tiempo llega a convertir en una planta independiente.

Llegamos a un punto, como a 20 metros de la casa de campaña, en la que un árbol, parecido al que estaba junto a nuestra estancia, proporcionaba una acogedora sombra. El primero en instalarse fue Neto, al verlo descansar tan plácidamente mirando el cielo, hice lo mismo, tiempo después Licha se nos unió. Bajo la sombra permanecía en un estado de serenidad absoluta; por primera vez, o por lo menos desde hacía mucho, no me sentía así.

Mirando el cielo comencé a preguntarme cómo en una época en la que la ciencia era escasa, los indígenas prehispánicos tenían un amplio conocimiento de los efectos de las plantas. Mientras permanecía acostado, recordé a las guacamayas del Perú, que dentro de su dieta hay un fruto mortalmente tóxico, pero para contrarrestar los letales efectos, ingieren arcilla, que dentro de sus intestinos se adhiere a esos tóxicos y los desechan sin ningún problema. Aún es desconocido como ha descubierto el hombre el uso de los alucinógenos, lo único seguro es que los ha experimentado consigo mismo. Como sucedió con el descubrimiento del café que proviene de Arabia:



Se dice que el pastor Kaldi, al observar que sus cabras parecían más contentas, más activas y juguetonas después de haber comido la cereza del café, se interesó en la planta. Kaldi hizo la prueba y el efecto de la ingestión de la fruta y su semilla fue el mismo: brincó, bailó, jugó y, además, durmió menos esa noche. Un religioso vecino del lugar se enteró del hecho e hizo también las pruebas: mismo resultados.

Cerré los ojos y al pensar en los colores de las guacamayas comencé a ver una derrama de intensas tonalidades iridiscentes dentro de mis ojos. Sin embargo algo extraño me pasó, no me atreví a seguir viendo, algo, no sé qué, me atemorizó y los abrí. Creo que fue la sensación de dejarme ir, abandonar mi posición de seguridad y emprender la visión en algo que no tiene lugar, sentido, razón de ser, que es poco común en mi mundo occidental. Sí, definitivamente el hombre teme a lo que desconoce.

Todavía acostado bajo la sombra, posé mi vista en las ramas del seco árbol, pero el azul del cielo llamó más mi atención. Ese dulce color era acompañado por blancas y tersas nubes, y fueron éstas últimas las que me regalaron una arrobadora visión, similar al que ofrecen las fotografías de espacios naturales. Al verlas fijamente, parecía que las nubes tenían una textura espesa, pero dentro de esa espesura se manifestaba una intensa efervescencia.

Al percatarme que esa visión no era normal, entendí que ya estaba experimentando los efectos del jicuri. Consciente de esto, comencé a experimentar lo que decidí llamar magia; intente dar forma a las nubes, para mi sorpresa lo primero que vi fue una especie de genio salido de una lámpara mágica con una cara demoníaca, mostrando sus garras; pero recordando que antes de emprender este viaje decidí que todo lo que viera bajo los efectos del peyote eran producto de mi mente, intente pensar en algo agradable para alejar al demonio, di forma a lo que primero se convirtió en una estrella, al final vi a Patricio, el de Bob Esponja, cargando una caja. No halló explicación para ello pero así fue.

Escuché a Licha que decía que en mi nube veía un ave fénix, segundos después comencé a ver al ave, pero el mío era de una especie de águila, me levanté y fui hasta donde ella estaba, comenzó a dirigir mi mente hasta que vislumbre su fénix: el de ella era más mitológico, como el que tiene crestas arriba del pico. Lo maravilloso de esto no es ver formas en las nubes, porque cualquier persona puede hacerlo, lo significativo, relevante, importante y lo que desemboca en el valor de la experiencia, es la exacta definición con la que las nubes se acomodan para formar imágenes y darles volumen. Regresé a mi sitio, aparte mi vista del fénix, las portentosas figuras que me regalaban las nubes hizo que quisiera experimentar más visiones; la gran nube de al lado se acomodó para dar una fiel representación de un jaguar prehispánico con el hocico gruñendo, mirándome en posición de caza; eso me fascinó.

Aún acostado bajo la sombra de lo que parecía un prehistórico árbol, la efervescencia de las nubes regresó, ahora lo asombroso fue que las nubes imitaban el ascendente recorrido por el aire del humo de cigarro, lo mágico es que el efecto parecía estar a unos metros de mi; no lo podía creer, para asegurarme que lo que estaba viendo era algún tipo de visión, alcé mis brazos para constatar que en realidad no las podía disipar con mis dedos.

Los tres buscamos comodidad en la sombra del árbol, había peyotes en todo nuestro alrededor, fue un momento de gran reposo, comimos fruta y enjuagamos nuestras bocas con agua que traíamos en un envase de Gatorade de medio litro. A escasos dos metros de donde estábamos, de reojo alcancé a ver un punto negro, algo me decía que era un hoyo de víbora, pero contrario a lo que pensaba, no le tomé importancia, pues no sentía peligro alguno, que al anfitrión de ese agujero no le interesaba nuestra permanencia.

A partir de este momento, nuestra estancia empezó a ser marcada por lapsos de temor y serenidad. Seguíamos acostados cuando el ruido de una moto se escuchó, primero no le puse atención, seguía ensimismado con el efecto. Sin

embargo, el ruido alteró las emociones de Licha. Sin verla directamente percibí que se paró rápidamente, sin saber exactamente por qué hice lo mismo, Neto también. Nos quedamos inmóviles viéndonos uno a otro mientras escuchábamos atentos el intermitente sonido, Licha afirmó que se acercaba la moto; creí que podría tratarse de policías, federales, el ejército o para nuestra mala suerte, sicarios cuidando su territorio, pensando en las consecuencias de estar ahí, quise correr a esconderme, pero el ruido cesó. Seguíamos viéndonos esperando lo que fuera, el sonido seguía, lo extraño es que no se incrementaba, nos comenzábamos a alterar cuando el ruido se dejó de escuchar, seguíamos viéndonos en silencio, como para asegurar que en realidad se había alejado; no sé qué fue lo que paso, pero dejó de escucharse la moto, desapareció. Un poco molesto, Neto volteó a ver a Licha y le dijo:

–¡Cómo crees que el ejército se va a meter por tres cabrones al desierto, eso no les interesa! El ruido viene de la carretera –con un poco de vergüenza Licha se disculpó y nos contó una mala experiencia que había tenido cuando fue al Tecolote. Es probable que los efectos del jicuri hayan hipersensibilizado nuestros sentidos, ya que la carretera se encontraba muy lejos de donde estábamos, según dijo Neto.

Pasado el rato amargo, dimos los primeros sorbos de agua. El líquido no provocó sensación alguna en mi boca, mientras bebía fortuitamente miré el representativo cerro con la capilla en la punta. Como si supiera de nuestro mal momento, tomó un verde bastante vivo, que me tranquilizó, su grandeza era descomunal y simpática gracias a la pequeña capilla en la punta, daba una sensación de extraña cercanía, como si bastara caminar unos cuantos metros para estar a sus faldas.

Todavía con agua en mi boca y observando alrededor del cerro para constatar la aidez de los colores y de la vegetación circundante, mi vista fue asaltada por un extraño punto negro proveniente de la misma dirección por la que entramos; se movía en el aire de un lado a otro con dirección hacia nosotros, conforme avanzaba incrementaba su tamaño y forma, una lenta transformación le comenzó

a dar alas, después la forma de una aguililla se perfeccionó, voló exactamente por encima de nuestras cabezas haciendo un par de prolongados círculos; parecía que nuestra visita le causaba la misma curiosidad que la que sintieron las reses y los escuálidos caballos; se alejó agitando sus alas, pero al hacerlo podía ver tras de ella una estela de vibrante aire que dejaba su cuerpo, como las del agua al aventar una roca, pero de aire. Me gustó pensar que el jicuri hacía que pudiera ver como el ave cortaba el aire tras su paso. De pronto la aguililla se desvaneció para volverse a convertir en el punto negro.

A mi parecer, Neto y yo teníamos cierta conexión de ideas; y es que justo cuando se me antojaba algo dulce que contrastara el amargor del peyote, propuso bajar al Desierto a comprar una Coca Cola, “ahora sí que sería la última Coca Cola fría en el desierto”, dijo irónicamente.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde, les confesé que tenía hambre, por lo que decidimos emprender la bajaba. Mientras caminábamos por una de las tantas veredas que atravesaban el desierto, intentaba catalogar químicamente los efectos del peyote. Según yo, hasta ahora, y con base en mi información, había sentido los químicos derivados de la morfina y la mezcalina, pues el cansancio y el agotamiento habían desaparecido, me sentía bastante tranquilo y en buena condición, mientras que las visiones de colores y el efecto de la nube eran causados por la mezcalina. Unos frijolillos rojos que empecé a ver en el camino, que según Licha era “excremento de borrego fosilizado”, llamaron mi atención y me sacaron de mi hipótesis. Seguíamos caminando cuando nos encontramos un enorme tronco que tenía forma de cráneo de caballo o res que decidimos recoger de regreso.

Una urgencia fisiológica me hizo apartarme de ellos, salí del camino y busqué un lugar donde nadie me viera orinar, pero recordé que estaba en medio de la nada, así que refresqué el primer arbusto que se me atravesó. Al terminar Neto y Licha me llevaban unos 30 metros de distancia, apresuré el paso y mientras me acercaba, los vi agarrados de la mano, la imagen me hizo disminuir el paso al

recordar un frustrado matrimonio. Pensé que era hermoso compartir con quien amas una aventura como ésta. Sabía y había comprobado que los sentimientos pueden controlar las percepciones bajo el influjo del peyote, por lo que decidí apartar mi mente de la tristeza. Licha volteó y me hizo señas de alcanzarlos.

Caminábamos juntos cuando nos percatamos que no entrábamos a Desierto, sólo lo estábamos rodeando, regresamos y enfilamos hacia las casas más cercanas, ya sin tomar en cuenta los caminos marcados. Recorrimos varios metros más, pero salimos, ya estábamos en Desierto. No reconocí las primeras casas pero aprovechamos la sombra de una de ellas para descansar, tras un breve momento de reposo, seguimos caminando. Pasamos por una casa donde los ladridos de un perro despertaron el lugar, una niña salió corriendo de ella, atravesó su patio y salió por otra puerta lateral, pude ver que se metió a la casa de enfrente. Nuestra intención era llegar a la tienda de Carlos, pero el desvío de caminos nos sacó a la tienda de una señora a la que Licha conocía como Doña Aurora. La casa de esa mujer fue donde la niña entró, afuera había dos tipos sentados en la caja de una vieja camioneta negra tomándose una caguama.

Neto también los vio y me dijo, “estaría chida una de esas fría”, coincidí con la idea pero no dije nada, y al parecer Neto lo entendió, pues no insistió, aunque creo que tenía que ver con el hecho de no mezclar la cerveza con el peyote. Ver a los dos hombres me hizo recordar que al peyote también se le conoce como “mezcal” o “botones de mezcal”, ya que se relaciona con el destilado de agave, pues se pensaba que los efectos del mezcal y el peyote eran similares, aunque para definir el estado de la persona si es común el uso del vocablo embriagador, de ahí la relación, aunque, claro está, que los efectos no son iguales.

La confusión del peyote con el mezcal aumentó con la costumbre del norte de México de mezclar los dos en una bebida.

Algo parecido describe Castaneda cuando Don Juan lo lleva a su primer mitote.

Salimos y nos sentamos en la oscuridad. Afuera se estaba bastante cómodo, y el anfitrión sacó una botella de tequila.

Incluso, el mismo Don Juan corrige a Castaneda sobre el nombre:

-¿De verdad va usted a enseñarme los asuntos del peyote?

Prefiero llamarlo Mescalito. Haz tú lo mismo.

Llegamos a la tienda, entramos y no había nadie, Licha y yo fuimos los primeros en entrar, Neto se quedó afuera. El péndulo de emociones volvió a agitarse. Al poco tiempo, una señora mayor de tez clara, físico fuerte y de intensos ojos verdes entró por otra puerta que estaba más al fondo de la tienda y que daba al interior de su casa. Licha fue la primera en saludarla, al verla sufrí un engaño de sus ojos: pensé que era ciega; con la incertidumbre entre lo que me decían sus ojos y sus movimientos, opté por saludar en voz fuerte, pero cuando dirigió su mano hacia la mía, supe que no era lo que había pensado, lo extraño es que no nos veía a la cara, por lo menos no a Neto y a mí, eso me pareció muy extraño y pensé que le molestaba nuestra presencia.

Tras saludarla, Neto retrocedió y al quedar a mi lado me dijo en voz muy baja: “No le vayas a pedir que se deje tomar una foto, esta gente no se deja fotografiar”. No me causó problemas la recomendación, pero sí la tome en cuenta. Licha y la señora Aurora entraron a la tienda, mi hambre me hizo seguirlos, al entrar Licha me preguntó qué comprábamos para comer, la señora, sin seguir mirándome, nos ofreció atún, pan y queso; dejando que Licha decidiera, tomé dos Cocas frías de medio litro y me salí con Neto, él estaba recargado en la esquina de la tienda, le pregunté por qué lo de la foto, me dijo que no sabía, “pero así es ésta gente”.

—La única vez que me miró a los ojos fue el año pasado. Igual que ahorita llegamos del desierto y me acosté ahí (señaló un espacio dentro de la tienda donde había una fría sombra), cuando la señora entró y me vio me levantó del

brazo diciéndome: “párate, que vienes caliente y te va a dar una pulmonía que te puede matar”, esa fue la única vez, y tenía razón –recordó Neto.

Intentando apresurar nuestra partida, entré por Licha a la tienda para escoger la comida; decidimos comprarle una bola de queso que hacía Doña Aurora y dos bolillos, pero al ver que ambas platicaban plácida, más Licha, decidí salir, en el camino un señor igualmente güero, pero más bajo, como de 1.70 metros, se interpuso en mi paso, lo saludé sin importancia, Licha, al verlo, hizo lo mismo con su perpetua efusividad. El señor respondió con una ligera sonrisa, se nos quedó viendo a Neto y a mi e inmediatamente Licha nos presentó, el señor respondió: “De usted si me acuerdo, vino el año pasado, pero de ellos no”. Todos salimos de la tienda, el señor cojeaba, Licha le preguntó qué le había pasado y contó:

–Me caí del cerro –primero pensé que se refería a que se había tropezado en el cerro, pero no, insistía en decir que se había caído del cerro; Licha le preguntó que cómo había pasado, el señor dijo que un fuerte viento lo empujó y lo tiro al suelo. Licha le ofreció una “sanación” de las que ella hace y el señor accedió.

La insistencia del señor me hacía pensar en una referencia cifrada. Decir que se había caído del cerro, me hizo recordar lo que María Sabina contó sobre la muerte de su padre, Crisanto Feliciano, quien al quemar por accidente una milpa ajena, recibió una maldición del Señor de los Truenos, que le hacían brotar ganglios en su pecho y cuello, sentenciándolo a morir convertido en guajolote.

Antes de empezar a platicar con Don Gregorio (no recuerdo cómo y en qué momento nos dijo su nombre), Neto me contó que el año pasado, al verlos, les dijo con ironía: “¿Qué hacen aquí? Acapulco está del otro lado”. Aurora y Licha platicaban en el patio de la casa; Neto, Don Gregorio y yo permanecimos afuera, junto a su camioneta, y aunque las pláticas estaban en lados separados, podíamos vernos por que no había zaguán. Desde que salí de la tienda me empezó a doler la cabeza y me empecé a marear, como si se me hubiera bajado la presión, me comencé a sentir incómodo, mal.

–¿Y de dónde vienen? –preguntó Don Gregorio.

–Del Distrito Federal –respondió Neto, yo no me sentía muy bien para hacerlo.

–Allá está el que, el que... manda; para que me pueda recibir en su oficina para decirle que meta programas agrarios. Aquí tenemos un grave problema de agua; el ganado se nos está muriendo, para que meta obra, tenga varias propuestas que decirle, es que aquí no llega nada. No que el este Obrador no hace nada.

–¿Y aquí con quién están?

–Con, con...

–¿Con el PAN, con Josefina?

–Sí, con esa.

–¿Y para que los quiere aquí? Cuando ellos vengan le van a quitar parte de este tesoro –señaló Neto mirando al desierto.

¿Y qué hacen aquí? –preguntó Don Gregorio mientras caminaba rumbo a su camioneta; me dio la impresión que sus cuestionamientos eran para confirmar lo que intuía.

–Venimos al desierto –contestó Neto.

– ¿Al desierto, y para qué?

–¡Para curarnos, para purificarnos!



– ¿Para curarse, de qué? –como si jugara, el hombre de tez blanca con camisa de cuadros, sombrero ranchero y pantalón de mezclilla seguía preguntando.

–Del estrés, de la monotonía, del tráfico de la ciudad.

– ¡Ahhh! Vienen de México ¿Y en el desierto que hacen?

–Aprovechamos sus frutos.

– ¿Sus frutos, cuáles frutos? –seguía preguntando con falsa ingenuidad.

–El peyote –reveló Neto ante la “ingenuidad” de Don Gregorio.

–¿Y qué le hacen?

–Nos lo comemos.

–¿Se lo comen?

–Sí, ¿usted ha comido peyote? –fue lo único que pude preguntar entre el repentino mareo y cansancio.

–¡Noooo! –aunque se me quedó viendo muy serio, su respuesta no me convenció.

–Entonces vienen de la ciudad ¡Que bueno ver gente diferente, porque aquí nada más nos hacemos enanos cabezones, no hay nadie más! –en el momento no entendí a lo que se refería; eso me dejó pensando un rato. Ya no me sentía tan incómodo, pero aún así ya me quería ir. En el patio seguían Licha, la señora Aurora y otras tres mujeres que no me percaté en qué momento llegaron, y que se nos quedaban viendo a Neto y a mí. Fastidiado del sol, me recargué en la caja de la camioneta; recordando a lo que iba, pregunté a Don Gregorio si había más gente que viniera al desierto y que no fuera de aquí.

–Sí; hace unas semanas vinieron unos chavos, subieron al cerro y sacaron la cruz de la capilla –voltee a ver el emblema.

–¿Y qué les hicieron?

–Pus nada. Andaban allá arriba tocando unos tambores. Hace como dos meses también vinieron otros chavos que de la universidad, que venían a hacer un estudio de plantas –cuando Don Gregorio empezaba a contarnos sobre problemas de sus tierras Licha salió y nos invitó a seguirla al lado de la casa, donde estaba la pequeña iglesia del Desierto.

–Que están dando catecismo aquí al lado ¡vamos! –la seguimos e inmediatamente estaba la entrada, en el trayecto Neto le comentó lo de los chavos de los tambores; los dos se quedaron viendo y coincidieron en se trataba de el Cabra. La iglesia era de un solo piso, el color de la fachada intercalaba rojo y beige, medía unos 6 metros de ancho por 8 de largo, pero estaba cerrada, así que nos dirigimos a la capilla, que estaba a unos 30 metros de la iglesia. En el camino Licha nos dijo que le habían comentado que la clase se daba al pie de la estatua de San Miguel Arcángel, la cual fue encontrada en el desierto por los pobladores.

La capilla tenía los mismos colores de la iglesia, pero era de la mitad de tamaño. A lo lejos se vislumbraban unos arreglos florales que parecían estar viejos, pero de cerca perdían esa imagen y lucían un café muy brillante, como si estuvieran hechos de caramelo. Por un largo periodo el péndulo de las emociones se detuvo del lado negativo.

Entramos. La capilla no tenía focos, era alumbrada por la poca luz del sol que entraba. Nuestra llegada perturbó la tranquilidad de los ocho o nueve niños que tomaban clase. Saludamos, la maestra nos ofreció sentarnos en la rústica banca de la entrada donde estaban los cuadernos y suéteres de los niños, pero Licha se apresuró a decirle que estaríamos poco tiempo.

Comencé a recorrer la habitación con la mirada; contraria a la fachada, el interior era un poco lúgubre, los colores oscilaban entre el verde y el gris oscuro. Efectivamente, la efigie estaba al fondo, acomodada en medio de la pared y, contrario a las imágenes normales, ésta no era angelical, era un poco grotesca, y aunque llamó mi atención no la quise ver; nuevamente me empecé a sentir incómodo. Los niños estaban colocados en un semicírculo alrededor de ella. A mitad del salón, sentado aparte, estaba un niño que sobresalía de los demás; no tenía material de estudio, era el que más nos observaba, podía sentir su mirada, yo seguía observando el salón. Licha se acercó a la maestra, comenzó a platicar con ella y ver lo que leían; mi mirada volvió a pasar por el chico, la suya no era como la de los demás, al vernos hizo un movimiento que me perturbó: con el puño de su mano izquierda se pegó en el pecho, del lado del corazón, al hacer eso me percaté que Neto se salió; seguía observando la habitación, a los niños y a Licha, pues quería quitarme de la mente la imagen del niño golpeándose; tras recorrerlos, nuevamente observé al chico; su cara me causó gran impresión, por momentos apartaba su vista de la mía, como si la ocultara, pero eso no cortaba mi atención; la impresión hacía que lo siguiera viendo, su mirada me atrapó, era extraña, inusual. En ese momento, el sol entró con más fuerza e iluminó al chico, creando un efecto como de pequeños insectos que volaban frenéticamente a su alrededor, me espanté muchísimo; volvió a apartar su mirada de la mía, lo hizo varias veces, pero al final la sostuvo, al ver el intenso verde de sus ojos, su mirada me venció y un repentino y fuerte temor me invadió. Muy pocas veces había sentido un miedo tan fuerte; no supe que hacer, el sentimiento me hizo salir, aunque no corriendo, sí rápidamente.

Salí lo más rápido que pude al patio, en la misma dirección de la entrada de la capilla; ante el temor, sólo se me ocurrió rezar el padre nuestro; para mi sorpresa, en ese momento lo había olvidado, repetí varias veces el principio, pero conforme lo intentaba las palabras se me iban desmoronando del pensamiento. El temor empezó a ceder. Neto estaba afuera, había caminado unos metros y se quedó parado de espaldas a un costado de la capilla; caminé hacia él hasta quedar a su lado, dude un poco antes de preguntarle.

–¿Viste al chavito?

–Sí, por eso me salí.

–A mi me dio un chingo de miedo –poco tiempo después salió Licha muy tranquila. Le comentamos nuestra percepción y le extraño: “¡de Miguel, si yo me despedí de él de beso!”

Salimos de la iglesia, no tardamos en llegar a la tienda, esta vez, Don Gregorio estaba sentado en la cabina de su camioneta, por la ventana sobresalía su sombrero ranchero y su tupido bigote güero al que le brotaban unas cuantas canas; se nos quedó viendo y, no sé si por los efectos del peyote, el comentario que hizo al vernos me causó una extrañeza mística: “Verdad que es milagroso Miguelito”; no supe a cuál “Miguelito” se refería, si al chico o al ángel. Definitivamente ya no quería estar ahí, me sentía muy incómodo y sobretodo temeroso, me quería regresar al campamento. Don Gregorio retomó la plática que interrumpió antes de que entráramos a la capilla.

–¡Entonces vienen de México! –me llamó la atención que se refiriera al D.F como México; su referencia me hizo sentir como un verdadero extraño; aunque en realidad todos las personas que no viven en el D.F así le dicen.

–Sí. ¿Ha ido a México? –pregunté; algo de lo que después me arrepentí.

–Sí. Estuve arreglando un problema de unas tierras.

–¿Y qué problema tiene?

–Es que unas personas que eran de aquí decidieron separarse y agarrar unas tierras de allá –señaló unos cerros que estaban a un costado de donde acampábamos–. Fui a la..., a la esa agraria a interponer un acta –no recuerdo en

qué momento dio por entendido que le podíamos resolver—. El acta es la número 252.

—¿Y ya lo checo aquí? —dije ante la insistencia de Don Gregorio—. A lo mejor aquí le pueden resolver. ¿Ya lo intentó?

—Sí, pero quiero que esto se haga más rápido.

—Mire, yo trabajo en un restaurante de cinco estrellas y le doy de comer al secretario del secretario federal, voy a ver qué pueden hacer —intervino Neto para tranquilizar a Don Gregorio.

—Bueno, pero deme su teléfono para que esto no se quede en palabras. ¡Aurora, que me traigan mi teléfono! —mandó Don Gregorio desde su camioneta a las cuatro mujeres y una niña que platicaban con Licha; la niña entró a la casa, al poco rato regresó con un viejo celular y se le entregó a Don Gregorio—. Ahora sí, cuál es su número— Neto se lo comenzó a dictar, pero Don Gregorio lo interrumpió— Aurora, que me anoten el número —finalmente Neto se lo dio, al escuchar Licha se acercó y los invitó a su casa cuando fueran al Distrito Federal. Para este momento todos estábamos entre la tienda y la camioneta. Desde la ventana Don Gregorio volteó a ver a Licha y le dijo:

—Voy a ir para que me haga una de esas curaciones —volteó a ver a Neto—. Entonces necesito que hable con el ese secretario para que me resuelva lo del problema —ante su insistencia, preferí apartarme y quedarme recargado a un costado de la caja de la camioneta— Pero en serio, no quiero que sea pura habladuría.

Don Gregorio comenzó a hablar con autoridad, los tipos que tomaban cerveza entraron a la cabina de su camioneta. Un mal presentimiento me empezó a invadir: los tipos empezaron a buscar algo, pensé que nos iban a agredir; la dominación de Don Gregorio me hizo sentir que si no le dábamos una respuesta

concreta podíamos desatar su furia. Yo ya no quise intervenir porque los problemas por tierras son eternos y hasta fatales; Neto seguía respondiendo los cuestionamientos de Don Gregorio sobre sus tierras; su insistencia me puso a pensar que una mala respuesta nos podía poner en el mismo destino que los estudiantes de *Canoa*. Quise cambiar de aires para sacudirme el fastidio; intente unirme a las mujeres, pero la misma impresión que sentí con el niño de la capilla, la tuve con dos de las mujeres, su extraña mirada me intimidaba, eso incrementó mi hartazgo. Definitivamente ya me quería ir; pero la plática entre Neto y Don Gregorio seguía estancada; las mujeres nos veían con una extraña curiosidad y timidez. Me sentía cansado y mi presión empezó a bajar, sentía un mareo que iba en incremento, pensé en sentarme, pero creí que Don Gregorio lo tomaría como una descortesía, no lo hice. Sentía que iba a desfallecer, pero seguía recargado en la camioneta.

Licha seguía hablando con las mujeres, una planta que estaba al otro lado de la calle llamó su atención, a mi no me pareció nada sorprendente. Emocionada atravesó la calle y les preguntó a las mujeres que tipo de planta era; a lo lejos vi que una camioneta blanca se acercaba, pensé que la comunidad se empezaba a juntar, Licha me pidió tomarle una foto junto a la planta. El vehículo cruzó junto a nosotros y Don Gregorio, que ya se había bajado de su camioneta, lo interceptó, el chofer se bajo y comenzaron a hablar.

—¿De dónde eres? —preguntó Don Gregorio y no recuerdo qué lugar le dijeron.

—¿Qué traes? —mi estado no permitió escuchar bien, pero era como una vara verde de trigo pero más larga.

—¿A cómo lo das?

—A diez —respondió el forastero.

—¿A diez? ¡No, a ocho! —dijo Don Gregorio imponente.

La intervención del extraño nos abrió una salida para huir. Me despedí con voz cansada, las mujeres respondieron de igual manera pero en sus ojos aun había esa extraña curiosidad. Don Gregorio se despidió desinteresado mientras pedía a Doña Aurora 24 pesos.

Caminamos de regreso al desierto, poco tiempo después el forastero nos dio alcance en su camioneta, pasamos por la casa donde el perro ladró y entendí que la niña que salió de esa vivienda fue la misma que estaba en casa de Doña Aurora; es muy probable que fuera ella quien les diera aviso de nuestra presencia.

Dejamos Desierto y entramos al otro, al estar en la vereda, recogimos el tronco en forma de cráneo, pero al examinarlo Licha nos dijo que no nos iba a servir, pues estaba hueco y fresco, “sólo va soltar humo”; aún así Neto lo recogió y nos lo llevamos. De camino al campamento platicamos nuestro sentir en la capilla, con Don Gregorio y su familia; que ahora que lo pienso, Don Gregorio fue el único hombre que salió.

—¿Cómo vieron al chavito de la capilla? —pregunté para iniciar la plática y para tratar de sacar alguna explicación— ¡La verdad me dio mucho miedo!

—¡Cómo crees! Sí es un niño muy lindo —respondió Licha con sorpresa y ternura.

—Que se pegara en el pecho me dio la impresión que se refería a que estábamos en sus dominios, sus territorios, algo así como hacen los simios cuando quieren demostrar autoridad. Pero lo que más me impuso fue su mirada, acompañada de las facciones de su cara me hicieron salir.

—No debes tener miedo de nada porque venimos al desierto sin ninguna maldad — eso me reconfortó mucho porque tenía razón. Incluso, antes de venir realice las dietas de carne y cualquier otro tóxico que exige la “doctrina” del jicuri. Sí, es muy

probable, que el hecho que de que el niño tuviera síndrome de Dawn influyera—. ¿Le creyeron a Don Gregorio que no había comido peyote?

—Estas personas conocen el peyote, conviven con él y seguro lo han comido, pero sus usos y los efectos los toman de otra manera —dijo Neto de una manera muy resuelta y con el tronco cargando.

—Las mujeres que estaban con Licha y el niño de la capilla tenían una mirada muy rara —insistí aun intrigado.

—Mira, la cuestión es que no somos de aquí, y como este pueblo es muy pequeño, no ha de rebasar las cuarenta casas, todos se conocen, y nuestra llegada les causa mucha curiosidad —eso me sorprendió mucho, pues mi occidentalismo me hacía creer que eran mínimas las comunidades alejadas, y más aun, que yo estuviera en una de ellas—. Además, cuando comes peyote te puedes dar cuenta también quién lo ha comido, porque se te hace como una franja verde en los ojos —su comentario me hizo recordar una foto de Neto que Licha me había mostrado un año antes, “mira en esta foto, está bien verde”. Tras el comentario, aunque con un poco de incertidumbre, intuí que una de las mujeres que tenía ese efecto en los ojos había comido peyote, y a la cual, por miedo, tampoco vi a los ojos.

El tiempo que pasamos en el Desierto me puso a pensar que este tipo de experiencias no fueron tomadas en cuenta por ningún libro que leí, tal vez en el de Benítez, pero él siempre estuvo acompañado por personas que conocían los lugares donde andaban y a las personas que visitaban; ninguna información me instruyó para actuar ante las vicisitudes para llegar con “El Divino Luminoso” y enfrentar a personas que creían que por ser de la ciudad podíamos solucionar sus problemas y comprender sus temperamentos.

Callamos por un momento mientras seguíamos caminando emparejadamente. Analizando la situación, llamó mi atención que a esta ranchería carente de agua, ayuda del gobierno, caminos pavimentados e infraestructura, casi al borde de la



ruina, lo que si llegaban eran las Cocas frías, Cheetos, Fritos, el atún Herdez, las Modelos de lata y caguamas frías; mejor que esas multinacionales gobiernen el país. Quise saber la impresión de Neto así que pregunté:

–¿Cómo ves a Don Gregorio? Parecía que quería que le resolvieras ahí mismo.

–Pues no sabe, ya está grande y lo único que le preocupa son sus tierras.

–¿Pero te imaginas si en realidad el gobierno entrara? ¡No le van a brindar la ayuda inmediata que pide, primero van a ver si hay minerales para explotar y es muy probable que el permiso la vendan a una minera extranjera; destrozarán todo este lugar, tal y como quieren hacer en Wiricuta! –dije mientras le daba una mordida al queso que habíamos comprado.

–Ya le dije a Don Gregorio que debería cobrar por entrar a esta parte del desierto, estaría mejor y ganaría varo, al final de cuentas son sus tierras –intervino Licha, y no era mala idea, pues el hombre ha hecho uso de los alcaloides desde tiempos remotos; los ha obtenido tanto del reino animal como del vegetal. También hablamos de la hegemonía de Don Gregorio, Licha fue la primera.

–¡Te diste cuenta que estábamos hablando con el mero mero del Desierto!

–Sí, no nos dijo Carlos que él es uno de los fundadores de aquí. Y si quiere junta al pueblo y no nos deja regresar; viste a los tipos que estaban en la camioneta, cuando llegamos ya se iban, pero cuando nos vieron se regresaron –agregó Neto.

–Para mí que Don Gregorio habló con ellos cuando entramos a la iglesia, porque cuando regresamos se metieron definitivamente a su camioneta –mi Síndrome Canoa aun estaba presente, incluso llegué a pensar que en la noche íbamos a ser sometidos por una redada de rancheros furiosos; y es que recordaba que Don Gregorio dijo que nos visitaría después, sin precisar la hora.

Antes de llegar al campamento retomé mi ejercicio de reconocer los efectos de los químicos del peyote. La sensación de analgesia derivada de la morfina y los vivos colores de la mezcalina habían pasado; pero lo que había sentido con Don Gregorio (baja de mi pulso y somnolencia) era probable que fuera producto de la peyotlina, anhalina, anhalamina, anhalonidina, lofoforina o hordenina, quise identificar, pero recordé que la afable Doctora Elia Brosla, de la Facultad de Química de la UNAM, me había dicho que “todos en conjuntos producen eso: analgesia, sedación, alucinaciones, y todos estos efectos son producidos dependiendo de la dosis [...] solamente su conjunto total es como se producen los efecto”, por lo que deje la tarea.

Llegamos al campamento; Neto bajo el tronco, descansamos un rato y tomamos agua. El sol y el calor habían cedido; las sensaciones por las que pasé me hicieron sentarme en el suelo para descansar un rato. Sentado, escuché nuevamente el aire que atravesaba entre el árbol y la casa de campaña, pero fue más constante y refrescante.

Neto y Licha, cada quien por su lado, empezaron a juntar peyotes; poco a poco mi Síndrome Canoa desapareció; media hora después ya me encontraba recolectando jicuris. Paramos un momento porque Licha nos recordó juntar más leña porque la que teníamos no nos iba a alcanzar, obedecimos y empezamos la recolección, pero sólo lo hicimos por poco tiempo y volvimos a cortar peyotes.

Esta vez la recolección fue más intensa, pues Licha nos dijo que iba a hacer un preparado que llama Chocoyote. En esta temporada los peyotes empiezan a meter más su cabeza al suelo, como si estuvieran succionados por la fuerza de gravedad, se marchitan y arrugan en el verano. Esto es una adaptación a su hábitat, pues les facilita la acumulación del agua que tendrán en la mayor parte del año, pues así reprime agua para evitar la evapotranspiración.

Neto estaba atrás de mi juntando jicuris, de reojo vi que se inclinó, pensé que estaba cortando, pero hizo un extraño ruido me hizo voltear, estaba vomitando; la

escena me recordó que en todo este tiempo yo no había vomitado ni sentido dolores abdominales; viéndolo, abnegadamente esperaba mi turno para “pagar” por mis acciones. Su malestar duró poco tiempo, la recolección siguió su curso; diez o quince minutos después Licha pasó por el mismo estado.

–¡No debimos de habernos puesto esa peda! –dijo Licha con voz débil, como si estuviera herida.

–¿Qué tomaron?

–El sábado nos pusimos una peda con whisky, después de verte, y el miércoles nos echamos unas chelas... y uno que otro cigarro. ¡Nos estamos purificando Neto! –sentía la seguridad de que el siguiente en vomitar era yo.

Después de lo que Licha llamó “purificación”, la recolección siguió, ya habíamos comido unos jicuris antes, pero ahora nos concentrábamos para abastecer la noche, Licha volvió a insistir en la leña, la noche estaba a punto de caer, el crepúsculo nos advirtió que la noche iba a ser larga, por lo que esta vez sí juntamos hasta el más mínimo palito que vimos. El viento estaba empujando la frescura del día para, poco a poco, meter el frío.

La transición a la noche fue interrumpida por la presencia de dos peculiares personas. El péndulo de las emociones volvió a moverse. Durante la última recolección de peyote, antes de juntar la última carga de leña, a lo lejos vimos dos hombres que pastoreaban unas chivas, ellos, a lo lejos también nos veían. No les tomé importancia porque pensé que seguirían su camino, pero su curiosidad fue mayor que empezaron a espiarnos entre los arbustos que nos rodeaban. Licha fue la primera en verlos, a gritos los llamó para que se acercaran; en mi estado imaginé que ejecutaban una perfecta técnica de mimetismo; Licha insistía en que se acercaran, ellos se portaban muy reticentes antes de hacerlo; durante el diálogo pensé que se trataba de unos chavos, pero así como terminó mi pensamiento, repentinamente aparecieron, eso me sorprendió bastante, pues

antes de pensarlo, los percate como a 20 metros de distancia, y sólo fue un breve instante para que se aparecieran rápidamente subiendo la ladera.

Con cierto cuidado se acercaron, la noche estaba a punto de caer, pero el queso que les ofreció Licha los atrajo. Finalmente los pude ver fielmente, eran dos pequeños niños de tez morena, casi rojiza, como un tezontle, muy parecidos entre ellos; me sorprendió ver que caminaban descalzos por el desierto. Neto le dijo a que ya los dejara ir porque ya iba a oscurecer, Licha les dio el queso que compramos a Doña Aurora, y los despidió “para que no se vayan a perder en la noche” y vieran donde andaban; el niño que más se acercó dijo inocente, “sí se ve”, pero nunca les vi una lámpara, no traían nada. Seguía observándolos, tenían fluorescencia en la mirada, la misma que tenía el niño de la capilla y la mujer de la casa de Don Gregorio. Me daba la impresión que al principio tenían una malformación, pero no. Creí que habían comido peyote durante el pastoreo; podía ser, pues al final de cuentas, María Sabina así conoció a sus “niños mágicos” cuando tenía cinco años. Los conoció cuando un curandero los uso para salvarle la vida a su tío, de ahí surgió una gran curiosidad. Ella narra:

Pasados unos días de la velada en la que el sabio Juan Manuel curó al tío, María Ana y yo cuidábamos en el monte a nuestras gallinas para que no fueran víctimas de gavilanes o zorras. Estábamos sentadas bajo un árbol cuando de pronto pude ver, cerca de mí, al alcance de mi mano, varios hongos. Eran los mismos que había comido el sabio Juan Manuel, yo los conocía bien. Mis manos arrancaron suavemente un hongo, luego otro [...] No lo pensé mucho, me llevé los hongos a la boca y los mastiqué. Su sabor no era agradable, por el contrario, eran amargos, con sabor a raíz, a tierra [...] Después de haberlos comido nos sentimos mareadas, como si estuviésemos borrachitas, y empezamos a llorar; pero ese mareo desapareció y entonces nos pusimos muy contentas. Más tarde nos sentimos bien. Eso fue como un nuevo aliento a nuestra vida. Así lo sentí.

Los niños desaparecieron inmediatamente entre la espesura que formaba el preludio de la noche y la fauna del desierto. Así como se fueron los niños, la noche

nos acogió con su maravillosa presencia, sólo dio tiempo para que Licha formara en el piso un círculo de piedras que serviría para darle la bienvenida al sol por la madrugada. Pareciera que la noche nos dio tiempo para tomar posiciones antes de encararla como nunca antes lo había hecho.

La noche estaba puesta, no había nada más por hacer, lo que hicimos y lo que no, se reflejaría a partir de este momento y hasta el amanecer. Licha nos dijo que ya no anduviéramos por ahí porque nos podíamos perder. Tenía un peyote en la bolsa de mi pantalón, lo saqué, le quite los pelos, lo partí a la mitad y me lo comí. En la noche, a nuestro alrededor, parecía que aparte de nosotros había más presencias: el viento, una de ellas.

Licha empezó a acomodar la leña para prender la fogata, cimentó con piedras las paredes del círculo para que las chispas no se escaparan y alcanzaran alguna otra vara o arbusto seco. Nos preguntó quién se haría cargo de la fogata, Neto y yo no quisimos hacernos responsables de él, el Abuelo Fuego, diría Licha.

La fogata prendió rápido y empezó a jugar inmediatamente con el viento y su constante silbido. Otra importante personalidad que se presentó fue la luna y sus inseparables prendedores brillantes. Los primeros en hacer esa mística simbiosis fueron la noche y la luna, que arribó del lado donde el estandarte del pueblo nos recibía.

Los primeros minutos de la noche fueron tranquilos, la luna iluminaba tan perfectamente el cielo que sus destellos alcanzaban nuestro campamento, parecía un gran reflector natural; la fogata sólo era tomada en cuenta por Licha, Neto y yo platicábamos y nos dejábamos llevar por lo que veíamos en el cielo. Aunque la noche era fría, no incomodaba, lo que permitió descuidar un poco el fuego para dar paso a una plática fraternal y más extendida con Neto.

—¿Cómo ves la experiencia, te la imaginabas así? —me preguntó mientras su cara era iluminada por el resplandor de la fogata.

–No, la neta no; tenía mucho miedo; temía sucumbir aquí y no volver a ver a mi hijo.

–Yo tengo tres, ya están grandes, pero tengo una nieta; imagínate tú que es el primero.

–Sí, lo quiero mucho, aunque en realidad no lo esperaba... por eso me sorprende quererlo tanto; por eso temía venir, por él, porque no lo quería dejar de ver.

–Licha me dijo que ibas a venir, me insistía en que te habláramos para decirte cómo se iban a ir armando las cosas, pero le dije que si tú en realidad querías venir, tu sólo ibas a llegar, por eso cuando llegaste a la Central le dije: ya ves, sí vino.

–Claro que tenía que venir. Pareciera que todo se había confabulado para hacer este viaje. No tuve ninguna traba para venir.

–Nosotros estuvimos a punto de no hacerlo, se nos acabó el dinero a mitad de la semana.

–Pero el papá de Neto nos regaló 1,200 pesos y eso nos hizo el paro –intervino Licha tras checar el fuego.

Antes de realizar la investigación sobre el peyote, creía que tenía alcaloides de la droga de la verdad, lo que hacía que los huicholes se confiesen antes de comerlo, de lo contrario un fuerte remordimiento o indiscreción podía surgir a lo largo de toda su ceremonia. Pero estaba equivocado, pues la droga de la verdad no existe naturalmente, es de origen sintético; lo que pasa es que “realmente cuando se ingiere una sustancia que no sabe que le va a pasar es un temor a lo desconocido [...] en ese momento al sincerarse uno dice cosas que no ha comentado antes”, me aclaró la doctora Elía.

La luna estaba directamente encima de la fogata, la precisión era sorprendente. La luz de la luna creaba una atmósfera acogedora; el frío comenzaba a helar más el ambiente. Sentados al lado de la fogata, Licha me pidió que le trajera de la casa de campaña su Biblia y nos leyó un pasaje; al terminar le pedí que me recordara el Padre Nuestro que olvide afuera de la capilla, lo repetimos un par de veces, al terminar, un breve silencio apareció, inmediatamente después empezamos a hablar de los motivos por los que hicimos el viaje. Neto fue el primero en decir los suyos.

—¡La neta quede fascinado desde el año pasado que vine! ¡Hace mucho le entraba a todo tipo de cosas que apendejaban, de todo, y nada me ha sorprendido más que las sensaciones de comer peyote! ¡Como que te limpia el alma! Además no podía dejar pasar esta oportunidad, pues el resto del año trabajo, e intento hacer esto cada año. Te imaginas quién sabe que estamos aquí; estoy seguro que ninguno de nuestros conocidos piensa que en este preciso momento estamos en medio de la nada, teniendo a la luna y las estrellas como únicas acompañantes — ese último comenario hizo que me acordarme fuertemente de mi hijo.

—Aparte de ser parte de mi tesis, vine porque intentaba sanar mi mente. Últimamente he tenido muchos problemas por mi hijo; también por el extenuante trabajo que tengo, han afectado mi salud; por más que intento escapar de ellos no lo consigo. Pero todo lo que hago es por mi hijo a quien amo. Eso es lo más importante, él ha cambiado mucho mi vida, sobre todo, me hizo madurar, pensar en lo que no he hecho y lo que debo de hacer por él.

La plática fue interrumpida por las brillantes formas que aparecían en el cielo estrellado. Licha señaló unas estrellas y con su dedo construyó una constelación en forma de mariposa que pude ver, pero mi mente le creó unas inmensas alas que dejaban cualquier indicio de feminidad, veía una gran mariposa, fuerte. Giré un poco mi cabeza y posé mis ojos en la luna, su luz emitía un círculo que rodeaba todo lo que nos iluminaba, convirtiéndose en un gran atrapasueños,

donde la dispersión de las estrellas, eran las intersecciones de los hilos. Eran las nueve de la noche, Licha nos guió para ver una serpiente que se convirtió en Quetzalcóatl; aunque sí pude ver la serpiente, pero no al dios azteca.

*El poder arrobador de muchas obras de arte  
puede ser atribuido a que sus creadores  
han pintado escenas, personajes y objetos que recuerdan al espectador lo que,  
consciente o inconscientemente,  
sabe del Otro Mundo en el fondo de su mente.*

Aldous Huxley.

Las figuras aparecían separadas una de otra, pero en ocasiones una era parte de otra ¡Eso era maravilloso! Comencé a pensar que es así como surgen las grandes obras artísticas; intuí que como los químicos del cactus actúan en el sistema nervioso central, donde está el cerebro, y de éste surgen la imaginación y la creatividad, el peyote puede aumentar el sentido sensitivo y dar mayor relevancia a las cosas, con lo que se pueden generar visiones creativas; en estos casos, me atrevo a decir que cualquiera se puede convertir en artista. Y es que...

La mezcalina proporciona a todos los colores un mayor poder y hace que el perceptor descubra innumerables finos matices para los que, en tiempo ordinario, es por completo ciego [...] perciben colores de un brillo sobrenatural.

Dejamos de ver el cielo para instalar el altar de Licha al lado de la casa de campaña, justo en la base del árbol Licha comenzó a hacer un hoyo donde metió un sirio. Me dijo que podía poner todo a lo que le tuviera fe, inmediatamente pensé en mi hijo, me quitó el collar del que cuelga una piedra de río grabada con su nombre y la puse junto a los caracoles que me había encontrado. El viento era más fuerte, apagó varias veces el sirio, además de que emitía con más fuerza su peculiar sonido, como si nos indicara que él también estaba presente.



Regresamos a la fogata, que estaba a unos cuatro metros de la casa de campaña, y echamos más leña.

El aire estaba completamente frío, mis dos suéteres estaban perdiendo efectividad, por lo que nos pegamos lo más posible a la fogata. Inevitablemente la naturaleza de mi cuerpo me obligó a separarme para orinar, caminé tres metros hasta donde la luz de la fogata no iluminaba tanto y comencé a desaguar, y aunque estaba oscuro, pude ver como mi orina corría por entre las piedras del suelo del desierto, eso me hizo entender lo que aquellos dos niños habían dicho: “si se ve”; y en realidad ¡sí se veía! Sorprendido regresé a contarles, y la conexión de ideas con Neto ganó antes de ampliar mi explicación: “ya ves, uno de los niños dijo que sí veían. Este año ha sido muy diferente, la vez pasada que vine no podía ver nada más allá de la luz del fuego, todo era oscuro, esta vez puedo ver las sombras de los arbustos, las siluetas de las montañas y más”.

Les comenté que en *Las enseñanzas* Don Juan le dice a Castaneda que con el paso del tiempo él aprendería a ver en la oscuridad; Neto y Licha se me quedaron viendo; Licha dijo no conocer el libro, Neto dijo que lo tenía pero que no lo había leído. El comentario recordó a Licha advertirnos no clavarnos “en los puntos negros”, porque llegan a jalar y pueden provocar un mal viaje; me pareció sorprendente que está recomendación nos la hiciera, dado que no había leído el libro y coincidía con una recomendación de Don Juan.

Me reincorporé a ellos junto a la fogata, eran las once de la noche y para mi infortunio, el péndulo volvió a moverse. El tema de las ánimas salió a flote, y es que había escuchado que la sensibilidad que causa el peyote puede hacer ver ánimas, y una de esas se puede meter al cuerpo y cambiar el comportamiento de la persona. Sacar el Mr. Hyde.

Vino a mi mente aquella leyenda “urbana” que me contaron del desierto, en que una pareja de novios se metieron unas chatas y después comieron peyote; tiempo después el chavo cambió su actitud y comenzó a golpear a la chava, la violó y

arrastró por el desierto; por la mañana, cuando salió del mal viaje preguntó por su novia y otras personas, que después los encontraron, le dijeron que su novia estaba allá, a lo lejos, donde se veían aquellos zopilotes.

Para reconfortarme Licha aulló como un lobo, dijo que los coyotes pueden ver las ánimas, nada se escuchó, volvió a aullar, y el resultado fue el mismo, “ves, estamos protegidos, no hay nada”. Mi semblante volvió a tranquilizarse, pero fue un breve instante. A lo lejos se escuchó un disparo, Neto coincidió conmigo, nos quedamos callados, debatimos al respecto y los ruidos volvieron a escucharse, pensé en voz alta, “¿serán del pueblo?”, el Síndrome Canoa apareció, Licha comenzaba a darnos una posible explicación cuando los ruidos se volvieron a escuchar, tras analizarlos nos dijo tranquilamente: “no son disparos... son cuetes”; recordando su uso, Neto dijo: “los usan para atraer la lluvia”, los ruidos volvieron a escucharse pero esta vez no los tomamos en cuenta. Debo de reconocer el valor de Licha para enfrentar este tipo de situaciones.

La fogata brindaba un corto calor, por lo que estábamos distribuidos alrededor de ella, Licha nos propuso preparar chocoyote; me pidió traer de la casa de campaña unos trozos de chocolate que le habían traído de Oaxaca. La casa estaba a unos 10 metros de la fogata, justo enfrente de un arbusto conocido como “gobernadora”, lo extraño, es que al quedar de espalda a ella, sentí una presencia femenina, voltee para ver quién estaba atrás y no había nadie, sólo la silueta de ese arbusto, no sé porqué pero sabía que se trataba de una mujer, traté de no tomar en cuenta eso, pues sabía que todo se basaba en mis percepciones, y si me alteraba me podía poner extremadamente nervioso.

Entré a la casa, busqué rápido el chocolate y al salir algo contrario al susto de la gobernadora sucedió: de reojo, justo en el cerro que daba en dirección hacia la fogata, del movimiento oscilatorio de una estrella se comenzó a formar la figura de un danzante azteca, pude ver la clara definición de su silueta azul eléctrico que bailaba justo encima del cerro, como si esa línea que dividía al cerro del cielo, fuera el escenario del danzante, desafortunadamente duró unos segundos,

desapareció cuando quise verla de frente. Regresé a la fogata y comenté a Licha la presencia que sentí, efectivamente se trataba de la gobernadora, dijo, “no pasa nada, en la noche el desierto toma formas diversas, además, nosotros somos los extraños aquí”.

Era casi medianoche, ya habíamos tomado un vaso cada quien de chocoyote (té de peyote mezclado con chocolate), me encontraba platicando con Neto cuando detrás de él vi claramente la sombra de una persona que caminaba rápidamente hacia nosotros, intenté intranquilizarme sin que Neto lo notara, así que cambié la dirección de mi vista hacia la fogata, pues recordé que todo lo que viera era producto de mi mente; esta experiencia me hizo comprender lo de los puntos negros, no debía clavarme en ellos.

Estábamos los tres sentados al lado de la fogata, preparábamos más chocoyote caliente, porque ahora sí la noche estaba completamente helada; saqué mi sleeping, nos paramos para acomodarlo junto con otras cobijas, pero cuando Neto se levantó, que ya estaba envuelto en una de ellas, se hizo de él una sombra con forma de un gran jinete de la época de la Revolución tapado con su jorongo.

Permanecimos acostados poco tiempo, pues las piedras del suelo representaban una mal hecha sesión quiropráctica, mejor decidimos quedarnos sentados y comenzamos a ver el cielo; Neto permanecía acostado, según él no dormía y sí nos escuchaba. Licha y yo veíamos el cielo, poco a poco nuestra mirada alcanzó la definición de un telescopio y pudimos ver el espacio sideral, con el paso de estrellas fugases y muy al fondo la sensación de ver planetas; esto me hizo pensar que de esta manera los antiguos mayas fueron tan sabios en la astrología, pues sin la necesidad de grandes telescopios podían ver la gran bóveda celeste.

De repente me comenzó a dar hambre, recordé que había un par de bolillos en la casa de campaña, fui por ellos, al llegar la presencia femenina se volvía a sentir, pero no tan marcada como la primera. El péndulo se volvió a mover, una persona se acercaba, fui detrás de la casa de campaña para escuchar con más atención, el

sonido era tan cercano y fuerte que me puso en alerta, intenté seguir el ruido, pensé que se trataba de un caballo o una chiva que golpeaban con sus pesuñas las piedras, pero no, el ruido era tan fiel como nuestro andar que me quedé más tiempo parado esperando que algo apareciera. Identifiqué de dónde venía el ruido, caminé y tras seguirlo, descubrí que se trataba de un silbido hecho por el movimiento de las ramas del árbol que raspaban la casa de campaña. No sé si en realidad ese era el verdadero origen del ruido, pero sí de donde más fuerte se oía.

Regresé a la fogata, tome más chocoyote, Licha la seguía cuidando y con preocupación nos advertía que la leña no nos iba a alcanzar; la fogata alcanzó buen tamaño y nos permitió descuidarla. Licha propuso poner música, eran ya las dos de la mañana, sacó su celular y dos canciones después me paré para sentarme enfrente de la fogata, ya que las cobijas no alcanzaban a taparnos a los tres.

A solas, sentado de frente a la fogata, sentía una gran calma, veía tranquilamente las piedras entre nosotros hasta llegar a las flamas. Unos melódicos violines acompañados de una empalagosa voz llamaron mi atención y por motivos inexplicables me hizo recordar a Leo, lo extrañaba mucho, el sentimiento se mantuvo toda la canción, al terminarse seguía pensando en él, que a esa hora era muy probable que estuviera dormido, mientras yo estaba a kilómetros de él, imágenes suyas seguían brotando de mi mente, ese momento me gustó mucho. Pedí a Licha que repitiera la canción, comenzaba con rítmicos aplausos que daban entrada a unos violines y después a la voz cursi, pero fueron los suaves violines los que atraparon mi atención; la canción otra vez terminó; pregunte quiénes eran y Neto me dijo que los Ramones y me dio una breve reseña de ellos. Le pedí a Licha que la volviera a poner. Tal vez la intención de la letra no coincidía con los sentimientos hacia mi hijo, pero la tonada de *Baby, I love you* hacía ver en mi mente una secuencia de tiernas imágenes de mi Leo.

En cada persona, el tema de las reacciones químicas y las visiones que conlleva la ingesta de plantas alucinógenas se enmarca enteramente en el ámbito de la

subjetividad, de lo personal, algo que resulta difícil de explicar. De forma sencilla María Sabina intenta hacerlo:

Es como ver el cine [...] En el cine uno puede ver, de lejos; pero si se intenta, no podrá tocarse nada de lo que se está viendo. Como en el cine, después de una imagen viene otra. Luego sale otra cosa y después otra. Así siento el efecto de las *cositas*.

Faltaban diez minutos para las tres de la mañana; el chocolate y los jicuris recolectados se habían agotado y estábamos inermes para enfrentar el frío; también nos estábamos quedando solos, pues la brillante luna y sus estrellas fueron secuestradas por una oscura nube que nos amenazaba con lluvia, por lo que el frío se convirtió en un desafío más.

La situación nos hizo acercarnos más a la fogata; estoicamente, o por lo menos eso parecía, Neto permanecía estático ante el clima, como si no sintiera el frío aire de la madrugada; la situación hizo que pusiera más atención a la fogata. Licha me dijo que los beneficios de cuidar la fogata es que nunca se tiene frío y los puntos negros, desaparecen; lo primero lo entendí sencillamente, lo segundo lo entendería más a fondo después. La leña que recolectamos nos duró tranquilamente media hora más, después la preocupación nos alcanzó. Licha, que era la encargada de la fogata, me dijo que el Abuelo Fuego (que a partir de ahora dejaba de ser la simple fogata para convertirse en un integrante más del culto) era muy celoso, no le gustaba que lo perdieran de vista por mucho tiempo y que había de tener cuidado al tratarlo, pues cualquier movimiento que no le gustara se iba.

La leña ya se había terminado, sólo nos quedaban algunas varas frescas que generaron mucho humo. Nuestra única intención de permanecer despiertos emanaba de la única ocasión de poder ver el amanecer en el desierto; pero las nubes cada vez más se oponían a ello, tornándose más oscuras y arrojando un viento completamente gélido. El frío me hizo ayudar más a Licha con el Abuelo Fuego, la fogata la estábamos alimentando de casi pura vara fresca, lo que

generaba mucho humo que nos picaba la nariz; a estas alturas el tamaño del Abuelo Fuego era pequeño, porque intentamos racionar la leña que nos quedaba, la pudimos mantener así como una hora más; lo único que nos quedaba era el tronco en forma de cráneo de res.

Lo metimos al fuego e inmediatamente empezó a soltar humo, Neto lo sacó y lo azotó en el piso sacando un montón de tierra que se elevó por la fogata, repitió la operación y regresó el tronco al Abuelo, que combinado con otras varas nos brindó un poco tiempo más de calor y luz. La escena me hizo relacionar la razón por lo que grupos indígenas consideran la fogata como un abuelo: sin decir nada, los tres estábamos alrededor de la fogata observándola, recolectando su calor para resistir hasta el amanecer; nuestras posiciones nos hacían parecer que escuchábamos atentamente los regaños de un abuelo por no haber juntado la leña necesaria.

Lo único que nos quedaba como combustible era el tronco, al que movía para que se quemara parejo y nos durara hasta el amanecer. Repentinamente un movimiento mal hecho me hizo entender que en realidad hay que pedirle permiso al Abuelo para moverlo, y más cuando él dirige nuestra permanencia con luz: Seguíamos los tres parados alrededor del fuego, la lumbre estaba a punto de agotarse, alcé el tronco para que le diera aire en las brasas de abajo y prendiera más, pero como si fuera una liebre que emprende la fuga, el fuego desapareció velozmente; sorprendido me quedé viéndolo, pues cuando alcé el tronco había fuego en él, permaneció un rato y luego desapareció. Licha acudió a mi rescate y logró, con mucho esfuerzo, prenderlo nuevamente.

El tronco seguía ardiendo a baja intensidad, su luz alumbraba un par de metros a la redonda; a unos seis metros de nosotros vi tres siluetas delgadas paradas una junto a la otra, no hacían otra cosa más que vernos; aunque no sentí temor, aparte la vista de ellos, pues la oscuridad nos estaba envolviendo y por razones que me son muy difíciles de explicar, la oscuridad absorbe y genera temores.

Ya eran las cinco de la mañana, por más que intentamos soportar hasta el amanecer con poca lumbre no pudimos; la sombra ya era absoluta, a cualquier lugar al que intentáramos ver había puntos negros. Algo pequeño y frío cayó en mi mejilla, poco tiempo después volví a sentir ese cuerpecito, miré al cielo y era una brisa que nos avisaba una muy probable lluvia; miré el fuego y, como si se despidiera, soltó una pequeña exhalación y se apagó. El cielo estaba completamente cerrado por las nubes, ya no teníamos más combustible y las estrellas se habían ido hace mucho. Sabíamos que fracasamos para alcanzar el amanecer, me sentía un poco cansado y, nuevamente la conexión con Neto apareció, sugirió entrar a la casa de campaña para descansar, antes esperamos parados como aguardando un milagro que hiciera aparecer el amanecer detrás del estandarte, pero no fue así. Las gotas también nos sugirieron entrar a la casa de campaña. Esta vez sí entramos.

Acomodamos unas cobijas en el piso y nos acostamos; las pequeñas gotas se convirtieron en grandes y constantes fracciones de agua; pensé que si esta lluvia seguía la casa de campaña no nos iba a aguantar mucho, afortunadamente sólo fueron como veinte minutos de lluvia fuerte, la siguiente hora fue de una ligera llovizna. Con el peyote encima, no pude conciliar el sueño, el ruido de una persona acercándose era muy constante, tanto que por un momento pensé que en realidad sí venía gente; quise decirle a Neto y Licha, pero sabía perfectamente que el viento era el creador de esa representación tan fiel del andar de una persona. Además las rocas del piso no facilitaban poder dormir, pues cuando una se clavaba en una posición, al cambiar para esquivarla, otra aparecía para clavarse en otro lado.

La llovizna había desaparecido, eran las siete y media de la mañana y la desesperación y el ansía que provocó estar acostados nos hizo salir. Como mamíferos que inspeccionan el entorno para evitar a su depredador, salimos uno por uno hasta quedar inmediatamente afuera; el día estaba aún nublado y el aire seguía frío, poco a poco nos fuimos separando hasta agarrar confianza del entorno; recordé las tres siluetas que había visto en la noche y regresé donde

estaba la fogata para ubicarlas, alcé la vista y vi tres altos y delgados cactus acomodados uno al lado del otro, la resolución provocó una ligera sonrisa, pues sólo eran “¡cactus!”

Metí mi mano a la bolsa de mi suéter y encontré la mitad de un bolillo, comencé a comerlo mientras miraba el Estandarte del Desierto, Licha se acercó y me dijo que si quería subir a conocer la capilla, la proposición me emocionó, volteó a buscar a Neto para avisarle. A manera de despedida, el Péndulo de Emociones volvió a oscilar. Nos preparábamos para subir cuando a lo lejos, en uno de los caminos que suben al estandarte, vimos dos hombres que empujaban una carretilla, y como si nuestras miradas les hablaran, ellos también voltearon a vernos por un instante. Se nos hizo raro que llevaran la carretilla, pues Carlos no nos había dicho nada al respecto.

–No hay que ir, han de estar rascando el cerro y se han de estar chingando algo, algún mineral; no vayan a pensar que se los queremos quitar –advirtió Neto.

–No creó, a la mejor van por otra cosa. Creó que están cortando leña –dijo Licha, volvimos a ver a los dos hombres y efectivamente, a lo lejos se percibía que cortando algo a machetazos.

–No nos vayan a dar un machetazo –dije para apoyar a Neto.

–Si fueran por leña cortarían en varios puntos, pero se la pasa macheteando en un solo lugar –insistió Neto, así que desistimos de ir a la capilla. Al escribir esto, lo reconozco, no me hubiera dejado llevar por el miedo y hubiéramos subido, pues en realidad quería conocer personalmente ese enigmático estandarte del Desierto.

Ante la situación, Licha propuso caminar tierra adentro para conocer más terreno del desierto. La mañana seguía fría y un poco nublada, tomamos un poco de agua, y empezamos a caminar hacia arriba de la ladera, en dirección contraria donde estaba el Estandarte. En el camino encontramos más peyotes, la presencia



de los dos hombres me había dejado un poco temeroso, por lo que caminar en el desierto no me causó mucho asombro. Neto y yo nos aburrimos pronto, comenzamos a decirle a Licha que regresáramos al campamento para levantar las cosas e irnos, pero su destacable valor la hacía recorrer con mucha curiosidad el terreno; ella insistía en buscar un meteorito, yo sólo encontré un tipo de prisma que después puse en un atrapasueños que le hice a Leo. Aún seguíamos a Licha, pero poco a poco Neto y yo regresamos al campamento; la perdimos de vista, sólo escuchábamos el ruido de sus pasos sobre las piedras. Arreglábamos las cosas para partir cuando Neto me preguntó:

–¿Cómo viste la experiencia? Ahora sí ya nadie te va a contar

–Pues sí. Es completamente diferente a como lo imaginaba. ¡Según yo venía por uno y me comí... como ocho!

A lo lejos se escuchó el llamado de Licha, pero nosotros seguíamos recogiendo las cosas. Diez minutos después regresó y con gran asombro nos dijo, “¡de lo que se perdieron, había un peyote enorme allá!” Neto la apuró para irnos; acabamos de levantar las cosas y se escuchó el galope de un caballo, esta vez la resonancia si crecía, al poco rato apareció un rancharo montado en él, Neto y yo nos le quedamos viendo; Licha lo saludo tranquilamente, el rancharo respondió sin importancia el saludo y se fue por el mismo camino por el que llegó arreciando el paso de su caballo.

Le pregunté a Licha qué íbamos a hacer, me respondió me antes de regresar al Distrito pasaríamos al centro de San Luis Potosí para ver a unos amigos suyos a los que les iba a vender unas artesanías. Como mi pantalón negro estaba emblanquecido por la arena, me lo cambié por el que traía en mi mochila, la playera como era beige, escondía nuestra procedencia; el cambio de ropa también ocultaba de dónde veníamos, pues, según yo, si nos agarraba un operativo, así no sabrían donde anduvimos, con eso de que si no eres indígena no puedes consumir peyote, era mejor así. Antes de emprender la partida tomamos agua,

mucha agua; Licha, emocionada, dijo que con mi cámara nos tomáramos la última foto. Coloqué la cámara en una rama de una gobernadora, la programé, se tomó la foto y salimos del lugar.



Neto, Licha y Oscar antes de salir del desierto.

Foto: Oscar Lojero García.

Bajamos la pequeña ladera donde nos habíamos instalado, dimos vuelta justo donde empezaba y tomamos una de las veredas marcadas. En el camino Licha retomó el tema de mi tesis y me preguntó:

– ¡Oye! ¿El peyote sirve para curar el cáncer?

–No lo creo. Tal vez para tratar ciertos dolores, pues como tiene químicos derivados del opio, lo que produce es cierto efecto anestésico. Se han hecho trabajos que estudian la composición química del peyote, pero como actúa más en la mente de las personas, no es del todo controlable, por que los efectos varían de lo que cada persona traiga en la cabeza.

– ¡Ahhh! Pues si a mí me diera cáncer yo donaría mi cuerpo para ver si se puede curar con peyote.

Llevábamos casi la mitad del camino cuando empecé a recoger los frijoles rojos, Licha me recordó que era “excremento de borrego fosilizado”. Me dijo que eran para la buena suerte que me los llevara a mi casa. Por lo que había leído, se trataba de *Sophora secundiflora*: este frijol era usado por las tribus norteamericanas para sus visiones y religiones. Esta semilla suele confundirse con ciertas “especies de *Eritrina* (otro tipo de frijol rojo), que a veces se venden en su lugar en los mercados de México, pero que no son narcóticos”. El fríjol de mezcal era usado como medicina de emergencia, sobre todo en la guerra. Su uso es reservado para los chamanes, dado su alto grado de toxicidad, se hervía y bebía en porciones hasta lograr “un trance de videncia”.



*Sophora secundiflora*

*ibid.*, p.152.

Faltaban varios metros para entrar al Desierto, cuando Licha nos dijo que quería pasar con Doña Aurora para despedirse, yo en realidad no quería, pero no dije nada, pero como si le avisara a Neto telepáticamente, él le dijo que no, que mejor pasáramos rápido con Carlos para dejarle su garrafón y despedirnos, lo cual hicimos.

Pasamos por la capilla, la casa de Don Gregorio, atravesamos una calle y entramos a la siguiente para llegar a la tienda de Carlos. Eran las nueve de la mañana cuando llegamos, entramos y, como si nos esperara, estaba a la entrada de su tienda, sentado tras la barra donde atendía, con su semblante tranquilo, tal y como lo conocí. Al entrar nos saludó y preguntó...

–¿Cómo les fue?

–¡Bien! –respondieron Neto y Licha; en ese momento la esposa de Carlos salió.

Junto a Carlos ya estaba su esposa, se paró y nos regaló unas Cocas ¡bien frías!, el calor nuevamente había tomado fuerza. Licha les preguntó que si les gustó la artesanía que les había dejado, la sacaron y la volvieron a ver, Neto dijo que le hablaría al señor del taxi para que viniera por nosotros y salió de la tienda, yo permanecí adentro esperando, regresó y sacó el garrafón con agua, se limpió los tenis y se echó un poco en la cara; su idea hizo que se me antojara hacer lo mismo, pues el calor era ahogador, salí y tome agua antes de echarme en la cara, entramos y nos unimos a la plática; ya frescos, como señal de agradecimiento Neto le regaló una de sus pulseras al hijo de Carlos, el niño sonrió y se la enseñó a su papá.

La plática seguía en torno a la artesanía, Neto y yo permanecimos por nuestro lado mientras nos tomábamos nuestras Cocas, salió y dijo que iría a ver si ya había llegado el señor del taxi, me senté en la silla de playa que estaba dentro de la tienda, eso me relajó mucho, pues acompañado de la sombra, daba gran frescura y confort. No sé cuánto tiempo pasó cuando regresó Neto, “ya llegó el señor”, metió el garrafón y salimos, nos despedimos rápido de Carlos y su familia, el taxi nos alcanzó hasta la tienda, metimos las mochilas a la cajuela, volvimos a despedirnos, y dejamos Desierto.

De camino a Valle de Arista, estuve recapitulando las experiencias vividas, y recordé el instante cuando le pregunté a Don Gregorio si había probado peyote; analizando su respuesta, vislumbre una probable verdad: cuando Benítez acompañó a los huicholes en su tradicional peregrinar, describe una parte en la que los integrantes comienzan una charla llena de risas y comentarios en su dialecto, algo que por supuesto él no entendía; en mi caso, la negativa del rancharo fue proteger algo sacro para él; cuando leí el fragmento de Benítez, me

hizo pensar que en realidad los huicholes consideran risible que los occidentales tratemos de encontrar un uso preciso a la ingesta de peyote, cuando en realidad se trata de sentir unos breves momentos celestiales que brotan de nuestra idiosincrasia mental.

Pasaron quince minutos cuando llegamos a Arista, el taxi nos dejó a una cuadra de la estación de autobuses, entramos a la taquilla pero estaba cerrada, esperamos media hora antes que la abrieran. Sin embargo, un desperfecto en el camión hizo retrasar la salida más de una hora.

En el camino, cuando pensaba que los efectos del jicuri se habían quedado atrás, en el camino intenté dormir, pero mi mente comenzó a inquietarse y no pude dejar de ver por la ventana. Tardamos dos horas en llegar a la Central de San Luis Potosí, a mitad del camino los efectos ya habían desaparecido. En el trayecto el camión se detuvo en un pequeño local lleno de cochambre que decía nombrarse simplemente “restaurante”, al principio no lo tome en cuenta, pero cuando observé el suelo de su alrededor me percaté que estaba mojado, pero tenía algo raro esa humedad, seguí la mancha y salía del sucio restaurante, el chofer bajo y entró al local junto con los dos jóvenes que atendían, sacaron una gruesa manguera y la conectaron al camión. Procesando la información descubrí algo que consideraba ocultó, algo que pensaba se conseguía atravesando cerros y montañas: un establecimiento clandestino de gasolina en plena carretera.

Llegamos a la central, salimos y buscamos un taxi que nos llevara al centro de San Luis Potosí, quince minutos después estábamos al lado de la catedral principal. Bajamos y muy cerca estaba la plaza donde había un bazar de artesanos; caminos hacía ella y antes de entrar Licha volteó y me dijo, “mira, esa es la catedral con peyotes”.

El año pasado Licha me había mostrado sus fotos donde se apreciaban unos peyotes de piedra en unos pilares. Me detuve frente a la catedral y pude ver que, efectivamente, en sus pilares de la barroca fachada se podían apreciar, en relieve,

unas esferas de formas variadas que estilizadas simbolizaban peyotes. Alcancé a Neto y Licha dentro del bazar; ahí conocí a varios amigos de Licha. Ella estaba en su ambiente. Dado que Neto no los conocía, y mucho menos yo, decidimos salirnos a la plaza a esperar, ahí pude apreciar mejor y de cerca las representaciones de peyote.



Pilar del Templo del Carmen con representaciones en relieve de peyotes.

Foto: Oscar Lojero García.

Se trataba del Templo del Carmen, en él descubrí algo que ni Licha había visto: la representación del peyote en gestación. Éste no estaba en los pilares, sino en la pared continua; Neto tampoco lo había notado, comenzamos a tomar fotos y le comenté que es muy probable que esta catedral haya sido una de las primeras en ser construidas en el estado después de la llegada de los españoles, pues es obvio que esas representaciones provienen de la cosmovisión de los mexicanos prehispánicos. Fumábamos un cigarro mientras permanecíamos parados esperando a Licha, pero ella no salía; Neto propuso ir a recorrer las otras tres plazas que “forman una cadena”; fuimos y en el camino también había más catedrales, que más bien podrían ser iglesias, ya que eran más pequeñas y no estaban tan adornadas. Tiempo después regresamos a la plaza, entramos al bazar a buscar a Licha para preguntarle cómo nos íbamos a regresar, pero nos

dijo que iba a preguntar a qué hora salían los camiones que llevaban a los comerciantes al D.F.



Pared del Templo del Carmen con representación en relieve del peyote en “gestación”.

Foto: Oscar Lojeño García.

Salimos y nuevamente fuimos a ver el Templo. Comencé a examinarlo otra vez y le platicué a Neto que hace mucho tiempo vi un documental sobre las religiones en Centroamérica, y sacaron un caso en Guatemala en el que la feligresía adoraba a un santo cristiano, pero sus rezos y costumbres hacía él eran totalmente indígenas, a mi parecer, ocultada una devoción a un antiguo dios. Ya teníamos hambre, entramos a una pizzería y por 20 pesos nos dieron una rebanada y un vaso de refresco.

Regresamos y Licha nos esperaba en la plaza, le preguntamos cómo le íbamos a hacer y nos dijo que el camión salía a las doce de la noche; Neto dijo que mejor fuéramos a la central camionera para ver los horarios de salida, Licha le dijo que estaba esperando a que le aseguraran si le iban a comprar su artesanía, medio molesto Neto aceptó, ella se volvió a meter al bazar, casi una hora después la alcanzamos para comer, pues el hambre había vuelto en serio. Le preguntamos a

una de sus amigas donde podíamos comer alto típico, nos dijo que a una cuadra vendían “tacos rojos” y las tradicionales enchiladas potosinas.

Esperamos a Licha un rato y salimos del lado contrario por donde entramos, ingresamos a la calle que seguía de la esquina de la plaza, y casi llegando a la otra esquina subimos una estrechas escaleras y llegamos a un patio carente de techo que hacía el lugar mucho más fresco. Pedimos los tacos rojos que no eran más que tacos dorados rellenos de pollo cubiertos con una salsa de chile guajillo y cascabel tapados con la ensalada de las famosas enchiladas potosinas. Tras una hora de estancia y relajamiento, regresamos al bazar; esperamos otros cuarenta minutos a Licha y nos fuimos.

Antes de ir a la central, Licha quería pasar a ver a otro amigo, un huichol llamado Rafael, pero Neto insistió en que ya nos fuéramos. Tomamos un taxi, eran exactamente las cinco de la tarde cuando llegamos a la central, fuimos a la taquilla para preguntar por la salida más próxima para el Distrito Federal. ¡Estábamos de suerte! el autobús más cercano estaba a punto de salir, aunque el precio era más caro (480 pesos) pero eso no nos importó, lo tomamos y fuimos rápido a los andenes, al abordar nos regalaron una botella de agua y una bolsa de botana, tal vez ese lunch era por lo que habíamos pagado más. El camión de lujo era fresco, limpio y cómodo, era muy diferente al que nos transportó a Valle de Arista.

Relajado en el asiento, miré por la ventana, el paisaje era más verde, con más vida. Me sentía completamente tranquilo, había cumplido satisfactoriamente una gran meta que me había impuesto. Comencé a pensar en este trabajo, creí que un gran porcentaje de éste estaba hecho, la parte más difícil estaba hecha. Medio adormilado, vi éste trabajo terminado y pensé que me gustaría hacer algo parecido pero con los hongos o con la gente que vive como Licha, pero tenía que ser algo sumamente pensado, ya que, como este trabajo, tenía que costearlo, tal vez en un futuro muy lejano. Esta idea me hizo pensar que el miedo por este tipo de aventuras se había superado, de ahí que Licha estuviera constituida de ese gran valor que nos tranquilizaba cuando empezábamos a mal viajarnos, el problema, es



que este tipo de viajes siempre tienen un inherente grado de peligrosidad, algo que espero nunca me alcance.

Mire por última vez por la ventana, y me quedé profundamente dormido.

De regreso a mi mundo; ¡un nuevo mundo!

Licha me despertó y poco a poco empecé a reconocer lugares, era la Central del Norte; bajamos del camión, atravesamos una sala de espera para salir a la estancia mayor, justo donde está una Virgen de Guadalupe. Viendo esa imagen y las personas alrededor de ella, pensé si alguna vez sus devotos hubieran sentido el mismo fervor alejado de cualquier compromiso o urgencia; si sus rezos y plegarias les proporcionaban el confort buscado o sentían algún tipo de acercamiento espiritual que vaya más allá de una simple devoción a una religión que cada vez va perdiendo más adeptos; no por nada, a escasos 19 días, vendrá por primera vez a México Benedicto XVI para intentar salvar una feligresía que va disminuyendo; pues en 1979, cuando Juan Pablo II realizó su primera visita a México, el país era 92% católico, para el 23 de marzo de este año, Benedicto llegará al país con sólo 83% de católicos a nivel nacional; pareciera un porcentaje insignificante, pero si se cuenta por persona, son miles de fieles que han perdido la fe.

No sé si la Iglesia cumpla las expectativas del católico actual, a mi parecer tiene muy abandonada a su feligresía, pues no hace nada más que “pedir” un vago bien por la humanidad, más no hace nada por ella. Bien dice el dicho que *Jesús es verbo, no predicado*. Con el jicuri pude llegar a un estado de paz que jamás había sentido, eso me hizo pensar mucho mejor las cosas y entender otras, al final de cuentas, cumplió la meta espiritual que esperaba; esta acción hizo que a su culto se agregara un adepto más.

*Los blancos van a su iglesia y hablan sobre Jesús, pero los indios van a si tipi y hablan a Jesús.*

Indio Quamah Parker.

Don Juan explica que *Mescalito*, como llamaba al peyote, no puede ser domado ya que es una fuerza que se encuentra “fuera de uno mismo”; y su poder se encuentra, en menor medida, en el viaje mental que se tiene que hacer para llegar a él, mientras que el mayor poder es el que se obtiene de sus consejos.

Pero claro está que el sólo hecho de llegar no significa que el consejo será fácil, pues los mensajes de *Mescalito* son cifrados, y pueden ser descifrados con los sucesos que acontecen en la vida, sólo que como sucede con la mayoría de las personas, Castaneda no puso atención a sus sueños y le costó trabajo entender los mensajes de *Mescalito*.

En su primera lección sobre la correcta manera de vivir, Don Juan le indica que debe hallar su “sitio de poder”, en el que se sintiera seguro y sin fatiga; luego de varios intentos fallidos y dolorosos, Castaneda encontró su “sitio” donde se sentía feliz y fuerte de manera natural.

Sobre la forma de actuar y proteger de *Mescalito*, Don Juan sostuvo un debate con otros indios amigos de su nieto, quienes le decían que la protección la podían encontrar bajo la imploración hacia sus santos, a lo que Don Juan les respondió:

–Si fueran protectores de verdad, los obligarían a escuchar –dijo Don Juan–. Si *Mescalito* se convierte en tu protector, tendrás que escuchar quieras o no, porque puedes verlo y tienes que hacer caso de lo que diga. Te obligará a acercarte a él con respeto. No como ustedes están acostumbrados a acercarse a sus protectores –aclaró.

Era media noche cuando llegué a mi casa, mi familia estaba dormida; con la luz apagada me senté un rato en el sillón y miré las siluetas de los muebles, tuve la sensación de recuperar lo que por unos días se me fue de las manos, me recosté un rato para descansar pero me quedé dormido. En la mañana mi mamá me despertó, un poco molesta me preguntó por qué no le había avisado mi llegada,

medio dormido me disculpé, pero esa disculpa estaba plagada de emotivas sensaciones de verla y saber que mi familia estaba bien, que estaban ahí.

El lunes 5 de marzo regresé a las FES Aragón a buscar a la maestra Rustrian para contarle el viaje. De camino pensé en la prohibición que sigue teniendo el peyote y el uso de la farmacopea indígena. Regresé a mi casa, saqué de mi mochila la cámara y empecé a ver las fotos, emocionado inicié a escribir esta crónica.

Por fin había llegado el martes, el día más esperado desde mi partida, no aguantaba las ganas para ver a Leo y contarle mi aventura. Fui por él a la guardería, esperé bastante antes de que me lo llevaran, cuando llegó a la sala de espera lo seguí con la mirada mientras caminaba y jugaba con sus manos, no le hablé enseguida porque contemplaba sus armoniosos movimientos, pero como si se acordara que iban por él, repentinamente volteó y nuestras miradas se cruzaron, al vernos el gusto fue mutuo y enormemente grato, inmediatamente lo cargué, recogí sus pañalera y salimos. Subimos al taxi y antes de llegar a casa de su abuela le conté mi viaje, escuchaba tranquilamente, algo raro porque siempre va jugando. Al terminar le di las gracias por la bendición que me había dado antes de partir y que me había servido de mucho.

El ver a Leo tras el viaje, me había reafirmado el hecho de nunca alejarme de él.

*Más el hombre que regresa por la Puerta del Muro ya no será nunca el mismo que salió por ella, Serás más instruido y menos engreído, estará más contento y menos satisfecho de sí mismo, reconocerá su ignorancia más humildemente y, a la vez, estará mejor equipado para comprender la relación de las palabras con las cosas, del razonamiento sistemático con el insondable Misterio que trata, por siempre jamás, vanamente, de comprender.*

Aldous Huxley.

Don Juan explica que el transcurso para llegar con *Mescalito* es parecido a las dos etapas de la muerte: la primera es un estado de oscurecimiento, sin sentido,

se expresa un estado de felicidad, en el que todo el mundo está en completa calma, “pero éste es sólo un estado superficial”, después se arriba al “terreno de la dureza y el poder. Esa segunda etapa es el verdadero encuentro con Mescalito”.

*Lo que nos hace desdichados es la necesidad.  
Pero si aprendemos a reducir a nada nuestras necesidades,  
la cosa más pequeña que recibas será un regalo.*

Don Juan Matus



Representantes (caballo y res) de las “tribus” del desierto.

Foto: Oscar Lojero García.

## 2. Inesperada aventura para conocer a Don Teo

“Prensa, Gráfico Metro”, vociferaba el señor de los periódicos, mientras mostraba en su mano derecha la primera plana de *El Universal*: “España maltrata a los mexicanos”; atrás de él apareció Licha.

– ¡Hola amigo cómo estas!

– ¡Hola Lichita, que milagro! –dije con alegría, pues tenía poco más de un mes que no la veía.

–Bien amigo. Oye, te aviso rápido que dentro de dos semanas nos vamos a ir al desierto, pero esta vez queremos ir con Don Luis, y estaría chido que vayas porque ese señor te puede ayudar en tu trabajo, tiene fotos con federales que han entrado al desierto; para que lo entrevistes.

–Estaría bien. ¿Y el Neto va a ir?

–No puede, tiene que trabajar; que no te acuerdas que la vez pasada estaba de vacaciones.

–¿Y quién más va a ir?

–Pues están apuntados Jenny y Julio. Otra cosa, la próxima semana, el viernes que viene es mi cumple y voy a hacer fiesta en mi casa, para que le caigas, y a la semana siguiente nos vamos al deser (así le dice Licha al desierto).

–¿Qué día cae?

–Pues nos iríamos el viernes 15 de junio y estaríamos de vuelta lunes 18; igual allá celebras el día del papá; ¿o vas a estar con tu hijo?

–No, no creo que pueda estar con él.

–Bueno ni modo. ¿Entonces qué, te apuntas?

–Pues sí –no estaba seguro, pero sí quería ir– ¿Y sería igual que la vez pasada? – de repente llegó Julio, me saludó de mano y le preguntó a Licha, “¿con él se fueron la vez pasada?”, “sí”, respondió Licha, al parecer ese viaje me había dado algo de fama en Acueducto.

–Pues Jenny y yo queremos irnos de a “raite”, sirve de que nos ahorramos el traslado para llegar.

–¿Y el Neto lo sabe?

–¡No, y no le quiero decir porque no me va a dejar irme así! –dijo Licha con sonrisa maliciosa, como una niña que ha hecho una travesura. –Pero si vemos que se nos complica nos vamos en autobús –agregó con más seriedad, aunque le imprimió un toque de indiferencia. –Bueno, te veo el viernes en mi casa ¡No me falles!

La idea de irnos de *raite* me dejó pensando, pues si la vez pasada me había salvado, ahora estaba más presente. Con los miedos del primer viaje controlados, me preparé para irnos de a *raite*.

En la semana del viaje, un desafortunado suceso mermo mi confianza, la complicada relación para ver a Leo propició que ese día no obtuviera su bendición, su buena vibra y su cariño que me rindieran para emprender el viaje. Lo que me consolaba era que me acompañaba en mi collar.

## Nuevo viaje a *raite*: prueba de fuerza y nobleza

El viernes llegué a casa de Licha a las 6 de la mañana. Grité su nombre un par de veces y de la ventana se asomó Neto y me dijo, “ahorita sale Licha”, al poco rato salió y me abrió la puerta del edificio. Entré a su casa, esperé un rato a que Licha saliera, tranquilo, miraba la decoración de su mesa de centro: compuesta por pequeños y singulares troncos originarios del desierto; a mi parecer era una vitrina de premios, estandartes de un triunfo de sobrevivencia consumado.

Salió Licha del baño y me saludó con su emotiva personalidad.

–Nada más esperamos a Jenny y nos vamos.

–¿Y Julio?

–Pues ayer me habló y me dijo que si nos íbamos en la noche porque trabajaba en la mañana. Le dije que no porque íbamos a perder casi un día; luego me dice que si mejor nos íbamos a Cuernavaca –me dijo Licha muy seria.

–Pues si se hubiera dispuesto ir a Cuernavaca yo no hubiera ido, porque mi objetivo es el deser y por eso pedí unos días en mi trabajo, además de que estaba predispuesto con una idea más seria, y Cuernavaca se me hace como para más desmadre.

–Pues sí; como que perdió el sentido del viaje.

Ya eran casi las 7 cuando llegó Jenny, estuvo un rato con nosotros y dijo que se iba a adelantar para dejar unos papeles en la lechería, que la alcanzáramos allá. Tardamos un poco más en salir, antes, Neto y yo fumábamos mientras esperábamos, por fin salió Licha, se despidió de Neto y partimos.

Alcanzamos a Jenny en la Liconsa de Acueducto, en el camino le dije a Licha que tenía mucha hambre; cuando llegamos Jenny señaló un puesto de tamales y me dijo que también tenía hambre, les propuse que compráramos, pero Licha nos dijo que ella ya estaba en ayuno, lo que me hizo recordar que eso era parte importante del ritual, por lo que desistí de comer algo, Licha nos consoló diciendo que podíamos tomar líquidos, gelatinas o semillas, pero por el momento no había nada de eso, lo único que se me ocurrió para engañar mi apetito fue tomarme un Yakult.

Jenny terminó su papeleo y analizamos nuestra partida; optamos primero por el raite y si no teníamos suerte nos iríamos a la Central del Norte. Licha propuso ir a probar suerte sobre Acueducto. Salimos de la unidad, caminamos sobre Temoluco hasta llegar al puente de Santiaguito. Ahí, preguntamos a cuatro tráileres que se detenían durante el alto, aunque nos abrían la puerta del copiloto, nos decían que no iban para San Luis Potosí, hasta que uno nos recomendó irnos para la salida a Querétaro, ahí había más posibilidades de encontrar transporte. Como siempre, bajo esta situación estaba bajo las órdenes de Licha; nos propuso ir a la salida a Querétaro, Jenny y yo la seguimos.

Tomamos un camión, en el camino Licha nos dijo que bajaríamos en La Patera (salida a Querétaro), quince minutos después llegamos. Bajamos a la altura del puente vehicular, entramos en la avenida, cincuenta metros adentro vimos un camión parado afuera de un local que vendía refacciones para trailers, nos detuvimos para sopesar la situación; el momento me recordó mi juventud cuando me avergonzaba preguntar a la gente. No vimos al chofer afuera, inmediatamente Jenny entró e indagó de quién era el camión, minutos después salió, “dijo el chofer que no va para San Luis”. Eso no nos detuvo, bajaron a la calle y a cada camión y tráiler que pasaba les hacían señas de “aventón”, desafortunadamente ninguno se detuvo; les sugerí que camináramos a un punto donde se pudieran detener, tal vez así sí tendríamos suerte.

Seguimos andando, en el camino Licha me adelantó que era probable que fuéramos con Don Teo, que Jenny pretendía ir con él, respondí que sí, pues en



realidad el destino no me preocupa. Le pregunté por el itinerario de nuestro viaje y dijo: “lo primordial es llegar a San Luis, pero si encontramos primero quien nos lleve a Querétaro nos subimos, allá igual sale más barato llegar, una vez en San Luis nos las arreglamos para llegar a Madley”; nunca había escuchado ese lugar.

Llevábamos 20 minutos caminando y unos 600 metros recorridos, nos detuvimos para atravesar una calle, Jenny quedó atrás de nosotros, los carros terminaron de pasar, atravesé, pero cuando llegué a la banqueta Licha y Jenny estaban paradas en el escalón para subir a la cabina de un camión platicando con el chofer; la escena me sorprendió por que no me percaté en qué momento se separaron de mi y subieron, me quedé viendo esperando una respuesta negativa, bajaron para abrir la puerta y Licha me dijo, “que nos lleva a la gasolinera de La Quebrada, ahí se paran varios tráileres y puede que nos lleven a San Luis”.

Todavía desconfiado subí, dimos varias veces las gracias al chofer y nos acomodamos. No recuerdo el nombre del chofer, pero era bastante agradable, pensé que Jenny y Licha se cohibirían por estar al lado de un desconocido, pero no fue así, trataban con toda naturalidad al chofer, le preguntaban cosas de su vida, a dónde iba, y más, al sentir un poco de seguridad, la relajación me alcanzó y me quedé ensimismado y después medio dormido; tras 20 minutos de viaje llegamos a la gasolinera, yo fui el primero en bajar, ellas, al hacerlo le dieron muchas veces las gracias al chofer y al final le dijeron, “que Dios lo bendiga y que lo acompañe en su camino”.

El sueño había desaparecido, pero aparecieron las ganas de orinar, fuimos a los baños pero estaban cerrados; por suerte Jenny conocía a la chica que atendía, era compañera de trabajo de su esposo; entró, platicó con ella, salieron y abrieron los baños. Salí y Jenny siguió un rato más con la chica, Licha y yo fuimos a las tomas de gasolina a buscar transporte.

Las tomas siempre tenían dos o tres camiones o tráileres en fila, a todos les preguntábamos, pero ninguno iba a San Luis, incluso, identificamos unos tráileres

de cabina color verde a los que cedimos preguntarles, porque nos decían que eran de transporte local, no salían más allá de Querétaro.

Decidimos pararnos a la salida de la gasolinera con la intención de preguntar a los tráileres y camiones que salían y los que pasaban por la carretera, pero no tuvimos suerte, ninguna unidad se detuvo. Por mi cabeza pasó sugerir regresar a la Central del Norte, y es que sinceramente no creía que fuéramos a llegar más lejos. Llevábamos casi una hora en ese lugar y la situación no cambiaba; decidimos cambiar de estrategia y nos pasamos a la entrada, los tres hacíamos señales de aventón a todo tráiler, camión y camioneta que pasaba, pero se seguían de largo.

Dentro de la gasolinera, Jenny vio un camión que descargaba costales de cemento y fue a preguntarles, Licha y yo nos quedamos a seguir haciendo señas. La verdad no me esforzaba en intentarlo, pues creía que iba a ser muy difícil conseguir raite. Voltee a buscar a Jenny pero ya no estaba, Licha se percató y fue a su búsqueda. Me quedé solo en el lugar y la verdad no hice el intento por conseguir raite, creía que no tendríamos éxito, ya que con los niveles de inseguridad que se viven en México la gente no tiene la confianza de subir a unos desconocidos.

El día era bastante claro y soleado. Me senté en la banqueta y miraba hacia la carretera, voltee y a lo lejos pude ver los pies de Jenny y Licha que se paseaban entre tráileres y tomas de gasolina. Llevábamos hora y media esperando, me pasé a la banqueta que daba al interior de la gasolinera, agaché la cabeza en señal de cansancio y la maldita espera me hizo recordar que tenía hambre, pero no quise comer nada, pues mi intención era llegar limpio al desierto y esquivar los vómitos.

Con la cabeza aún agachada, pude ver que una sombra se acercaba a mí, era Licha, emocionada me dijo que nos iban a dar raite, cargamos las mochilas y caminamos hasta la primer toma de gas, ahí aguardaba Jenny en la puerta de un camión de pasajeros, al verme me dijo: “que nos da un raite a la siguiente

gasolinera, ahí se paran más tráiler que van para el norte”. Subimos, la andanza había incrementado un poco la esperanza en llegar a San Luis de “aventón”. Veinte minutos después, llegamos a la gasolinera que está antes de llegar a la caseta de Tepetzotlán.

La operación para conseguir un raite fue la misma: preguntar a los tráileres estacionados y a los que iban llegando. La situación se mantuvo así como por media hora, mientras esperábamos, un señor con bolsitas de dulces, pepitas, chocolates y más se nos acercó a ofrecer sus productos; con emoción escuche que Licha me dijo que podíamos comer semillas o chocolates, eso me hizo comprar muchas bolsitas llenas de almendras confitadas, nueces garapiñadas y pepitas. La idea de regresar a la Central del Norte volvió a pasar por mi cabeza, pero sinceramente, y después de todo ese recorrido, la creí bastante absurda, pues ya estábamos muy alejados.

Mientras comíamos, Jenny alcanzó un tráiler que acababa de llegar a cargar gas, Licha y yo nos quedamos comiendo, al alcanzar a Jenny, el chofer de esa unidad se iba alejando, Jenny nos dijo que había conseguido que nos llevaran a Querétaro. Tuvimos que esperar otra media hora para irnos, el chofer entraba y salía de la tienda de la gas, se desaparecía y aparecía, antes, decidimos seguir preguntando, por si encontrábamos quien nos llevara más lejos, pero fue inútil, así que regresamos al tráiler, el chofer seguía haciendo lo mismo, lo que me pareció algo sospechoso.

Esperábamos mientras platicábamos de las posibilidades de llegar a San Luis; por fin el chofer llegó, pagó y nos dijo que nos subiéramos. Era joven, aparentaba que no rebasaba los 30 años, portaba la típica gorra de trailerero, de tez morena, de estatura media, vestía playera café, pantalón de mezclilla y unos Converse negros. Salimos de la gasolinera y atravesamos inmediatamente la caseta.

Abordo, las primeras en iniciar la plática fueron Jenny y Licha. La plática trato varios temas, pero lo que en realidad me interesaba era saber qué transportaba,

pues la precaución me hacía pensar en que no fuera a traer indocumentados, armas o, en el peor de los casos, droga, pero la plática tomó otros tintes que desviaron mi inquietud hasta desaparecerla. Miraba la cabina, nunca había estado en una: era amplia, predominada el color negro, tenía muchos botones, luces, marcadores, algo acogedora; Jenny y Licha iban sentadas en la cama del camarote, yo iba en el asiento del copiloto, la relajación del momento hizo que me empezara a dar sueño, pero en ese lugar no podía acomodarme para dormir.

Alejandro, así se llamaba el chofer, nos contó que era de Guadalajara, tenía tres hijos que en vacaciones viajaban con él; nos contó que en sus ratos libres tocaba en un grupo norteño; nos contó de varios accidentes que había visto. Jenny le preguntó que si siempre daba raites, dijo que no, sólo que como lo agarramos en la gasolinera lo hizo, pero no siempre, “además de que un poco de compañía está bien”. Mi interés por la inseguridad, y también por la nuestra, me hizo preguntarle cómo sentía los niveles de violencia.

—¡Pues sí se han incrementado!

—¿Sí hay una diferencia entre éste y gobiernos pasados?

—¡Claro! En éste es más difícil trabajar; los asaltos son más frecuentes.

—¿Te han asaltado?

—No, pero tengo compañeros a los que sí y hasta las unidades les han quitado.

—¿Identificas alguna zonas donde el ambiente esté más pesado?

—Pues mientras más al norte andes es más caliente; pero a mí, afortunadamente, no me ha pasado nada; pues si nada más te dedicas a tu trabajo, no creo que haya más problema. —le comenté que, basado en periódicos, yo tenía la misma

impresión, pero llamó mi atención que consideraba el Distrito Federal todavía más peligroso.

–Una vez una persona de Sonora me dijo que en realidad no todos los muertos que aparecen en los periódicos son del narco, sino que los hacen creer así para que la gente lo compre por el morbo –en el camino pasamos por varios retenes policiacos. Tras estar dos horas con Alejandro, nos dijo...

–¡Bueno! Yo voy para San Juan del Río, doy vuelta más adelante, pero los voy a dejar pasando la caseta, ahí se paran varios trailers, a lo mejor encuentran uno que los lleve a San Luis –diez minutos después pasamos la caseta de Palmillas, bajamos del tráiler, nos despedimos y le agradecemos avernos dado un aventón, Jenny y Licha hicieron lo mismo, pero lo llenaron de bendiciones, más Licha, que es más emotiva.

El tráiler de Alejandro se alejaba, quedamos parados entre vendedores que cargaban en carretillas botanas, refrescos y refacciones. Mientras se nos ocurría qué hacer, por inercia hacíamos señales de aventón a todo tipo de unidad que pasaba. A veinte metros de nosotros vimos un camión en el que su chofer subía, tratamos de dar alcance, pero como si intuyera nuestra intención, se apresuró a subir para, una vez arriba, decirnos: “no voy para el norte”.

Nuevamente parados como esperando un segundo aire, a otros veinte metros vi otro tráiler que arribaba, inmediatamente avisé a Jenny y Licha; cargamos nuestras mochilas y corrimos hacia la unidad. La altura del tráiler no permitía distinguir al chofer, a unos tres metros de la unidad, vimos al chofer que bajo a comprar una Coca Cola, mientras la pagaba Jenny le pidió que si nos daba un raite a San Luis, se nos quedó viendo con desconfianza, por un momento pensé que se iba a negar, pero Licha le dijo, como para amarrar su confianza, que “en el mejor de los casos nos diera un aventón a Querétaro”, su mirada desconfiada permanecía, dio la vuelta para abordar su unidad y justo antes de subir aceptó; por

un momento pensé que su afirmación la había imaginado, y hasta se me hizo eterno el que nos abriera la puerta del copiloto.

Subimos, la cabina era más pequeña y vieja que la de Alejandro, era de color beige y café, nuevamente Jenny y Licha iban sentadas en el camastro del camarote. Se llamaba Carlos, media alrededor de 1.65 metros, y lo recuerdo porque era más bajo que yo, pelo chino, y a pesar de ser más joven que todos nosotros, vestía un formal pantalón de mezclilla, zapatos de vestir y una playera con cuello. Aunque mi temor había disminuido, le pregunté qué transportaba: “residuos de alfombra o algo así; el chiste es que a la empresa que los llevo lo reutiliza”.

Los kilómetros en la carretera parecían infinitos, sólo se podía tener percepción de ellos gracias a las marcas blancas que dividían la carretera. El día era caluroso; por momentos el sol nos daba de frente y otros a los lados; Jenny le comentó a Carlos que su Coca se iba a calentar, pues estaba parada en el retrovisor; afuera, aunque los paisajes eran áridos, no perdían su belleza. Jenny le preguntó que si siempre subía gente.

–No, casi no. Ustedes son de los pocos que subo, y eso porque me agarraron parado.

–¿Siempre andas solo?

–La mayoría de las veces.

–¿Y cuándo ves a tu familia?

–Pues a veces una vez a la semana o cada dos –su respuesta me hizo recordar a mi Leo e hizo florecer mi curiosidad.

–¿Y cuándo ves a tus hijos? –pregunté.

–No, no tengo.

–¿Y novia? –preguntó Licha.

–Por el momento tampoco.

–¿Cuántos años tienes? –insistí.

–Veinticuatro.

–¿Y de trailerero?

–Nueve. Empecé a los quince, ayudándole a un señor –en ese momento pasamos por lo que pensé era una toma clandestina de combustible.

–¿Oye, esas son tomas clandestinas; venden gasolina?

–Se llaman guachimoleras; y sí vende combustible, pero es el que les venden los mismos trailereros.

–¿Y de dónde lo consiguen los trailereros?

–Del que les sobran de los viajes, los sacan de los tanques y lo venden –durante la explicación pasamos por un operativo de policías federales, afortunadamente no nos detuvieron. Me parecen que eran las cinco de la tarde cuando nos dijo que se tenía que detenerse en una gasolinera para cambiar el combustible de tanque, o algo así le entendí.

Salimos de la carretera y entramos a la gasolinera, estacionó su tráiler, lo apagó, bajamos, abrió el cofre y nos dijo que si queríamos podíamos ir a comprar, “de todos modos vamos a estar como veinte minutos”. Fuimos a la tienda, entramos al

baño, compramos Gansitos, Chocorroles, Cocas y regresamos con Carlos; él ya estaba cerrando el cofre, subimos, le dimos unos Chocorroles y una Coca, la abrió, dio un trago y partimos.

Tras casi una hora de camino, nos volvimos a topar con otro retén; pero éste estaba integrado por militares. Por tácticas del operativo, los carriles se redujeron, un militar con lentes oscuros le hizo una seña particular a la que Carlos respondió orillándose. Bajó de su unidad y el militar le dio alcance, ambos fueron a la parte trasera del tráiler y los perdí de vista; pocos minutos después apareció Carlos, subió y nos contó el protocolo de seguridad: “les abrí la puerta y al ver lo que traía me dijeron que cargaba basura”.

Prendió la unidad y partimos. Luego de varios minutos nos preguntó a dónde íbamos exactamente, Licha respondió primero que a San Luis Potosí, pero Jenny precisó a Matehuala, Carlos nos miró y dijo que nos podía llevar porque iba a pasar por ahí; eso fue realmente sorprendente, pues yo ya pensaba en el próximo raite. Relajado por saber que nos acercarían más de lo que pensé, empecé a recordar el pasado operativo y, aunque ya había visto militares en el Zócalo cuando recogen la bandera, el hecho de verlos en acción me hizo pensar en el motivo.

### De camino a Matehuala, pequeña conjetura sobre el narcotráfico.

Por el espejo pude ver a dos militares mirando hacia las puertas de la caja del tráiler, uno con su rifle de asalto en las manos, otro lo cargaba en la espalda mientras asistían al que verificaba. Ver esa acción me hizo pensar en la prohibición del peyote y la errónea relación con otras drogas al considerarla igualmente peligrosa.

El operativo tenía como fin detener a miembros del crimen organizado, pero me parecía increíble que se pensara terminar en un sexenio con un movimiento social que tiene más tiempo que los que habitamos México en este preciso momento. Su



historia es tan larga que ha creado sus propios sistemas y reglas. Hoy, el dinero surgido del narco está prácticamente en la mayoría del sistema económico de México y de muchos otros países; los capos de la droga usan múltiples actividades empresariales para lavar su dinero; por lo que casos de lavado en grandes bancos, como HSBC, no deben sorprender.

Viendo desde mi lugar las constantes y alejadas praderas y montañas, imaginaba a integrantes del crimen organizado recorriendo esos lugares cuidando que rivales no entraran en ellos; recordé que el fenómeno del narcotráfico se empezó a gestar en el Porfiriato, con el asentamiento de comunidades chinas en la frontera norte de México. Ellos eran grandes concedores del cultivo de amapola y los procesos para obtener sus derivados. Alcanzó su apogeo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando militares provenientes de la guerra y personas enfermas de Estados Unidos iban a la frontera para conseguir opio para mitigar sus dolores. Con el paso del tiempo la ley de la oferta y la demanda se hizo más grande, la producción de amapola se incrementó, y con esto, se empezó a cultivar marihuana con fin mercantil.

Aunque nuestro vecino del norte es el principal inquisidor de la legalización, participa activamente en este subterráneo sistema económico; no por nada es la nación que tiene los títulos de manejar los mercados que más capital dejan a nivel mundial: la manufactura de armas y el consumo de estupefacientes. El primer caso las vende a países de todo el mundo, incluso a sus rivales; en el caso de México, incluye cárteles de la droga; ejemplo de ello: el caso *“Rápido y Furioso”*. El segundo, aunque es indirecto, porque no las cultiva, es el primero a nivel mundial en consumo; juntándolas, le dejan grandes ganancias.

La conjetura anterior emana de múltiples casos registrados desde mediados del siglo pasado de políticos influyentes e importantes representantes de la justicia en México ligados a grandes capos de la droga. Pocos años atrás, el semanario *Proceso* publicó una entrevista que hizo Julio Scherer García al número dos del cártel de Sinaloa, el cártel más fuerte de México: Ismael “El Mayo” Zambada. Él

dice: “Yo me dedico a la agricultura y a la ganadería, pero si puedo hacer un negocio en Estados Unidos, lo hago”. ¡Misteriosa declaración!

Faltan cinco meses para que la administración de Felipe Calderón concluya, y lo que sin duda marcará su trabajo es que emprendió una guerra contra el narcotráfico que perdió. Desafortunadamente para el presidente Calderón es imposible retractarse, aunque el 14% de los mexicanos crea que Calderón “ganará” su guerra. Tal parece que le corresponderá a Peña Nieto cambiar el rumbo de esta estrategia, siendo una de las opciones la “temida” legalización.

Pero visto desde un fin económico benéfico, el dinero del narco puede salvar algunas economías. En España, en el ayuntamiento de Rasquera, en Cataluña, se ha dado luz verde a la producción de marihuana con la intención de crear empleos y liquidar la deuda del municipio. En España, la marihuana es legal con fines medicinales; incluso, investigaciones recientes en la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad Complutense y el Centro Nacional de Biotecnología, señalan que los derivados de la *cannabis* pueden reducir el crecimiento de tumores de cáncer de mama.

Cuando se habla de la legalización, siempre aparecen los casos del tabaco y el alcohol, ya que igualmente eran prohibidos, ahora, legales, son más peligrosos y dañinos que el peyote. Por ejemplo, la nicotina del cigarro “es la puerta de entrada a otras drogas, pues no hay nadie que haya probado la cocaína, la heroína o la marihuana sin haber consumido antes el tabaco”, señaló Eduardo Hernández, fundador de la Clínica del Tabaco. A esto, también coincide la directora del National Institute of Drug Abuse de Estados Unidos, Nora Volkow, al participar en la conferencia “Lo que nadie nos enseñó sobre la nicotina”, en el Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias.

Por decretos oficiales, el peyote es prohibido, más no dañino, en cambio, por su alto grado de peligrosidad para la salud, a principios de 2012 la nicotina fue incluida en la lista de sustancias y métodos prohibidos que publica la WADA. Y es

que su poder adictivo es similar al que presentan adictos a la heroína y cocaína; de ahí que aquella persona que intenta dejar de fumar le resulte difícil, explicó Sonia Meza, especialista en neumología y presidenta de Red Mexicana sin Tabaco; además que el fumar quita años de vida: en el hombre asciende a 13.2 años, y en la mujer a 14.5; mientras que con el peyote no hay reacciones adversas y da “fuerza”.

Este pensamiento no duró más de cinco minutos. Por la ventana veía paisajes áridos en tonos ocres y naranjas pálidos mientras pensaba que estábamos tan alejados. Empecé a hacer una comparación entre comer peyote y gastar en cigarros. Hasta el momento llevábamos alrededor de 100 pesos gastados, mientras que una familia fumadora de escasos recursos destina 211 pesos al mes en la compra de cigarros, según el Instituto Nacional de Salud Pública, lo que significan 2,532 pesos al año.

Al catalogar al peyote como una droga, se considera peligroso, pero resulta que la salud de los mexicanos está siendo amenazada por las industrias “legales”, como la del cigarro y el alcohol. La Encuesta Nacional de adicciones 2008 revela que los jóvenes del Distrito Federal son los más alcohólicos del país, pues 16 de 100 consumen alcohol de manera excesiva. La misma encuesta indica que de 2002 a 2008, en el caso de las mujeres, el consumo de alcohol aumentó, pues pasó de 0.8 a 2.1% por cada 4.6 hombres. Incluso, José Ángel Córdoba Villalobos, cuando fue secretario de Salud federal, reconoció que el consumo de estupefacientes no es tan grave como el del alcoholismo y tabaquismo. Asimismo, el jefe de Gobierno, Marcelo Ebrard, destacó esta situación, alertando que el alcoholismo se socializa en las familias.

Incluso, el Internet es tan adictivo como una droga. El científico Luis Eugenio Todd, coordinador de Ciencia y Tecnología del gobierno de Nuevo León, al presentar su libro *Adicciones, enfermedades del siglo XXI*, explicó que el uso compulsivo del Internet activa el sistema límbico del cerebro, mismo que se altera cuando se consume alguna droga, precisó que esa región cerebral está ligada a

los satisfactores. Precisó que el cerebro está dividido en dos partes: el sistema límbico, ligado a la supervivencia, a los instintos animales; donde se genera el miedo, el hambre, el deseo sexual y la sed; y el área cortical, “que nos diferencia de los animales”, donde están los pensamientos, la razón y el conocimiento. Este catedrático se inclinó por la legalización de las drogas.

El tema de la legalización de drogas es un asunto en el que personajes de distintos ámbitos se han inclinado. En su momento, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera propusieron a su sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México hacer llegar un escrito al presidente para que se pudiera “fumar oficialmente marihuana”. Actualmente, intelectuales como Elena Poniatowska y los difuntos Carlos Monsiváis y Fuentes, se han proclamado abiertamente por la legalización.

El mismo Marcelo Ebrard planteó una mesa de debate para la legalización de la marihuana, pues le parece incompatible que en México exista una guerra por mitigar su proliferación, mientras que en Estados Unidos es legal en 19 estados; insistió en que es a través de la educación y la información como se puede mitigar las graves adicciones. Incluso, diputados del PRD y Convergencia (actual Movimiento Ciudadano), plantearon la legalización de la marihuana con fines terapéuticos y para mitigar la violencia de los cárteles de la droga; proponían una licencia para cultivo, fabricación y distribución de medicamentos a base de la *cannabis*.

En el ámbito empresarial, el mismo Carlos Slim Helú se inclinó por la legalización de las drogas, criticando que mientras Estados Unidos se queda con el dinero surgido por la comercialización de éstas, en México “nos quedamos con las armas y la violencia”.

Personalmente coincido con la legalización de las “drogas blandas”, pues hacen menos daño que las drogas “duras” o sintéticas, ya que su fabricación mercantil

tiene como fin el consumo, estando diseñadas para generar una adicción que obliga a comprarlas; exactamente como pasa con el cigarro.

El cigarro y el alcohol son drogas legales que causan más muertes que la marihuana y el peyote juntos, lo peor que puede pasar comiendo peyote es tener una lesión emocional por no poder contener lo que se percibe. El consumo de drogas blandas (como peyote y marihuana) está prohibido en la mayoría de los países del mundo, por considerarse peligrosas, pero resulta que el alcohol es la droga más peligrosa; lo anterior lo advierte un estudio realizado en el Reino Unido y publicado en la revista *The Lancet*, donde recibe un puntaje de 72 de 100 posibles; situándose arriba de la cocaína y la heroína, incluyendo daños personales y colaterales tras su consumo.

## De nuevo al camino hacia Matehuala

Llevábamos poco más de una hora tras haber pasado el operativo militar, los paisajes ya no se me hacían tan majestuosos, el cansancio en la espalda empezaba a mermar mi ánimo. Otras vez la conglomeración de autos y tráiler se empezó a formar, conforme avanzábamos nos acercamos a otro operativo, esta vez, era de la Policía Federal. Desde abajo le hicieron la señal a Carlos para que se detuviera; un federal se acercó a su puerta y le indicó que bajara, platicaron, el federal nos volteó a ver, se fueron hacia las puertas de la caja y los perdí de vista. Pasaron siete u ocho minutos cuando una mancha oscura alcancé a ver de reojo, era el federal que sorpresivamente subió a la cabina, abajo, Carlos me hizo una señal con la manos que no entendí; la presencia del federal me intimidó.

—¿De dónde vienen? —preguntó serio.

—¡Del D.F! —respondió Licha con tranquilidad.

—¿De qué parte? —insistió el federal tras pedirnos nuestras identificaciones.

–De Acueducto –respondió Jenny inmediatamente.

–¿Por dónde está? –volvió a insistir el poli mientras revisaba minuciosamente las identificaciones (es que la mía la había olvidado. El dolor de espalda había desaparecido).

–Por el norte. Por la Villa, en la delegación Gustavo A. Madero –respondieron Jenny y Licha una tras la otra.

–¿Por Indios Verdes?

–¡Ándele! –respondió Licha con cierta gracia.

–Bueno, cuidense –dijo el federal, les entregó sus credenciales y bajó. Carlos subió a la cabina, prendió la unidad y con una sonrisa nos preguntó qué nos habían dicho.

El dolor de espalda había regresado, no encontraba lugar en el asiento que me acomodara. Jenny y Licha iban recostados en el camarote, las envidiaba. Tras hora y media de camino Carlos nos dijo, “ya estamos en Matehuala”. Veinte minutos después, a lo lejos, se apreciaba una “n” estilizada, delgada y blanca, conforme nos acercábamos pude ver que en medio decía “Bienvenidos a Matehuala”.



Foto: Oscar Lojero García.

Carlos sabía a dónde íbamos, incluso nos contó que en una ocasión había probado peyote. Nos dejó al lado de la “n”, al otro lado estaba una pequeña central camionera. Yo ya imaginaba estar en el desierto descansando del trayecto en la casa de campaña. Bajamos de la unidad, la afabilidad de Carlos hizo que la partida fuera más efusiva. Antes de irse Licha le regalo un collar, junto a Jenny le dieran bendiciones de agradecimientos; cerró su puerta y partió.

Atravesamos la carretera para entrar a la central, Licha se acercó a las taquillas y preguntó por el camión a Madley, al regresar nos dijo, “que el último camión a Madley salió a las 6:30”, pues qué hora son, pregunté, Jenny sacó su celular y me mostró que eran las 8:30 de la tarde, pues aún no oscurecía.

Salimos de la central con la intención de volver a tomar raite para Madley, pues los taxis querían 450 pesos para llevarnos, pero recordando la experiencia en Desierto, le dije a Licha que no nos daría tiempo de juntar leña para la fogata y que a esta hora sólo alcanzaríamos a poner la casa de campaña. Y es que desde un principio Licha me había dicho que “ahora sí íbamos a esperar el amanecer”.

Decidimos pasar la noche en Matehuala, por lo que preguntamos cómo llegar al centro. A pesar de la hora, la tarde todavía era bastante clara. Esperábamos el camión que nos llevaría al centro; en el trayecto pasamos por un parque donde se veía bastante gente y un escenario, Licha le preguntó a la chica que venía a su lado qué iban a hacer, le respondió que se trataba del Festival del Desierto. El camión siguió de largo, dio un par de vueltas y nos dejó a una calle de la catedral.

Pasamos afuera de una Aurrera hasta llegar a una plaza que tenía al fondo una catedral; en la esquina por la que entramos había una base de taxis. La catedral daba la impresión de estar hecha de muchos tabicones de variadas tonalidades ocre y sepia; lucía un enorme reloj redondo en el centro, justo arriba del portón, mientras que de éste salía una larga fila de feligreses, en las escalinatas había

unos danzantes que vestían pantalones rojos y camisa negra de terciopelo decorada con listones de colores y botines negros.



Catedral de Matehuala.

Foto: Oscar Lojero García.

Jenny dijo que quería ir al baño, le sugerí que fuera a la Aurrera, dio media vuelta y salió por la esquina, por donde habíamos entrado y en donde estaba la base de taxis, pero mi sorpresa fue que la base de taxis había desaparecido, en su lugar, estaba una camioneta del Ejército. Me sorprendió la rapidez con la que habían llegado; tres soldados ya estaban abajo, el que conducía permanecía afuera pero recargado en el asiento, Licha y yo nos sentamos a los pies de una efígie de Benito Juárez y le dije que me tomará una foto con los militares. Nos acercamos a ellos, les dije mi idea, algo renuentes aceptaron y Licha tomó la foto; al terminar, el que conducía me dijo: “no la subas a YouTube”. Poco tiempo después, un par de señoras hicieron lo mismo y luego un niño con su papá.

Jenny ya estaba con nosotros, ya habíamos planeado que pasaríamos la noche afuera de la presidencia o en el parque. Preguntamos dónde estaba la presidencia y emprendimos la partida, pero Licha, decidida a recuperar algo de dinero para el regreso, sacó su material y se puso a “mangear” (vender mercancía en mano persona por persona) unos anillos. Debo aceptar que fue una buena idea, pues sacó como 150 pesos en lo que atravesamos la plaza.



Un par de calles adelante, llegamos a otro parque, ahí no había tanta gente, en una de las esquinas había un pequeño café donde hicimos labor de venta. Ya eran las diez de la noche, temprano para nosotros, decididos a sacar más varo, fuimos al parque donde estaba el concierto; desafortunadamente llegamos cuando estaba terminando, pero alcanzamos a vender algo, o por lo menos lo suficiente para que Licha disparara la cena, pues los cacahuates, las Cocas y los Gansitos habían perdido combustible en nuestros organismos.

Luego de comer unos sopes, salimos del local en busca de la presidencia, pero al llegar ya estaba cerrada; pasó una patrulla y se nos quedó viendo mientras bajaba la velocidad, nos acercamos a ella y les preguntamos dónde podíamos pasar la noche, nos propusieron la catedral, pero que era necesario pedir permiso al cuartel; fuimos, adentro había cuatro policías a los que les explicamos nuestra situación, les sugerimos que nos dejaran dormir en el patio del cuartel, pero no aceptaron, por lo que nos mandaron a un costado de la catedral advirtiéndonos: “pero se van temprano, por que hay misa”.

## El exorcismo de Licha

Salimos del cuartel con dirección a la catedral, ya casi no había gente, Matehuala estaba vacío. Regresamos por las calles que minutos antes habíamos recorrido, entramos nuevamente a la glorieta de la catedral, a los lejos, en las escalinatas, se veían un par de siluetas, nos acercamos por un costado, donde los policías nos dijeron que pasáramos la noche. Las dos sombras se convirtieron en dos chavitos, como de 17 o 18 años, no los pelé porque tenían una “noma” entre la nariz y el puño, Licha les dijo “Buenas noches”, los chavos, con una voz sepulcral, emularon la frase.

Bajamos nuestras mochilas, puse la casa de campaña en el piso con la intención de armarla, pero el aire estaba bastante fuerte, Jenny recomendó irnos al portón para que no nos pegara el aire tan directo; agarramos nuestras cosas y dimos una

vuelta en “U” para llegar, pasamos por detrás de los chavos, Licha los volvió a saludar, pero no recuerdo que les dijo, yo seguía indiferente; y es que sinceramente ya quería dormir.

Nos metimos al portón, acomodamos nuestras cosas como una barrera. Mientras esperábamos a que nos llegara el sueño, platicábamos cómo llegaríamos a Madley, no pasó mucho tiempo cuando uno de ellos se acercó; diferenciarlos era fácil, uno era güero y el otro moreno, ya que no recuerdo sus nombres.

El güero fue el primero en acercarse, presentaba una actitud temeraria, de confrontación, el efecto del PVC hacía que entendiera poco de lo que decía, de un grito le habló a su amigo, que contrario a él, tenía una actitud más sumisa, más tímido. Licha mostraba bastante confianza con su presencia, Jenny, aunque más serena, no se veía alterada ni incómoda. Así como las personas que conocimos a lo largo del viaje tenían una noción del Distrito, yo tenía una del norte, pensaba que estos chavos podían estar armados.

Desde su lugar Licha platicaba con ellos, primero con uno luego con el otro. Les preguntaba su nombre, de dónde eran, cuantos años tenían, el güero preguntaba exactamente lo mismo. Desde mi parecer el güero quería intimidarnos, mi cansancio prolongaba mi indiferencia hacia ambos. Pero fue hasta que Licha les preguntó por qué “moneaban” cuando empezó lo interesante. Sentados al otro lado del portón ninguno daba una respuesta contundente, a lo que Licha respondió con un sermón que a mi parecer era inútil, pues la actitud del güero seguía altiva, el moreno se refugiaba tras una sonrisa tímida.

La mochila de Licha estaba al lado mío, se acercó y me dijo en voz baja y maliciosa, “vamos a espantarlos con la palabra”. Sacó su Biblia, previo otro sermón, leyó Efesios 6.10 (conocida como La Armadura); aunque estaban sentados, se movían mucho, como si estuvieran bastante incómodos, eso me hacía desconfiar aun más de ellos. Tras las palabras de Licha el moreno parecía más consciente, el güero más tranquilo jugaba con una pulsera de conchas que

Licha le había prestado con anterioridad, la miraba y se concentraba en su sonido, una serie de pequeñas risas lo invadió, pero como si las palabras le incomodaran, armaba frases sin sentido. El ambiente quedó apacible, pregunté la hora a Jenny y me dijo que eran la 1 de la mañana. Al escuchar la hora, sorprendidos, los chavos se miraron y el güero hizo una señal para irse.

Ya solos, platicábamos de lo sucedido, sobre todo sus cambios de actitud. Cuando pensaba que ya íbamos a dormir, y tras veinte minutos de tranquilidad, volvieron a aparecer los chavitos. Licha los vio y con una sonrisa les dijo, “regresaron”, “volvimos por más”, respondió el güero.

Se volvieron a sentar, el güero enfrente de nosotros y el moreno de lado, recargado en el portón, los dos jugaban con la pulsera de Licha, pero la “mona” no la soltaban. Las palabras del güero eran más lúcidas, pero su actitud seguía siendo la misma, por lo que Licha volvió a “usar” la palabra.

Bajo el influjo de los químicos, el entorno puede ser subjetivo. Mientras leía, el moreno se relajó, parecía dormido, pero con los ojos abiertos, no causó problema. ¡Pero el güero! Primero escuchó atento, parecía niño; sentado, cambiaba constantemente de posiciones, seguía escuchando, pero sus movimientos para encontrar acomodo parecían inútiles; las palabras de Licha seguían vibrando el cuerpo del güero que seguía en movimiento, de repente un súbito movimiento de su mano me sorprendió: inexplicablemente aventó con furia la “mona” que fue a dar justo a la mitad del portón, exactamente donde se abre, Licha estaba muy concentrada en lo que leía que parecía no ver más allá de la biblia, pero antes de que concluye su lectura, en lo que fue otro movimiento para buscar acomodo, el güero se contorsionó de una manera muy extraña, poco inusual, que me sorprendió mucho; no quise interrumpir a Licha así que me guardé mi comentario.

El ambiente ya no era tenso, pero yo permanecía sentado, en realidad ya me quería dormir, pero Licha seguía hablando con ellos, Jenny seguía muy tranquila. Volví a preguntar la hora y ya eran las dos de la mañana; al escuchar los chavos

dijeron que ya se iban, pero cuando Licha se despedía del moreno, éste se empezó a abrir emocionalmente y platicó con ella en voz baja; a mí, nuevamente, me seguían siendo indiferentes.

Por algún motivo que no recuerdo Licha sacó de su mochila una tortuga de barro que al soplarle emitía un fuerte silbido un poco chillante. Al principio la escuchaba, pero conforme tocaba, un sonido empezó a llamar mi atención, ya lo había oído antes, pero pensé que era producto de mi imaginación. Al silbar, parecía que alguien más hacía lo mismo en otro lugar; tarde en corroborar mi teoría hasta que tras un tono de Licha la interrumpí y le expliqué, silbó y puso atención, volteó a verme y con los ojos me dio la razón, Jenny sostuvo mi teoría, los chavos también; al principio tuve miedo, pero Licha seguía silbando con su tortuga para incitar ese ruido extraño; hizo varios intentos y nos sorprendía que tras los silbidos la respuesta era casi parecida, sólo variaba en la duración. Recordé que al leer *Las Enseñanzas*, Don Juan le dice a Castaneda que el peyote canta y llama a las personas. Licha dijo que el aire regresaba su silbido, a mí me pareció algo muy extraño porque nunca había escuchado algo así; comenté a Licha mi teoría y dijo con una sonrisa, “¡nos está llamando!”. El sonido bajo su intensidad hasta desaparecer, como si su única intención fuera que lo notáramos. Weston La Barre rescata una declaración de un indio de la tribu Lipan:

Si tienes dificultad en encontrarlos, haz esto: cuando halles el primero por ti mismo, cómetelo. Cuando te haga efecto, y te sientas un poco mareado, oírás un ruido parecido al viento procedente de cierta dirección. Ve hacia allí... encontrarás muchas plantas de peyote en el lugar de donde viene el ruido.

Antes de partir, el güero nos preguntó a dónde íbamos, le dijimos y nos preguntó que si a comer “yoyo”, dijimos que sí y le pregunté cuándo fue la última vez que comió “yoyo”, dijo que hace como ocho horas. Su respuesta me hizo pensar que sus extraños movimientos eran producto del “yoyo”. Le pregunté a dónde había ido a comer y dijo que a un lugar llamado Estación Catorce, “¿y no viste polis?”,

pregunté, “pues sí”, respondió, “¿y te vieron?”, “no porque me escondí”. Tras otra serie de despedidas, partieron. Eran las 3 de la mañana.

Nos volvimos a quedar solos en la catedral y volvimos a platicar de los chavos. Comenté a Licha mi inquietud de los movimientos que hizo el güero.

– ¡No manches Licha, exorcizaste al güero!

– ¡Sí verdad; se movió bien raro! ¿Y viste cuando aventó la mona?

– Pensé que no habías visto porque estabas leyendo.

– Los vi de reajo.

– ¡Que loco!

## Salida de Matehuala, en busca de Don Teo

Eran las 6 de la mañana, a lo lejos escuchaba la voz de Licha que repetía constantemente mi nombre y después el de Jenny, conforme los abría poco a poco su voz se hacía más fuerte, al abrirlos por completo vi el techo de la catedral y a Jenny enfrente de mí mientras que Licha arreglaba sus cosas para partir.

Aún estaba oscuro y las calles vacías, en las bancas aledañas se veía la sombra de un señor que nos dijo cuidaba las inmediaciones del lugar, le preguntamos cómo llegar a Madley y nos dio indicaciones para llegar a una pequeña terminal, llegamos y resultó que de ahí no salían, nos mandaron a otra más pequeña, más rústica que estaba a cuatro calles pasando la catedral, llegamos y las reja de malla aún estaban cerradas, y al parecer tardarían en abrir, pues ni luz había en la calle.

Decidimos regresar a la Terminal principal, pero para nuestra sorpresa, nos dijeron que el único camión a Madley salía a las 6 de la tarde. No nos quedó otro camino

que volver al raite. Atravesamos el camellón y nos paramos a la orilla de la carretera para esperar a que nuestra suerte nos enviara transporte. Paso alrededor de una hora cuando un tráiler que venía a baja velocidad se detuvo, el chofer era un hombre bastante recio, un poco tosco para hablar pero amable para darnos indicaciones. Su cabina era más grande, en su camarote había dos camastros acomodados como litera.

El tiempo que pasamos con él fue poco, como unos veinte minutos, por lo que no me dio tiempo de preguntar su nombre, sólo nos dijo que era de Mazatlán. Sabiendo que era de la tierra del narco más fuerte de México, le pregunté cómo percibía la inseguridad, dijo “Mazatlán está tranquilo, Monterrey si está peligroso” (esta misma impresión me las habían dicho Carlos y Alejandro).

Al chofer sólo le dio tiempo de explicarnos que a dónde íbamos sólo podíamos entrar en raite, o en el mejor de los casos, en transporte público, pero la verdad yo no veía muchos camiones. “Los voy a dejar en el cruce de la carretera y la entrada para llegar a Cedral, Venegas o Catorce, ahí se las arreglan para llegar a Madley”.

Bajamos del tráiler, atravesamos la carretera y nos paramos en la esquina que formaban la carretera y dicha entrada, ahí había un autobús con bastante gente, parecía que esperaban a que partiera, una camioneta estaba a unos metros del autobús; nos preguntamos si nos darían raite, así que Licha fue a interrogarlos, al regresar dijo, “son una familia, que están esperando a alguien y que no van para allá”.

Yo confiaba ciegamente en ellas, por lo que las seguía sin cuestión alguna, pero la curiosidad por saber cuánto faltaba me hizo preguntarle a Licha; me dijo que en realidad no sabían, nunca habían ido con Don Teo, ni siquiera lo conocían, que íbamos como Amaury (esposo de Jenny) le había explicado. La respuesta me sorprendió mucho, me sentí verdaderamente ingenuo, como un pequeño niño que es tímido para responder satisfactoriamente a las exigencias de sus padres.

Aunque debo reconocer que no me molestó, pues pensé, que de lo contrario, un miedo más grande me hubiera rondado a lo largo del camino.

En el cruce pasaron carros, camionetas, tráileres y camiones, pero no fue hasta medio hora después que un Tsuru blanco cubierto por una ligera capa de tierra se detuvo. No recuerdo el nombre de nuestro nuevo chofer, sólo que era moreno, vivía por los alrededores, a pesar de que era del rumbo no había comido peyote, era ingeniero y trabajaba en la construcción de una carretera aledaña.

Dijo que él iba a Venegas, pero su amabilidad hizo que nos llevara hasta Cedral, donde salían unas camionetas a Madley, según nos explicó. Llegamos a Cedral, atravesamos un par de calles y nos dijo, “hasta aquí los dejo, no puedo entrar más”, nos despedimos, dio vuelta en su carro y se fue.

Las calles estaban vacías y tenían una apariencia polvorienta, sólo un par de borrachos que caminaban abrazados se nos cruzaron en el camino. Conforme entrábamos, en el piso aparecían más y más vestigios de lo que fue una prolongada fiesta, las colillas y cajetillas de cigarros acompañaban descuartizados vasos de unicel; un camión rotulado con un gran anuncio del grupo norteño de moda de la localidad nos paso enfrente. Conforme avanzábamos se podía distinguir una colorido manta al frente. Al estar cerca comprobé que se trataba de una feria, tal vez por el festejo del pueblo. Buscamos la estación de camionetas, que estaba justo a la mitad de la plaza principal, había bastante gente alrededor, por lo que ni siquiera nos hicieron caso, hasta que un señor se tomó la molestia de explicarnos que las camionetas hoy no llegaban hasta aquí, pasaban un par de calles adelante.

Llegamos al lugar donde nos habían indicado, esperamos más de una hora y las camionetas no llegaban, decidimos ir a la orilla del pueblo para agarrar raite, caminamos una calle, pasamos un pequeño grupo de chicas que estaban sentadas en el camellón, como esperando algo, les preguntamos si sabían donde pasaban las camionetas y nos dijeron que también la estaban esperando, mientras

estábamos con ellas, un claxon se escuchó, una amiga de ellas, desde su camioneta, les hacía señas para que se acercaran.

Jenny les ganó el paso y se adelantó para explicarle a dónde íbamos y si nos daba un aventón, el rostro serio de la chava me hizo pensar que se negaría, pero aceptó; siendo el único hombre, me tuve que ir en la parte trasera, al lado de unas cubetas, la llanta de refacción y el equipaje de todas las mujeres; el cansancio, más el movimiento de la camioneta y el calor del ambiente hizo que me quedara dormido y despertar en la gasolinera de Estación Catorce donde bajamos, por lo que perdí la noción del tiempo.



Jenny y Licha esperando en Estación Catorce.

Foto: Oscar Lojero García.

Nuevamente esperamos en el cruce de la gasolinera, el paso de camionetas no era constante aunque no esperamos mucho, medio hora después pasó un taxi que nos llevó a Madley. El copiloto, tenía una acento extraño que llamó mi atención, pensando que era extranjero le pregunté de dónde venía; dijo que estaba en un proyecto en Guanajuato, pero que vivía en Italia. Inmediatamente nos preguntó que si íbamos por peyote, a lo que respondimos que sí, él dijo que también, que iba para las Ánimas, incluso nos propuso ir con él, pero sutilmente no aceptamos.



En el camino nos dijo que era músico, oriundo de Madley y que según tocaba las percusiones con Manu Chao, algo que sinceramente no le creí. A lo lejos se veían unas casas de colores, nos dijo que eran extranjeros que se querían establecer, “pero se las vamos a quitar para la gente de aquí”. Al lado de nuestro camino se veían las vías del tren, y en medio de nuestra visión, una patrulla negra de federales; Licha volteó hacia mí y me dijo, “eso son los federales que cuidan que en el tren no vayan indocumentados, pero también se meten al desierto para sobornar a la banda”.

Quince minutos después llegamos a Madley, a lo largo del pueblo permanecía estacionada la “bestia”. Durante la entrada a Madley el que se decía músico saludaba a la gente que pasaba, que a mi parecer reaccionaban como si ni lo conocieran. Llegamos a la tienda donde supuestamente vivía su mamá, nosotros nos quedamos afuera, él entró y dio un grito a su mamá, la cual no alcancé a ver ni a escuchar. Le dimos las gracias y partimos. Caminamos un par de calles y llegamos al local de un mecánico de bicis, y al ver que no éramos oriundos, se ofreció a llevarnos con Don Teo por 350 pesos, no aceptamos porque eso es lo que cuesta el boleto de San Luis al DF y pagar eso por estar tan cerca, no se nos hacía tan factible.

Caminamos de regreso, con la intención de salir de Madley para llegar a la carretera. Desde mi perspectiva, Madley parecía un pueblo pintado de un café claro, dando la impresión de un ambiente bastante cálido, pues las casas de adobe daban ese efecto.

Sabíamos que ya estábamos cerca, por lo que decidimos comprar los víveres en una pequeña tienda que estaba de paso, adentro había tres señores ya grandes, de más de 50 años. Compramos dos garrafones de 6 litros de agua simple, unas barras de chocolate, fruta, cerillos, cigarrillos y despensa. Pagamos y les preguntamos si conocían a Don Teo, respondieron que sí, que lo veían a diario porque venía a dejar a sus hijos a la primaria; así que les ofrecimos pagarles para

que nos llevaran; uno de ellos aceptó por 90 pesos, sólo por acercarnos, de ahí “toman otro transporte”.

Antes de partir, nuestro chofer le preguntó a otro señor cómo llegar con Don Teo, le dio una explicación que incluía nombres de lugares que no conozco, sólo entendí que una vez entrando en el camino de terracería es todo derecho.

Licha y Jenny se fueron en la parte de atrás de la vieja camioneta, yo me fui con el señor adelante. Entramos por un camino bastante sinuoso; al principio se veía otra carretera y unos autos pasar, después sólo nuestro camino y la áspera vegetación del desierto a los lados, esta parte del trayecto duro como 10 minutos. Luego pasamos por una pequeña comunidad como de cinco casas, un señor en bici saludo a nuestro chofer, eso me dio un poco de confianza.

Llegamos a un punto donde el camino se partía, pero por las indicaciones antes tomadas seguidos derecho, unos tres kilómetros adelante llegamos a una malla que era interrumpida por un acceso bastante descuidado, justo al pasarla unas maderas viejas tapaban una prolongada zanja, a partir de ahí el camino se transformó, la vegetación se empezó a tornar más agresiva, lo que me puso en alerta. Las ramas del camino ya golpeaban el parabrisas y el piso de la camioneta, el camino presentaba unos hoyos que pasamos de pura suerte por la orilla del camino. Al notar que la marca del camino se empezaba a borrar por tramos, le comenté a nuestro chofer que a lo mejor nos habíamos equivocado, se detuvo y salimos, Licha y Jenny se pararon y nos preguntaron “¿ya llegamos?”; subí al toldo y no se veía más que vegetación desértica a nuestro alrededor y puras lomas a los lejos; regresamos hasta la malla y la empezamos a rodear, pero el mismo camino nos empezó a apartar de ella; de repente aparecieron más caminos; a partir de aquí empecé a sentir miedo, porque pensando en que estábamos perdidos, voltee a ver el marcador de la gasolina y estaba vacío, por lo que mejor quise pensar que la aguja estaba descompuesta.

Seguimos varios kilómetros así, empezamos a rodear una gran loma e iba a esperar a terminarla para decirle al señor que regresáramos, pero cuando llegamos al final vi algo que no coincidía con el entorno, algo estaba mal en el ambiente. Tomamos la dirección hacia esa zona para inspeccionar. Conforme nos acercábamos las cosas iba tomando forma, era una casa alargada de color blanco.

–Creo que aquí es –dijo el señor.

–¿Qué nunca había venido con Don Teo?

–¡No, es la primera vez! –me respondió muy tranquilamente.

## El objetivo: Don Teo, el guardián del desierto

Varios perros nos recibieron con ladridos, el chofer detuvo la camioneta y bajamos de ella, mientras lo hacíamos intentaba descifrar cómo sería Don Teo; pensaba que sería un viejo indígena gruñón que nos regañaría cuando pudiera, e incluso pensé que la lejanía de su residencia lo hacía prepotente, huraño, algo así como Don Juan Matus. Al parecer en los pueblos una de las funciones de los niños es avisar las novedades y arribo de gente extraña, pues fueron ellos quienes al vernos corrieron a su casa inmediatamente; poco tiempo después salió el gran e imponente Don Teo.

De un cúmulo de tierra que cubría nuestra vista del resto de la casa salió un hombre bastante delgado, ataviado con botas tipo minero, pantalón de mezclilla, camisa de cuadros y sombrero de palma; su piel se veía bastante curtida por el desierto, tenía un tono rojizo, como si fuera de una raza de bronce; y aunque se veía viejo por las canas de su cabeza, sus movimientos eran bastantes ágiles.

Al vernos, su expresión fue contraria a lo que había pensado; fue bastante amable, nos saludó de mano a todos y empezó a platicar primero con nuestro chofer. No recuerdo cómo fue que Don Teo nos mostró un temascal que estaba

construyendo un amigo suyo, nos llevó a él e incluso nos metimos y permanecimos un rato adentro.

Salimos y fuimos por nuestras cosas a la camioneta, el chofer le dijo a Don Teo que habíamos venido para acampar con él. Con nuestras mochilas cargando, Don Teo nos invitó a pasar a su casa; ahí conocimos a sus cinco hijos y a su esposa Doña Juana (una mujer bastante agradable y platicadora). Doña Juana nos ofreció café con leche de cabra, galletas de animalitos, y quesadillas de queso.

Durante la estancia, Don Teo nos contó que con él vivían cinco de sus trece hijos, los más grandes radicaban en Monterrey. Jenny le mostró unas fotos y le dijo, “el calvo es mi esposo”, Don Teo sonrió y se las mostró a su esposa, ella también lo reconoció y con una sonrisa en la cara dijo, “¡ah! Él se la pasaba alegando con Luis” (el mayor de sus hijos que vivía con ellos. Luis era bastante bromista, parecía que le gustaba sacar a la gente de quicio. Incluso, cuando Don Teo nos preguntaba qué sabíamos sobre la destrucción de Wiricuta, Luis dijo con mucha ironía, “yo quiero que pongan la mina para irme a trabajar en ella”).

## Esperando el amanecer cubiertos por el Manto Estelar

Cargamos nuestras mochilas y salimos de la casa, Don Teo iba al frente de nosotros mientras un cerdo veía nuestra partida; atravesamos una escuálida valla y nos internamos en una parte que daba la impresión de ser un seco bosque en medio del desierto; caminamos unos setenta metros cuando Don Teo se detuvo en un lugar en el que se percibía que antes ya habían ocupado, pues tenía restos de una fogata.

Bajamos nuestras mochilas y acordamos juntar leña inmediatamente (no queríamos que nos pasara lo que en Desierto), Don Teo subió a un árbol y jaló unas largas ramas que desprendió para dejarla al lado de lo que quedaba de la fogata; fue por muchas direcciones recolectándonos leña, juntamos mucha. Antes de partir nos advirtió que nuestra comida la colgáramos en un árbol, “porque por

ahí anda un perro que se la roba”; en ese momento el comentario careció de importancia.

Licha le preguntó cómo llegar al desierto, Don Teo apuntó con su dedo, “se van por la guía del río y salen”. Antes de partir nos dijo, “bueno ahí se quedan, al rato les vengo a echar una visita”.

La arena de esa zona era más fina, tanto, que con una gran facilidad se pegaba a mis tenis y la parte baja de mi pantalón. Pusimos la casa de campaña y metimos las mochilas, la comida Licha la colgó de la rama de un árbol, los garrafones de agua los dejamos afuera. Una inquietud amenazó mi estómago, tenía que ir al baño. Decidido a ir tranquilamente por peyote, decidí regresar a la casa de Don Teo, así que les avisé a Licha y Jenny y partí.

Confiado, traté de recordar el camino por el nos introdujo Don Teo, mientras me alejaba dejé de ver rápidamente el campamento por la espesura de la fauna; doblé un poco por donde pensé que habíamos pasado, pero unos treinta metros más adelante repentinamente perdí la orientación, no pude reconocer el lugar en el que me encontraba, seguí caminando, pero la zona boscosa por donde entramos se convirtió en zona abierta, pensé que había subido de más, así que me regresé por donde creí habíamos pasado, pero llegué a otro punto en el que la vegetación me hizo notar que no era el camino correcto; un ligero miedo me empezó a invadir y el cual sabía se podría incrementar si no resolvía la situación. Sabía que me encontraba sólo, no veía a nadie a quien pedir indicaciones o ayuda, mis gritos no sabía si se escuchaban y ni pensar en usar el celular, pues en el desierto no hay señal, no había vestigios de humanidad alguna; volví a caminar unos veinte metros nuevamente hacia arriba hasta que encontré una desvencijada cerca, deduje que era la de Don Teo, así que la seguí, pero ya no sabía si ir para arriba o para abajo, me detuve a analizar la situación y decidí bajar, unos veinte metros algo que hizo sentir que estaba mal, regresé y volví a analizar, pensé en volver al campamento, pero no quería perderme en otra zona y alejarme más, decidí

caminar hacia arriba y diez metros más adelante la malla desapareció, ya no sabía qué hacer, poco a poco el miedo se incrementaba.

Quiero pensar que fue el instinto de supervivencia el que me hizo dar un fuerte salto y ver a unos veinte metros un enrejado con una carcacha y más cacharros dentro, esto me tranquilizó, pues eso pertenecía a alguien, seguí caminando mientras pensaba que se podría tratar de otras personas, pero no veía gente; nuevamente salté para saber en dónde andaba, aunque no conocía la zona, pude ver una franja blanca, tras varios intentos, a 50 metros pude distinguir la casa de Don Teo. Caminé siguiendo la cerca que había vuelto a aparecer, metros más adelante empecé a distinguir rastros humanos y después el lugar, pasé por el temascal, rodeé la cerca y entré a la casa de Don Teo.

No había nadie afuera, todos estaban adentro, sudaba más de lo normal, llegué a la puerta y les pedí usar su baño. Caminé unos treinta metros antes de llegar a la fosa séptica, salí y regresé a la casa, y les pedí la batería de mi cámara que había dejado cargando. De regreso al desierto un instintivo miedo me puso en alerta; me esforcé en tratar de pisar por donde habíamos pasado, pero no di con el campamento, me pasé por varios metros, empecé a gritarle a Licha y a Jenny, inmediatamente las pude oír muy bajo, seguíamos gritando para guiarme hasta que las vislumbre entre un denso enramado, caminé hacia ellas y les conté mi gran travesía para ir al baño. El desierto es engañoso o mágico, pero ya me había librado de uno de mis grandes temores: perderme en él.

Ya instalados, bajamos unos seis metros hacia donde se encontraba el cauce seco del río, cincuenta metros adelante salimos a campo abierto, o mejor dicho, a desierto abierto. La visión era impresionante, en comparación con la aventura en Desierto, esta perspectiva era más amplia, aunque había vegetación, ésta era más baja y el terreno más plano, lo que permitía tener una visión muy amplia en la que se veía una loma a lo lejos.

Para no volverme a perder trataba de identificar zonas compuestas por arbustos, palmas y matorrales, pero era difícil, pues las zonas que dejábamos atrás se convertían en un mar de fauna desértico difícil de distinguir, sólo pude ubicarme por otra valla levantada al salir del cauce y entrar al desierto.

Anduvimos por quince minutos hasta llegar a una loma y encontrar en ella nuestros primeros peyotes. Yo esperaba una indicación antes de iniciar la “ceremonia”, pero sin darme cuenta Jenny ya no estaba con nosotros, se había separado, Licha me dijo que la dejáramos sola y que buscáramos por nuestra cuenta.

Licha y yo caminamos en dirección a la loma más cercana, y en menos de quince minutos, justo a la mitad, encontré sus primeros peyotes, se sentó frente a ellos y les empezó a dar las gracias; en ese instante me percaté que la “ceremonia” había comenzado desde que bajamos al cauce. Caminé, diez minutos después encontré una familia compuesta por cuatro ejemplares, me hincé ante ellos y les di las gracias por toda la protección dada a lo largo del viaje y les platicué cuestiones personales que me incomodaban. Terminé y los tapé con unas piedras; unos sesenta centímetros de donde estaba vi un par más de peyotes, uno de ellos era bastante pequeño, me hizo recordar a mi Leo.

Terminé, me levanté y esperé un momento a que Licha terminara sus rezos, me acerqué a ella, platicamos un rato, y un sonido llamó mi atención, eran susurros de Jenny que se confundían con el paso del aire; insinué a Licha ir para allá, pero me dijo que la dejáramos sola, pues estaba “en su momento”.

Caminamos hacia arriba sobre la loma para buscar los que serían comidos, pero para mi sorpresa encontré algo que no me esperaba. Se trataba de unos peyotes brujo (*Ariocarpus retusus*). Me causó asombro verlo, pensaba que para encontrarlo era más difícil. En su viaje pasado a Desierto Licha me contó que se encontraron uno y “protegió nuestro campamento de la lluvia; parecía que la lluvia caía como una cortina a nuestro alrededor”.

Llamé a Licha para que viera mi descubrimiento, me explicó que de éste se fuman las crestas secas de la orilla. La verdad, la idea de sentir un nuevo efecto erizaba mi piel, pero afortunadamente la idea no se concretó. Seguíamos caminando por la loma y más brujos aparecían, Licha dijo que esta era zona de brujos, por lo que bajamos a la zona plana. La cacería de venado fue difícil, duró alrededor de hora y media, sin darnos cuenta terminamos nuevamente en la loma y, a mi parecer, a unos metros de donde encontramos los primeros peyotes.

Antes de encontrar los primeros jicuris, mientras recorríamos la loma, encontramos un ejemplo del poder de la naturaleza: un “brujo” había partido una gran piedra para protegerse en medio de ella.



Imagen de *Ariocarpus retusus*, o Peyote Brujo, en medio de una piedra.

Foto: Oscar Lojero García.

Por fin encontré el primer jicuri, le quité los pelillos, lo partí y me lo comí a cachos. En comparación con la caza en Desierto, ésta fue más severa, pues encontraba peyotes pero eran más difíciles de alcanzar, estaban bien metidos bajo gobernadoras bastante espinosas, que ninguna posición para sacarlos era eficaz, incluso, abnegadamente, teníamos que sacrificarnos con recios piquetes y rasguños para sacarlos.



Recolectamos varios peyotes, conforme encontramos, el tiempo para hallar el siguiente se reducía; llegué a tener varios en la bolsa de mi pantalón, por lo que comí más que la vez pasada o más de lo que mi cuerpo necesitaba, pues una especie de raspadura en mi garganta me hizo dejar de comer, por lo menos unas dos horas.

Jenny ya se encontraba con nosotros, un poco cansados, nos sentamos en el empedrado camino, platicamos nuestras incomodidades y nos dábamos posibles soluciones; tiempo después nos paramos y seguimos caminando. Eran alrededor de las ocho de la noche, pero aun no estaba oscuro, estuvimos otra media hora y regresamos al campamento.



Oscar acostado en el desierto.

Foto: Oscar Lojero García.

Subimos del cauce y llegamos al campamento, quitamos el exceso de ceniza y arreglamos la leña para prenderla. Mientras juntaba más leña, Licha formó un gran círculo de piedras alrededor de la fogata. Antes de que cayera la noche pusimos a la mano todo lo necesario para esperar el amanecer.

La luz cada vez más iba cediendo a la oscuridad de la noche. Jenny y yo esperamos mientras Licha prendía la fogata, pero el fuego era empujado por un fuerte aire que lo extinguía; al ver que se le complicaba el trabajo y la noche ya

estaba casi puesta, nos acercamos para tapar el centro de la fogata, pero el fuerte aire se colaba entre nosotros y nos apagaba los cerillos y la incipiente fogata, la labor se complicaba. Sólo los breves destellos de luz que iluminaban nuestros rostros me hizo dar cuenta que había llegado la penumbra. El trabajo se complicó, pero al final conseguimos luz y calor. La noche fue bastante larga antes de llegar el amanecer.

—A partir de ahorita, hay que tratar de no salir del círculo de piedras para no perder el calor que el Abuelo Fuego nos va a dar. ¿Quién se va a hacer cargo del fuego?  
—preguntó Licha, Jenny y yo la convencimos para que fuera ella.

La luz de la fogata alumbraba dos o tres metros a la redonda, pasada esa distancia, lo demás era una gran mancha negra hecha por las siluetas de los árboles que nos rodeaban, arriba, nos vigilaban brillantes estrellas. Una vez prendida la fogata, asumimos posiciones, a mi derecha estaba Jenny, a mi izquierda Licha, enfrente de mí un árbol del que salía una larga rama que se extendía hasta confundirse con la espesa negrura de la maleza, de su otro lado estaba la leña, atrás de mí quedó la casa de campaña.

Eran alrededor de las diez de la noche cuando Licha y Jenny sacaron sus biblias y leyeron Efesios 6.10. Tras el momento sacro, empecé a ver la larga rama del árbol que tenía enfrente, su forma, que al mezclarse con las sombras de la fauna, me recordaba al monte y el danzante que vi en Desierto, el efecto duro hasta el amanecer y me hizo voltear constantemente tratando de ver las estrellas, pero éstas en realidad estaban arriba de nosotros, siempre presentes con su constante brillo.

Aunque la tranquilidad para la espera era vasta, el cansancio era inevitable; la fatiga en mi espalda me hacía sentar, pero la falta de una posición cómoda hacía que me acostara sobre la fina arena, en esta posición rápidamente me empezaba a dar sueño, por lo que me tenía que volver a pararme. Este ciclo se repitió varias veces antes del amanecer.

Eran alrededor de las diez y media de la noche; no recuerdo el motivo por el que Licha comenzó a aullar como coyote, pero luego de varios intentos se escuchó una respuesta: un claro aullido de un verdadero coyote, los tres nos volteamos a ver con asombro, la respuesta parecía bastante cerca y no única, pero lo que llamó mi atención fue que se escuchó como si fueran cachorros jugando. Pasado el asombro, reflexioné sobre lo que Don Teo nos había dicho de los perros que rondaban, pues a mi parecer esos “perros” en realidad eran coyotes, y nos lo ocultó para no espantarnos.

Seguíamos platicando de cosas personales y conocidos en común; yo estaba sentado, cuando escuché a Licha que con agrado repitió el nombre de Don Teo, al principio no entendí el motivo, pero de entre la espesura de las sombras salió el guardián del desierto.

–Desde hace rato veo que estaba ahí parado –dijo Licha y Don Teo se acercó a nosotros con una agradable sonrisa. Su visita cambio nuestro ambiente, pues era como volver a ver a un amigo que no veíamos desde hace mucho tiempo. Estuvo alrededor de hora y media con nosotros, platicamos de muchas cosas con él, de sucesos de su vida y de gente que también ha venido.

Inmediatamente le contamos sobre los coyotes, pero no le dio importancia. Licha le dijo que si nos daba un recorrido en la noche, pero creo que en realidad Licha tampoco quería, pues cuando Don Teo aceptó, Licha cambió la conversación. Yo estaba asombrado por su arribo, porque yo estuve a punto de perderme con una gran facilidad, y él en la noche dio con nosotros.

Los destellos de luz sobre Don Teo daban distintas formas a su cara, unas de duende, según le dijo Licha, Don Teo soltó una sonrisa y dijo “si en realidad me quiere conocer, deme dos minutos”. Su respuesta me recordó aquellos pasajes de Castaneda en donde veía a Don Genaro (amigo de Don Juan) de cabeza y en distintas posiciones mientras platicaba con él, por lo que sí, quería ver de qué era

capaz Don Teo, pero en el fondo no me quería llevar un susto y salir corriendo en la oscuridad del desierto. “No, si le creó”, dijo Licha finalmente.

Jenny sacó los cigarros, Don Teo se fumó uno con nosotros y nos reveló que lo hacía a escondidas de su familia. Lo que nos contaba y lo que pude deducir de su personalidad, hacia que mi admiración por este hombre fuera en ascenso. Cuando le pregunté que si no le gustaría vivir en la ciudad, palabras más palabras menos, respondió que en la ciudad hay mucha maldad, que prefería estar en su desierto y no desear cosas por las que tendría que sufrir, aquí tenía todo lo que necesitaba.

Al respecto, nos contó la vivencia que tuvo con un hombre que vino con él. El hombre llegó en un gran carro, solo, con actitud incrédula, prepotente, que le ofrecía dinero “por el simple hecho de tenerlo”, pero Don Teo le respondió que lo aceptaría luego de que le comprara una Coca, “aquí tu dinero no me sirve”, Don Teo lo dejó; al día siguiente el hombre estaba más tranquilo, partió a su lugar de origen, tiempo después regresó con otra mentalidad, incluso, le presentó a su familia. Este comentario me hizo pensar en mi familia y mi hijo, dejando una incomodidad por no estar con Leo. El guardián del desierto partió dejando en mí una gran confianza para seguir ahí.

Era casi media noche, Don Teo se mimetizó rápidamente con el entorno y desapareció. Inmediatamente después de su partida, el silbido constante de distintos pájaros nocturnos se dejó oír. Con la fogata encendida con buena llama, Licha sacó un pocillo; era hora del chocoyote.

Mientras lo preparaba, platicábamos de las razones por las que habíamos decidido hacer el viaje, yo permanecía sentado frente al fuego, mi ciclo de posiciones también seguía. De entre la leña apareció una rama con forma de mano con los dedos semidoblados que ayudó a Licha a mover las brasas y la leña en la fogata.

Mientras mantenía el fuego, Licha nos empezó a guiar en las visiones del “venado”; fueron varios los momentos en los que pude ver su cabeza (no es una aparición de una cabeza animal, sino una representación en forma de V la que se veía).

Pasábamos el pocillo para que cada quien le diera uno o varios sorbos a esa infusión caliente; esta vez la oscuridad no me intimidaba tanto, y sinceramente me inquietaba internarme en ella, pero preferí no arriesgarme, tal vez si hubiera sido planeado sí lo hubiera hecho. Por momentos me entretenía con el efecto que daba la oscuridad a las ramas que nos rodeaban; nuevamente caía en la sensación de ver el oscuro cielo que partía tras pasar la rama del árbol que estaba frente a mí, pero en realidad era más oscuridad, acentuada por la baja intensidad de la poca luz que irradiaba la fogata.

El efecto emanaba de la experiencia en Desierto, pues ahí la vegetación era más baja y podía ver más ampliamente el cielo. Recordando esta experiencia voltee hacia arriba buscando el cielo estrellado. Cuando mis ojos alcanzaron las brillantes estrellas, comprendí literalmente el significado de “manto estelar”.

Es innegable que las expresiones metafóricas surgen de un sentimiento de exaltación que mueve nuestras emociones. Cuando miré hacia arriba, parecía que estaba sumergido en un extenso mar con la capacidad de poder respirar bajo el agua, y lo que podía ver arriba de mí era un cúmulo de estrellas flotando en la superficie marina, encantando a mis ojos con su movimiento flotante de arriba hacia abajo sin perder su lugar. Este efecto no perdió constancia en ningún momento, estaba ahí para cuando lo quisiera admirar.

*Quando nos sentimos los únicos herederos del universo, cuando “por nuestras venas discurren el mar... y nuestras joyas son las estrellas”, cuando cuanto percibimos es infinito y santo, ¿qué razones podemos tener para la codicia o la ambición, para buscar el poder o formas de placer más funestas?*

Aldous Huxley.

Aunque hacía frío, no era incómodo. Fumábamos un cigarro mientras Licha cuidaba la fogata. Por un momento nos quedamos en silencio, cada quien pensando en sus cosas; Licha dijo que pusiéramos música, “es agradable, por eso los huicholes llevan sus guitarras y violines cuando van de caza”.

Las dos ya no tenían batería en sus celulares, por lo que saqué el mío y dejé que sonara la primer canción que apareció: *Sin cadenas* de Los Pericos; comentamos algunas frases que nos habían gustado de la canción; siguió otra de Pericos, al terminar, recordé que tenía una canción propia para el momento y que se adecuaba al esfuerzo hecho para estar en el desierto y vivir una experiencia inusual que pocas personas se atreven a hacer: *La maza*, de Silvio Rodríguez.

Estaba sentado escuchando *La maza*, la comodidad hizo que gratos recuerdos aparecieran en mi mente, así que busqué *Baby I Love you* de los Ramones, en el fondo me dolía no poder estar con él.

La noche empezaba a ceder poco a poco a la luz del día, se podía ver más allá de los tres metros; conforme pasaba el tiempo el día tomaba una tonalidad azulosa y la vegetación un tono verdoso, fuera de lo normal. Recordé que en mi bibliografía leí que los efectos del peyote también abarcan el ámbito visual; así que intente cambiarle el color al árbol y tras varios intentos agarro el color que había pensado: morado (no es que cambiara radicalmente su color, sino que dentro de su color natural, tomó un bajo tono morado).

El día empezaba a clarear más, la oscuridad había desaparecido pero la extensa vegetación no nos permitía ver claramente el sol, así que Jenny y yo dejamos el campamento y fuimos a una parte un poco más abierta; empecé a ver unos incipientes rayos dorados; de repente, vimos como una columna de humo que se levantaba como a unos cien metros de nosotros, concluimos que tal vez se trataba de otro campamento; las primeras nubes comenzaron a aparecer en forma de un tumulto de jinetes que corrían a toda velocidad, luego, un par de niños

correteándose. Las nubes no dejaban de aparecer, incluso, descubrí que lo que pensé se trataba de humo, fueron las primeras nubes.

Licha ya estaba con nosotros, la habíamos dejado para que estuviera en su “momento”; les propuse salir a desierto abierto para ver mejor la salida del sol, bajamos al cauce del río seco y conforme nos acercábamos a la entrada del desierto, una densa neblina comenzó a rodear todo el terreno donde estábamos; por segunda ocasión se me había escapado la oportunidad de ver el amanecer.

Con la neblina encima subimos la loma y los peyotes brujos seguían apareciendo. Al alcanzar la cima, vislumbré a lo lejos a una persona que se dirigía a nosotros, por momentos miraba fijamente esa silueta que se detenía y luego volvía a emprender el paso, pero la neblina lo tapaba y lo hacía desaparecer convirtiéndolo en parte del entorno, no sentía miedo alguno, sabía perfectamente de qué se trataba, sólo esperaba a ver si en realidad se acercaba, pasó el denso fragmento de neblina y la silueta de la lejana palmera volvió a aparecer.

Conozco gente que dice haber dejado las drogas o cambiar su personalidad después de comer peyote, tendrán sus motivos, pero puedo asegurar que uno de ellos es la divinidad con la que se perciben las cosas. Luego de jugar con la silueta de la palmera, voltee a ver las nubes, inmaculadas y tersas seguían apareciendo en el cielo, poco a poco la neblina se iba esfumando; quería seguir encontrando figuras en ellas, luego de ver formas geométricas apareció una cara bastante agradable, serena, guardada en un marco hecho por nubes. Nunca he visto a Dios, y no puedo asegurar que fuera él, pero en ese momento sentí que esa cara veía, vigilaba, inspeccionaba algo suyo con bastante agrado.

Sin embargo, por cuestiones personales no abundare en esta parte, pero sintetizaré el momento: La pesadez que intentaba dejar en el desierto no había desaparecido con los primeros peyotes ni con la fogata, y sabía que pasaría bastante tiempo antes de volver a tener el intento, así que me acerqué a Licha y le dije mi inquietud, “sácalo, grítaselo al sol”; debo reconocer que estaba un poco

incrédulo, pero aún así miré el sol y le pedí fuerza, que me ayudara a aguantar, le pedí que me ayudara a digerir mejor mis problemas y que los “quemara”. El acto no duró más de diez minutos, en el primer intento la espalda se me cansó, por lo que recargué las palmas de mis manos en mis rodillas, pero sentía que aun faltaba, volví a pedir “fuerza” y en este último intento la pesadez desapareció, pero junto a él también mis todas mis fuerzas, volví a recargarme pero no fue suficiente, poco a poco me deje caer en ese mismo lugar, Licha que dijo que me acomodara en una palmera cercana, fui a ella y me quedé ahí sentado como quince minutos con los ojos cerrados. Hacía mucho que no me sentía tan tranquilo. Esperamos a que Jenny terminara su ritual y regresamos al campamento.

Al regresar, definitivamente reconocimos el cansancio, dormimos como una hora, recogimos nuestras cosas y fuimos a casa de Don Teo, de camino pensamos en entrar al temascal, pero Jenny dijo que no nos daría tiempo para el regreso.

Llegamos a la casa y con ellos estaba una mujer con el pelo a rapa, sentada en la cama mientras tejía y platicando con ellos, saludamos a todos, Don Teo y su mujer nos empezaron a preguntar cómo la habíamos pasado, la extranjera de tez clara y ojos verdes sólo nos veía y seguía su tejido, media hora después llegó una mujer delgada de tez morena, esta sí era mexicana, nos saludó muy indiferentemente y no paso mucho tiempo cuando llegó su esposo, un francés, y con él tres alemanes más.

Todos ellos fueron muy indiferentes, como mexicano diría que extremadamente mamones, nosotros tres sólo esperábamos a que Don Teo y su esposa se desocuparan de atenderlos para despedirnos e irnos; pero su estancia se alargó dos horas, pues llevaron comida y pidieron permiso para comer ahí, mientras esperábamos, puse música y el alemán que estaba más cerca de nosotros volteó y movió su cabeza de un lado a otro, Jenny lo notó y subió más la música. En la plática, ese mismo alemán hizo una señal de dinero a Don Teo y le preguntó con un buen español cuándo le iba a vender parte de su terreno, “cuando traigas el dinero”, respondió Don Teo. El profesor Marcial García Pineda, Biólogo de la FES



Ixtacala, me dijo que hay extranjeros que contribuyan al saqueo de peyote; aunado a la minería, que destruye su hábitat.

Por fin habían terminado, Licha se acercó al francés y le pidió que si nos daban un aventón a Madley, “que le preguntará antes de que se fueran”, nos dijo Licha que le respondió. Ellos partieron, Doña Juana nos dijo que sí cabíamos, pero como iban acostados en los asientos no quería perder su comodidad.

Todavía nos quedamos un rato con ellos; Don Teo ordenó a su hijo el mayor que le cargara la batería a la camioneta, por intuición supe que nos darían un aventón, mientras la ponía Luis nos hizo burla de haber escuchado aullidos; antes de partir ayudé a Don Teo a limpiarla de alfalfa. Mientras lo hacíamos, me contó que a veces ve muertos cerca de su casa, pero que aprendió a perderles el miedo. Que en ocasiones ve a su primo unos metros más adelante de donde termina su casa. Me explicó que su primo murió luego de tener una disputa con él cuando quería quitarle parte de su terreno, pues decía que había encontrado oro cerca.

También me contó que en otra ocasión “andaba pasando uno de los indios (creo que se refería a un huichol) cuando le dije que me hiciera una limpia, porque me sentía medio mal, agarró mi mano y me dijo, ‘yo no puedo hacerle una limpia a usted, porque usted es un chaman, tiene 600 años...’”. La plática fue interrumpida por Licha, Jenny y Doña Juana cuando se acercaron para irnos. Antes de subir, di el último vistazo al desierto, pues no sabía cuándo iba a regresar.

*Puede esperarse que el culto se extienda algún tiempo en el futuro,  
pero cuando se haya alcanzado su inevitable y probable desaparición  
podremos haber presenciado en él el último de los grandes movimientos religiosos intertribales  
de la América indígena.*

Weston La Barra.

Subimos a la camioneta, esta vez llegamos más rápido a Madley, compraron gasolina, esperaron un rato y partieron. Madley no perdía su tono café, como si

tuviera un viejo barniz encima. Llevábamos media hora esperando cuando una camioneta se detuvo, Jenny y Licha le explicaron que íbamos a Matehuala, el chofer dijo que nos podía llevar a Estación Catorce; el clima de la camioneta era bastante agradable, muy fresco.

Nuevamente en Estación Catorce, esperábamos raite, del otro lado de la carretera había un viejo anuncio que tenía imágenes de animales y cactus, entre ellos el peyote, y un anuncio en medio que decía: “prohibido traficar con ellos”. Atrás de éste, se extendía una grandiosa vista de acomodadas montañas que emitían una asombrosa imagen al jugar entre luces y sombras.



Foto: Oscar Lojero García.

Casi se iba a cumplir la hora de espera cuando pasó una camioneta de pasajeros que nos llevó hasta Matehuala por 40 pesos; esta vez fue más tardado, pues el chofer entró a otros pueblos para completar su ruta. Reconocimos el lugar de la carretera antes de entrar a Matehuala y bajamos para pedir raite.

Eran casi las cinco de la tarde, por el tiempo pensamos que tendríamos que pasar la noche en Matehuala, pero quisimos intentar antes de entrar. Por la carretera pasaban varias camionetas y tráileres a gran velocidad, pensé que nos sería

complicado irnos. Bajamos las mochilas suponiendo que la espera iba a ser prolongada. Tenía pensado sentarme cuando en el carril de baja velocidad vimos que se nos acercaba un tráiler y pensé, “si no nos lleva me siento”. Un fuerte resplandor de su parabrisas hizo que apartara la vista de él, “ése nos va a llegar”, dijo Licha, escéptico dije, “ojalá”.

Le hicimos la señal de aventón y se detuvo antes de llegar a nosotros, yo iba hasta atrás de ellas, cansado, pensé que esa no sería nuestra oportunidad. Nos acercamos a él, el chofer abrió su puerta, entre todos le explicamos que íbamos “para el D.F, pero si nos lleva a San Luis o a donde nos acerque estaría bien”, el chofer, con su clásica gorra de camionero y un acento norteco, dijo: “voy para Canal de San Juan”, al principio no comprendimos, otro pueblo seguramente, creí, al vernos confundidos precisó: “creo que es Iztapalapa, por la calzada Ignacio Zaragoza, por donde venden carne”. No lo podía creer, iríamos hasta el D.F directo y sin escalas ¡está si fue nuestra gran oportunidad!

El regreso fue más fácil; fue una de las recompensas por haber realizado este “peregrinaje”. Hicimos dos paradas en unas gasolineras; esta vez si me tocó camarote y pude dormir. Desperté, aún estaba oscuro, eran casi las seis de la mañana, afuera del tráiler reconocí peseras y taxis del Estado del México; después el camino se empezó a iluminar por múltiples focos que provenían de puestos donde se veían desangrantes cuerpos colgadas de ganchos, subimos un puente y vi lo que inmediatamente me indicó que ya estábamos en Chilangolandia: la calzada Ignacio Zaragoza y el metro sobre el camellón.

Bajamos del puente, nuestro chofer se orilló a la banqueta y descendimos de la unidad, le dimos las gracias infinitamente y regresamos a la calzada Zaragoza, entramos en la estación Canal de San Juan, fuimos hasta Pantitlán y transbordamos a la Línea Amarilla.

En el vagón la gente se nos quedaba viendo, tal vez se les hacía extraño ver a tres personas con facha de campistas sin ser vacaciones, o a la mejor como

estábamos algo mugrosos llamábamos la atención; pensé que se trataba de nuestra vibra, pues veníamos del desierto, lugar donde la energía del sol está a todo lo que da. Al ver a toda esa gente viéndonos, no pude diferenciarlos, todos se parecían, adormilados, serios, indiferentes, tal vez por eso llamábamos la atención: hicimos algo fuera de lo común, por cuatro días escapamos de nuestra monotonía.

*El individuo siempre ha luchado para no ser absorbido por la tribu.*

*Si lo intentas, a menudo estarás solo, y a veces asustado.*

*Pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo.*

Friedrich Nietzsche.

La saturación del vagón nos hizo bajar para regresarnos a Pantitlán y agarrar asiento; así, llegamos hasta Politécnico; salimos, Jenny y Licha tomaron su rumbo y yo el mío.

Al llegar a mi casa la única despierta era mi mamá, se arreglaba para irse a trabajar, la saludé y pregunté por mis hermanos, quienes seguían dormidos, al oírme poco a poco se despertaron, los saludé con las pocas energías que me quedaban y me acosté en la cama más próxima, la de mi mamá. Los tres ya estaban listos para irse, su ruido no me dejaba dormir a profundidad. A las siete de la mañana los tres partieron, antes de cerrar la puerta mi mamá se despidió y me dijo: “le hablas al niño, porque ayer te habló”, al oír eso, una lagrima rodó por mi mejilla para alcanzar la comisura de mi boca, que ya tenía una sonrisa. Dormí plácidamente.

***Un árbol con frutos tan satisfactorios  
no puede ser condenado a la ligera.***

Aldous Huxley.

## Consideraciones finales

Desde que surgió la curiosidad por hacer un trabajo que tuviera como personaje principal un cactus, la idea de conocer personalmente su hábitat siempre estuvo presente. Primero hice un reportaje que abarcaba cuestiones históricas, de taxonomía y culturales, pero siempre aparecía información que hacía del peyote una planta peligrosa y maligna, lo que cultivó una gran curiosidad que se clavó en mí como una molesta astilla.

Luego de leer mi trabajo y analizar si en verdad me satisfacía, llegué a la conclusión que en realidad no era lo que tenía en mente, sentía que mi reportaje no pasaba de una bibliografía más. El miedo de conocer personalmente su hábitat y sus efectos hacían que inconscientemente negara ir en busca de ese personaje que me despertaba curiosidad y temor.

En *Los cínicos no sirven para este oficio*, Kapuscinski critica que el mundo periodístico está manipulado por conglomerados empresariales que deciden qué es noticia y qué no, dejando al lector información digerida, que sirve más a cuestiones empresariales que de información, relegando a lo más mínimo el quehacer periodístico.

Convencido de constatar la verdad o descubrir una nueva sobre el cactus, decidí quitarme de encima al que Don Juan considera el primer enemigo natural del hombre: el miedo, y emprendí un viaje al desierto para conocer de cerca los detalles y plasmar la experiencia vivida. Además, el tema del crimen organizado, donde se enmarca al peyote, está muy ligado con el sexenio del presidente Felipe Calderón, por lo que un trabajo que aporte información diferente también es información veraz; al final de cuentas, es trabajo de todo periodista hallar información distinta a la establecida.

Decidido de emprender el viaje, consideré que la crónica sería la mejor opción para hacer este trabajo, pues me permitiría plasmar las sensaciones sentidas

durante el trayecto para llegar al desierto y las emociones al estar frente al cactus, podría recrear toda la atmósfera del viaje, incluso, describir cómo pasamos la noche en su “templo”.

La crónica, al pertenecer a un género informativo híbrido, me permitió vivir en carne propia la experiencia de “cazar” peyote y plasmar los sentimientos y emociones experimentadas, y al mismo tiempo compararla con la información que había recabado. En otras palabras, fui parte del suceso, pude estar dentro del hecho y describirlo desde mi punto de vista, con lo que pude obtener información nueva, que se contrapone a la que había obtenido. De ahí la importancia de éste género: aporta información fresca, propia de los cambios sociales que se generan día a día en cualquier sociedad.

Dado que para hacer la crónica tuve que recolectar información bibliográfica, al momento de partir hacia el desierto pude saber que una peregrinación similar hacen los huicholes para llegar con el “Divino Luminoso” y agradecerle por las buenas cosechas y la estabilidad de su comunidad. También, al llegar al desierto y toparnos con el primer cactus, pude identificar que se trataba de uno de los denominados falsos peyotes y no caer en el error de comerlo.

Asimismo, en el segundo viaje, durante el trayecto para llegar a Matehuala, uno de mis temores se disipó, pues creía que mientras más nos acercáramos a la frontera norte, más peligroso se ponía el ambiente; con lo que concluí que la percepción de peligrosidad que se tiene de los Estados de esta zona es recíproca que la que se tiene del D.F.

La obtención de datos duros me permitió constatar que, aunque es llamado droga, el peyote no es manejado por el crimen organizado, pues su cultivo es una barrera que limita su venta al por mayor, pues su maduración culmina pasados dos años, que en comparación con otras plantas, como la marihuana, que bajo un estricto cultivo puede alcanzar su madurez hasta en cuatro meses. En el caso de las

drogas sintéticas, su manufactura completa es cuestión de minutos, logrando una producción a gran escala, por lo que es más sencillo conseguirlas.

Por ejemplo, un análisis de la SEDENA muestra que los cárteles de la droga en México han dejado el cultivo de marihuana y amapola por la creación de laboratorios clandestinos de drogas sintéticas, pues representan ganancias seguras y se pueden mantener bajo techo, para no ser detectados por satélites. La misma SEDENA, con base en el número de decomisos de ese tipo de drogas y la baja en el hallazgo de cultivos de marihuana y amapola, calcula que la creación de laboratorios clandestinos se ha incrementado 1,200%. Con todo esto hoy puedo decir que son más peligrosas las drogas legales (alcohol y tabaco) que las ilegales (peyote, hongos y marihuana).

La experiencia me demostró que el uso de la palabra “visión” tras comer peyote está mal usada, pues suele entenderse un cambio radical en la visión y en los pensamientos, pero lo que en realidad sucede es que todo lo que se ve, se oye y se siente bajo los efectos del cactus es meramente subjetivo y derivado de la hipersensibilidad que genera; la planta nada tiene que ver con las percepciones “satánicas” que erróneamente se le atribuyen, pues los efectos son resultado de lo que cada persona trae en la mente: lo bueno y lo malo que se ha hecho a lo largo de la vida.

Los efectos tras consumir peyote es meramente personal y única, no hay pasos ni recetas para obtener una buena experiencia o evitar una mala, por lo que cualquier explicación o recomendación al respecto no cuadra con la sensación al probarlo.

Finalmente, este trabajo no es una receta ni sugiere pasos para comer peyote, es sólo información que pretende dilucidar mitos y generar una opinión más crítica sobre el cactus, por lo que cada persona es responsable de las consecuencias y sensaciones al comerlo.

*Las drogas, las prácticas ascéticas y los ejercicios de meditación no son fines sino medios.*

*Si el medio se vuelve fin, se convierte en agente de destrucción.*

*El resultado no es la liberación interior sino la esclavitud, la locura y no la sabiduría, la degradación y no la visión.*

*Esto es lo que ha ocurrido en los últimos años.*

*El uso moderno de los alucinógenos es la profanación de un antiguo sacramento, como la promiscuidad contemporánea es la profanación del cuerpo.*

Octavio Paz, prólogo de *Las Enseñanzas de Don Juan*.



## **Bibliografía:**

Álvarez Corral, Juan, *Metodología de la investigación documental*, Michoacán, Ed. Edamex, 1994, 196 p.p.

Anderson, Edgard F, *Peyote. El Cactus Divino*, tr: Ofelia Castillo, Barcelona, España, Ed. Laertes, 2007, 229 p.p.

Astorga, Luis, *El siglo de las drogas. El Narcotráfico, del Porfiriato al Nuevo Milenio*, México, D.F., Ed. Plaza & Janés, 2005, 198 p.p.

Baena Paz, Guillermina, *Generos Periodísticos*, México, Ed. Pax-México, 1995, 92 p.p.

Benítez, Fernando. *En la tierra mágica del peyote*, segunda ed: 2008, México, Ed. Ediciones Era, 1968, 190 p.p.

Bloch, Arthur, *Ley de Murphy y otras razones porque las cosas salen mal*, tr: Manuel Arce Rincón, Ed. Diana, primera edición en inglés 1977, primera edición en español 1980, 128 p.p.

Brailowsy, Simón. *Las sustancias de los sueños*, tercera ed: 2002, México, Ed. FCE, 1995, 355 p.p.

Bravo, Helia. *Las cactáceas de México*, Imprenta Universitaria UNAM, México 1937.

Bravo Hollis, Helia y Léia Scheinvar. *El interesante mundo de las cactáceas*, Segunda ed: 1999, México, FCE, 1995, 233 p.p.

Caminos Marcet, José Ma., *Periodismo de Investigación. Teoría y Práctica*, España, Ed. Síntesis, 254 p.p.

Castaneda, Carlos. *Las enseñanzas de Don Juan*, Segunda ed: 2000, pról: Octavio Paz y Walter Goldschmidt, tr: Juan Tovar, México, Ed. FCE, primera ed. en inglés 1968, primera ed. en español: 1974, 319 p.p.

Castaneda, Carlos. *Una realidad aparte*, tr: Juan Tovar, México, Ed. FCE, primera edición en inglés: 1971; primera edición en español: 1974, 301 p.p.

Castaneda, Carlos. *Viaje a Ixtlan*, tr. Juan Tovar, México, Ed: FCE, primera edición en inglés: 1972; primera edición en español: 1974, 365 p.p.

Cázares Hernández, Laura, María Christen, Leticia Jaramillo Levi, *et. al., Técnicas actuales de investigación documental*, Tercera ed: 1990, México, Trillas, UAM, 1980, 190 p.p.

Estrada, Álvaro. *Vida de María Sabina, la sabia de los hongos*, Duodécima ed: 2003, México, Ed. Siglo veintiuno editores, 1977, 135 p.p.

Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, tr: Luis López-Ballesteros, Barcelona, Ed. Ediciones Folio, 2007, Colección: "Grandes Ideas", 125 p.p.

Hoffman, Albert, Richard Evans Schultes, *Plantas de los Dioses*, tr: Alberto Blanco, Gastón Gusmán y Salvador Acosta, Segunda ed: 2000, México, Ed. FCE, primera edición en inglés: 1979, primera edición en español: 1982, 208 p.p.

Huxley, Aldous, *Las puertas de la Percepción*, México, Ed. Parcifal, 2007, 144 p.p.

Jennings, Gary, *Azteca*, Décima ed: 2007, Barcelona, España, Ed. Planeta, 1980, 869 p.p.

La Barre, Weston. *El culto del peyote*, tr: Carlos Mollet, Ed. Ediciones Coyoacán, 2002, 245 p.p.

Marín, Carlos. *Manual de Periodismo*, México, Ed. Grijalbo, 2004, 351 p.p.

Peña, Margarita, *Descubrimiento y conquista de América*, segunda ed. corr.: 1992, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 1982, 401 p.p.

Pizarro Quintero, Alejandro y Marta González San Ruperto y Pablo Spag Muñoz de la Peña, *Periodismo de Guerra*, España, Ed. Síntesis, 167 p.p.

Rodríguez Estrada, Mauro, Leonora Martín del Campo, Raquenel Treviño de Carvajal, *La entrevista productiva y recreativa*, México, Ed. Mc Graw Hill, 1991, Serie: "El arte de negociar", XI+77 p.p.

Sierra Macedo, María Julia, *Haciendo periodismo*, México, Ed. Porrúa, 1964, 286 p.p.

Villoro, Juan, *Safari Accidental*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 2005, 260 p.p.

## **HEMEROGRAFÍA:**

Agencias, "Marihuana, para crisis española", *Publimetro*, 02/03/2012, 19 p.

Cruz Martínez Ángeles, "Experto: maraña de intereses mundiales impide resolver el problema de adicciones", *La Jornada*, 03/10/2011, 16 p.

Cruz Martínez Ángeles, "Similar al de heroína y cocaína, el poder adictivo de la nicotina, advierte experta", *La Jornada*, 18/01/2012, 44 p.

EFE, "El cáncer cede a la mariguana", *Excélsior*, 14/12/2011, Primera-27.

Natalia Gómez Quintero, "El Papa llegará a un país con menos católicos", *El Universal*, 21/03/2012, Primera 12.

Gómez Ricardo, "Proponen endurecer ley contra tabaquismo", *El Universal*, 01/10/2011, Primera-04.

Gómora Doris, "Cuestionan que legalizar marihuana traiga beneficios", *El Universal*, 05/05/2010, Primera-8.

González Alvarado Rocío, "Consumo de alcohol y drogas aumenta violencia escolar", *La Jornada*, 22/08/2011, 38 p.

Hernández Jaime J., "Es la marihuana la droga más consumida en el continente", *El Universal*, 15/07/2011, Primera-22.

Llanos Samaniego Raúl, "Familias que permiten a sus hijos fumar y tomar, factores para hacerlos adictos", *La Jornada*, 19/09/2011, 50 p.

Olivares Alonso Emir, "Uso compulsivo de Internet activa la misma zona cerebral que la droga", *La Jornada*, 31/08/2011, De Enmedio A-2 p.

Pantoja Sara, "Alcohol, adicción principal en DF: Ebrard", *El Universal*, 02/02/2012, Metrópoli-02.

Rivera Ricardo, "Beben más los menores del DF", *Reforma*, 26/05/2011, Ciudad-6.

Sarmiento Sergio, "Jaque Mate. Drogas dañinas", *Reforma*, 17/11/2010, Primera-12.

Sin firma, "La nicotina, en la lista de sustancias prohibidas del 2012", *La Crónica Diaria*, 28/09/2011, 44 p.

Sin firma, "Más grave el alcohol que drogas", *Diario de México*, 01/09/2011, 9 p.

Scherer García Julio, "En la guarida del Mayo Zambada", *Proceso*, México, 04/04/2010, 6-11 p.p, año 33, No. 1744.

Toribio Laura, "Pobres gastan más en tabaco que en salud", *Excélsior*, 07/09/2011, Primera-21.

Valadez Blanca, "Aumenta consumo de drogas y alcohol entre las mujeres", *Milenio Diario*, 10/01/2011, 11 p.

## **FUENTES VIVAS:**

Dra. Elia Brosla Bravo, Doctora y Catedrática de la Facultad de Química de la UNAM.

Biólogo Marcial García Pineda, Investigador y catedrático de la Facultad de Estudios Superiores Ixtacala.